



CALIFORNIA BIBLICAL UNIVERSITY OF PERU

10

GINECOLOGIA: LA MARCHA NUPCIAL

Por Moisés Chávez





PROLOGO

Ginecología 10: La Marcha Nupcial es el décimo volumen de la Serie GINECOLOGIA de la Biblioteca Inteligente.

La Serie GINECOLOGIA consta de 10 volúmenes para la mujer. Señalamos con letras negritas el presente volumen:

GINECOLOGIA	1	Experimento de Ginecología
GINECOLOGIA	2	La Isháh: La Mujer en la Biblia y en el Pensamiento Hebreo
GINECOLOGIA	3	La Mujer en la Civilización Occidental
GINECOLOGIA	4	La Mujer y la Educación Teológica
GINECOLOGIA	5	Historias de Rut y de la Samaritana
GINECOLOGIA	6	La Mujer Empresaria
GINECOLOGIA	7	La Mujer Pastora
GINECOLOGIA	8	La Mujer Modelo
GINECOLOGIA	9	Mujercitas
GINECOLOGIA	10	La Marcha Nupcial

* * *

A continuación nos referimos brevemente al contenido de cada uno de los diez volúmenes:

Ginecología 1: Experimento de Ginecología es la síntesis de numerosos eventos formativos relacionados con la temática de la Mujer, la Mujer en la Biblia, y la Mujer y los Estudios Teológicos que han tenido lugar en el ámbito del CEBCAR y la CBUP a lo largo de varios años, produciendo un sinnúmero de historias cortas de gran inspiración.

Ginecología 2: La Isháh: La Mujer en la Biblia y en el pensamiento hebreo es el volumen sobre la mujer, el primero de su género publicado por una editorial evangélica, la Editorial Caribe, al celebrarse por primera vez el Año Internacional de la Mujer en 1976.

Empecé a escribir esta obra empecé en Israel a raíz de un curso sobre el tema que llevé en la Universidad Hebrea de Jerusalem.

La presente edición virtual ha sido revisada en su lexicografía y en su estilo para una mejor comunicación de su mensaje de fondo, y en las citas bíblicas se ha optado por la *Biblia Decodificada*.

Ginecología 3: La Mujer en la Civilización Occidental, se origina en el contenido de mi tesis de Maestría en la Universidad de Boston, Estados Unidos, sobre la mujer en la literatura del Nuevo Testamento. Posteriormente amplié esta obra para abarcar la historia de la mujer en la civilización occidental.

Ginecología 4: La Mujer y la Educación Teológica, enfoca el tema de la lenta trayectoria de la mujer en las instituciones teológicas evangélicas en nuestros países de la América Latina, y las trabas que persisten para su desempeño profesional en el campo pastoral.

Ginecología 5: Historias de Rut y de la Samaritana, fusiona dos separatas académicas sobre análisis hermenéutico relacionado con el tema de la mujer que se trataron en la CBUP en el Módulo de Ginecología: El análisis hermenéutico del libro de Rut, y el análisis hermenéutico de la historia de Jesús y la Samaritana. Ambas mujeres de origen gentilico y *quasi* gentilico, fueron redimidas a la familia y al Reino de Dios.

Ginecología 6: La Mujer Empresaria presenta a la mujer moderna como mujer de empresa, fundamentada en los principios de la Teología Práctica y del Movimiento Sapiencial. Este volumen es una ampliación de la separata académica que utilizó la Dra. Amanda de Chávez, en el curso que dictó en la Santa Sede en el Módulo de Ginecología.

Ginecología 7: La Mujer Pastora es el material en que basó su curso la Dra. Jenny de Terrazos, pastora y esposa del Pastor Juan Terrazos, Secretario General de la CBUP.

Ginecología 8: La Mujer Modelo, o el modelo de mujer, enfoca desde una perspectiva inusitada el desenvolvimiento de una muchacha de Israel que tiene bien merecido el título de Miss Universe.

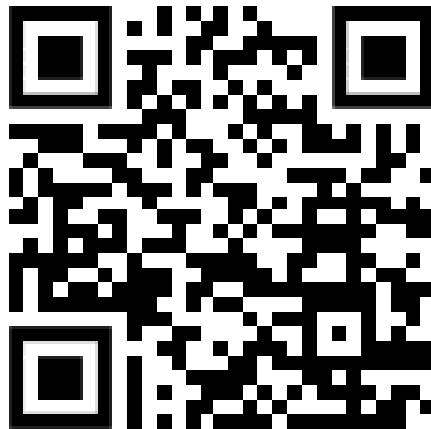
Ginecología 9: Mujercitas es una antología de historias escritas por las mujeres de la Santa Sede. No son necesariamente historias acerca de la mujer; sus temas son varios, y lo que se intenta mostrar es el genio literario de una mujer cuya formación humana tiene como fundamento sus estudios bíblicos en una institución universitaria como la California Biblical University of Peru (CBUP).

Ginecología 10: La Marcha Nupcial es una antología de historias cortas sobre la mujer que sirvieron en la CBUP como casos de estudio a profesores y estudiantes del Módulo de Ginecología en el año 2014.

* * *

Las citas bíblicas en la Serie GINECOLOGIA provienen de la *Biblia Decodificada*, la versión oficial de la Santa Sede de la CBUP.

Para profundizar lo que respecta a la Ginecología visita nuestra casa en internet. Aquí tienes la llave:



www.bibliotecainteligente.com

En cuanto a *MISIONOLOGICAS*, el Boletín Semestral de la Santa Sede, para recibirlo en tu email o en tu teléfono móvil escribe a la Dra. Silvia Olano, Secretaria de la CBUP, al email:

cebcarcbup@gmail.com

¡Bienvenido al apasionante mundo de la Mujer!

Dr. Moisés Chávez,
Editor de la *Biblia Decodificada*
Revisor Principal de la Biblia RVA
Director del CEBCAR Internacional
Director Académico de la CBUP





CONTENIDO

PROLOGO

INTRODUCCION

ANTOLOGIA DE HISTORIAS CORTAS

1

HISTORIA DE NUESTRO AMOR

2

LA GINECOLOGA

3

LA AYUDA IDONEA

4

LA NOVIA

5

PEPE Y LA VIRGEN

7

6

METAMORFOSIS DEL SAPO

7

EL LIBRO DE ESTHER

8

ORGIA EN TOLON

9

SOLEDAD EN MEDIO DE LA MULTITUD

10

DON FASHI VENDECALZONES

11

EL CALZONOLOGO DE CELENDIN

12

LOS MISHOS

13

UNA NOCHE CON SHONTAL

14

EL ANGEL DE LA BOLA DE ORO

15

SELENE'S

16

JENNIFER FERRARI

17

DON FELICIANO MARIN ACHICHIN

18

SU UNICO REGALO

19

CARMEN Y COQUITO

20

EL VALLE DE LA FANTASIA

INTRODUCCION

Nuestra obra, *La Marcha Nupcial*, ha sido escrita para mil y una noches de adrenalina y placer. No pierda usted la oportunidad de leer este volumen de la mano con el manual intitulado EL DOCTOR ORGASMO, que incluye las historias escritas por el Dr. Teodoro Rojas. Este libro no alcanzó a ser incluido en la Serie GINECOLOGIA; pero lo encontrará en la página web Biblioteca Inteligente.

La Marcha Nupcial incluye 20 historias cortas cuya lectura es avalada por el apóstol Homero Calongos como “una efectiva terapia para rejuvenecer y lucir sexy”.

Cada historia de *La Marcha Nupcial* ha sido catalogada como “existencial” y “mayéutica”, para diferenciarla de los cuentos infantiles, así como de las fábulas profanas y los cuentos de viejas que proliferan en la comunidad evangélica a nivel mundial.

“Existencial”, porque confronta las situaciones de la vida tales como son.

“Mayéutica”, porque su metodología inductiva hace que el lector descubra el mundo del saber por sí solo, de acuerdo con la palabra que dice: “¡Déjame parir!”

La presente antología es un material probado y aprobado cuya concatenación tiene un potencial incrementado para provocar en el lector una reacción positiva que le conducirá a tomar importantes decisiones en su vida.

* * *

Todas y cada una de las historias incluidas han sido utilizadas como casos de estudio en el Aula Magna de la Santa Sede, y algunas de ellas han merecido el premio en el certamen Gran Trofeo Literario “El Huevo de Oro CBUP”, realizado cada año en Lima Limón.

Los factores existenciales que caracterizan a las historias cortas de los participantes en el certamen, deriven de la vida real o de la ficción, pesan por igual. Su utilización como casos de estudio en la Santa Sede representa una recomendación adicional.

Para que una historia corta califique y compita para “El Huevo de Oro CBUP”, ha de cumplir, además, con las “Siete Condiciones *sine qua non* de las Historias Cortas”. Ellas son:

1. Tiene que hacerme reír
2. Tiene que hacerme llorar
3. Tiene que darme cólera
4. Tiene que hacerme pensar
5. Tiene que dejarme en suspenso
6. NUAY N° 6. SIRVASE PASAR AL N° 7.
7. Tiene que tener tal atractivo que se sea leída una y otra vez sin nunca cansar.

Particularmente, las historias de la presente antología destacan por tener esta característica común y especial: ¡Dan cólera! Pero son historias provocadoras porque te hacen pensar.

* * *

De esta manera abrimos las puertas y las ventanas a una aventura literaria que aportará a su vida personal satisfacción plena, mayor participación en la *Missio Dei* y grandes victorias sobre la tragedia de la relativización del evangelio de que sufre el pueblo evangélico en la presente fase de su apostasía y su consecuente alienación.

Otras antologías ahora incluidas en nuestra página web Biblioteca Inteligente son:

La marcha nupcial
El mejor regalo de Navidad
Historias provocadoras
Mujercitas
Los hijos del trueno
¡Chinos de risa!
Psicoanálisis de Don Quijote de la Mancha 1 y 2
La aventura de la reflexión
El Gran Mago Decodificador
Ilusión para vivir
La Gran Tribulación

A ellas se suma la antología producida por el Dr. Gustavo Montero, intitulada, *La llave del éxito: Revelaciones del Excelentísimo Doctor Don Trepanación de la Mancha*.

1

LA HISTORIA DE NUESTRO AMOR



En cierta ocasión, un amigo nuestro de Lima, viajó a Santa Cruz, Bolivia, para darle una corta visita a su hermana que se encontraba residiendo en mi casa. Y para entretenerse en el largo camino de Lima a Santa Cruz trajo un libro muy interesante, intitulado *Filosofía de la vida*, que tenía escrita en su primera página una dedicatoria de su autor.

Cuando le vi leyendo el libro, me llené de curiosidad y le pedí que me lo prestara un cachito. Pero terminé adueñándome del libro, y hacia el final del día ya lo había terminado de leer.

Como me despertaba tantas inquietudes, lo busqué en todas las librerías, y al no encontrarlo, le rogué que me lo vendiera. Después de todo, él podía volverlo a adquirir en el Perú, ya que conocía personalmente al autor.

El rehusó deshacerse del libro, pues tenía dedicatoria. Más bien, me sugirió que lo solicitara directamente del autor. El mismo sería portador de mi carta para él.

A su regreso de Bolivia le entregó mi carta. Y poco después recibí su libro, pero en el paquete no había ninguna carta.

Cupido se ensaña a veces, pero calcula bien, pues ese libro llegó a mis manos exactamente el 14 de febrero, fecha que en Bolivia no tiene ninguna trascendencia.

Mi amiga peruana me dijo: “¡En el Perú, hoy es el día de San Valentín, el santo patrón de los enamorados!”

* * *

Mientras esperaba, desconsolada, alguna carta de él, pensé: “Le pedí una copia de su libro, y me envió el libro, pero sin decirme una sola palabra. Es como decir: ‘¿Quieres el libro? Pues allí lo tienes, y no me molestes más.’ ”

Pero por fin llegó una carta de él, casi dos meses después.

Es que en la oficina de correos de Lima, le hicieron sacar del paquete la breve nota adjunta, para que la enviase en sobre aparte. Ese sobre llegó a Santa Cruz, pero cuando yo ya no estaba residiendo allí. Hasta que el sobre me fuera enviado de Santa Cruz a La Paz, había transcurrido mucho tiempo.

Inmediatamente respondí, explicando todo lo que había ocurrido.

El ya se había olvidado del libro y de la nota que había enviado en sobre aparte. Pero el recibir una carta mía, dio comienzo a nuestra amistad. El 3 de marzo recibió mi carta, y ni corto ni perezoso respondió de inmediato.

* * *

Una vez destituido el Cupido, el correo se portó mejor. Nuestras cartas solamente tardaban tres días en llegar. Por cada carta que yo escribía, él escribía dos, así que yo recibía sus cartas cada dos días.

Las cartas que él me enviaba eran bonitas, bien escritas y románticas. El tiene un don para escribir que yo no tengo, así que el sólo pensar que se me escapara un error ortográfico me horrorizaba.

Así empezamos a conocernos. También intercambiamos fotos. Yo le mandaba fotos actuales, pero él me mandaba fotos de hacía 15 o 20 años. Después pasamos de las cartas a las largas “conferencias” o conversaciones por teléfono.

El me decía que por aquel tiempo estaba haciendo un *Diccionario Hebreo-Español*. En honor a la verdad, yo no entendía la naturaleza de este trabajo. No podía entender cómo es que podía hacer un libro en su casa. Pero a mediados de marzo me invitó a visitar Lima. Me dijo: “Es una buena oportunidad para que conozcas Lima, mi entorno, mi trabajo, mi familia, y por supuesto, para conocernos los dos.”

* * *

Acordamos la fecha: Aprovechando de los días libres de Semana Santa, yo viajaría a Lima el jueves 28, y regresaría a La Paz el domingo 31 de marzo.

Ahora, lo difícil era comunicárselo a mi familia. Mi hermana, que es farmacéutica, saltó y dijo: “¡Cómo vas a ir al Perú cuando el cólera está en su auge!” Mi papá dijo: “¡El Sendero Luminoso mata a la gente como a perros!”

A la verdad, las noticias que llegaban del Perú eran alarmantes. Pero yo había decidido viajar y a mi familia sólo le quedó aceptarlo.

Mi hermana cargó mi maleta con desinfectantes, y mi papá me cargó a mí de recomendaciones. Y ambos se quedaron orando por mí.

* * *

Llegó el día del viaje a Lima. El Cupido, que como ya saben ustedes, no es amigo suyo, se coló de nuevo e hizo que el avión llegara con más de siete horas de retraso. El, que me esperaba para almorzar juntos, por culpa del Cupido tuvo que ayunar.

Cuando pasé por inmigración traté de ver dónde estaba él. ¡Y helo allí! Un hombrecito que portaba un letrero que decía AMANDA. Tenía algunas canas, y era algo más pequeño de lo que parecía en las fotos. Parece que al tomarse las fotos se ponía en puntitas de pie. También había enflaquecido, a causa del amor.

Me acerqué y le dije: “¡Hola! El avión se atrasó.”

El me dijo: “No importa. Lo importante es que ya estamos juntos.”

Y como si nos conociéramos de toda la vida, me tomó de la mano, y partimos a su casa, donde me esperaba una serenata muy linda.

Al día siguiente me mostró su Biblioteca y Museo, lo que me impactó muchísimo. Había alrededor de 2,500 volúmenes, en su mayoría en hebreo, griego, arameo, inglés, francés, etc. Allí estaban los originales de la Biblia Científica Reina-Valera Actualizada (RVA), de la cual él es el editor. Se trataba de unos archivos de más de 32,000 páginas tamaño carta.

Al llegar la noche me dijo: “Amanda, creo que ya nos conocemos lo suficiente; si quieres te quedas en el Perú, y nos casamos.”

* * *

Como imaginarán, aquella noche no dormí, pensando en lo que me había dicho. Al día siguiente, lo primero que hizo fue preguntarme cuál era mi respuesta. Yo respondí que sí aceptaba, y él me dijo: “No se diga más, y empecemos a hacer los trámites.”

El le llamó a mi papá a La Paz, y pidió mi mano por teléfono. Acto seguido, nos enrumbamos a Celendín, su ciudad natal, ya que allá todas las autoridades son sus familiares o sus amigos.

Mi hermana Stael voló de La Paz a Lima, para luego viajar a Celendín junto con nosotros. Nuestra boda tuvo lugar un martes 9 de abril, la misma fecha en que se casaron mis padres.

Habían transcurrido tan sólo trece días desde el momento en que lo vi por primera vez, y ya era mi esposo, mi compañero para toda la vida.

Acto seguido escribimos a los Records de Guinness para que nos dieran nuestro premio. Pero nos respondieron: “¡De ninguna manera! Porque aquí tenemos otro par de zonzos que se casaron sólo 13 horas después de haberse conocido.”

Así empezó otra nueva aventura en mi vida: Nuevos objetivos, nuevos planes, nuevas actividades, y un año después nacía nuestra adorada Lili Ester, el 13 de abril de 1992. Hace una semana que ella, que ahora es una hermosa adolescente de 16 años, llegó a Zurich, Suiza, donde pasará lo que queda de este año y la mitad del 2009 en intercambio escolar.

* * *

En 1996 participé en un concurso con motivo del Día de los Enamorados y el aniversario de Radio “A – Excelente: La Radio del Amor”. El concurso se llamó “La historia de nuestro amor”, como el título de la presente historia. Cada chica tenía que escribir su propia historia. Yo escribí esta historia y gané el Primer Premio: Una colección de cassettes de Los Iracundos, y dos entradas al Concierto y Cena de Gala en el Casino de Miraflores, Lima.

¡A toda hora se propalaba en el dial mi nombre como ganadora del concurso!

La velada y el concierto fueron espectaculares. Los Iracundos, Armando Massé y Manolo Galván nos deleitaron con su música del recuerdo.

Para colmar nuestra felicidad, sólo faltaba mi ídolo de siempre: Palito Ortega y. . .
¡La felicidad ja, ja. ja. Ja!

2 LA GINECOLOGA



De mujer a mujer, quiero departir contigo respecto del doloroso trauma que he sufrido en silencio a lo largo de toda mi existencia, a causa de nuestro *status* de mujeres dentro de la voluntad de Dios codificada en su Santa Palabra.

Quizás no me hubiera atrevido a escribir mi testimonio personal, ni no hubiera sido porque cierta amiga judía me invitó una vez a ver la película “Yentl”, con Barbra Streisand. Tal era entonces mi timidez y mi miedo de pensar en la justicia de las cosas que nos doblegan a causa de nuestro sexo y por ser nosotras las que transmitimos el mal, que no acepté por nada del mundo ir a ver una película como esa, porque pudiera trastornar mi paz lograda con tanta insatisfacción. Prácticamente, mi amiga me obligó a entrar a la sala de cine, y una vez adentro me obligó a abrir mis ojos y mirar, sobre todo las escenas eróticas, por lo cual le quedo sumamente agradecida, porque realmente han sido para mí de inmensa bendición.

Después de ver aquella película, pensé que se había hecho mal al intentar cambiar el orden divino establecido para la mujer, de estar siempre sometida a su marido o a cualquier otro hombre, incluido el hombre ajeno.

Pensaba que el haber hecho eso, eso de ir a ver esa película, sólo equivalía a levantar polvo, inútilmente, porque, ¿quién podría tener éxito en cambiar las cosas que dice la Biblia que han sido establecidas por un Dios que no cambia?

Pero no he podido evitar que mi admiración por Yentl creciera cada día al punto de significar mi propia liberación. Porque como ella, yo también siento ser una creación de Dios hecha para contener la totalidad de la humanidad en cada una de mis células.

* * *

Mi padre fue pastor evangélico toda la vida. El era de carácter bonachón, y la gente se aprovechaba de esto. Por eso habrá sido que mi madre le dijo un día cuando se pelearon: “¡A vos, hasta los perros te mean!” —Con el perdón de usted, amado lector—.

Fue a él que le escuché por primera vez decir que las mujeres estamos bajo eterna condenación por haber cometido el gran pecado de abrir las puertas para que el mal entrara en el mundo. Eso le echó en cara a mi madre, aquel día, y mi madre calló y lloró amargamente en un rincón del dormitorio.

Yo no lloré, pero mi mente infantil elaboraba febrilmente el pensamiento de que acaso Dios, que es amor, tuviese la bondad de exculparnos a nosotras, las niñas pequeñas, tomando en cuenta nuestra corta edad.

Pero la respuesta no se hizo esperar cuando fuimos invitados al culto de aniversario de una iglesia hermana en otro distrito de la ciudad, y el pastor dijo en su sermón de aniversario: “¡Son culpables también las niñas, aun desde la cuna, y desde el momento de su concepción!”

* * *

No me cabe en la cabeza, por qué tienen que predicar de este tema tan horrible en una fiesta de aniversario, mientras las mujeres están metidas en la cocina sudando la gota gorda para darles de comer a ellos, a los señores encorbatados.

Como mencionó varias pruebas bíblicas en lenguaje numéricamente codificado, me tuve que conformar con esa respuesta por todos aceptada, aunque era tan dolorosa para mí. Porque por un lado, yo amaba a Dios con todo mi amor, con todo mi corazón, y de veras sentía que él también me amaba a mí, pero aquel pastor enseñaba que sobre esta realidad se imponía la triste realidad del pecado de ser mujer.

Ese pastor dijo otras cosas ofensivas sobre nuestro sexo, que no puedo repetir, aunque a él le parecían graciosas, para hacer reír al público desde el púlpito consagrado a la predicación de la Palabra de Dios.

* * *

Como mi esperanza de la ventaja de ser niña quedó hecha añicos, elaboré febrilmente otra posible salida, diciéndome a mí misma: “Será, pues, culpable la mujer que abrió la puerta al pecado, y no otra mujer. ¿No es injusto decir que también somos culpables todas las mujeres que en ese momento aún no habíamos nacido?”

Las explicaciones para decir que la culpabilidad de ella ha pasado a todas sus descendientes mujeres nunca me han podido convencer, aunque las he asimilado en sumisión. Si así lo dice Dios, yo no tendría nada que argumentar, porque de hacerlo, “añadiría pecado al pecado y condenación a la condenación”, —como le decía mi padre a mi atribulada mamá—.

Con el transcurso del tiempo traté de no pensar en esto, porque no quería dar cabida a la amargura ni derramar lágrimas a solas porque Dios se solidarizara tanto con ellos, aun cuando algunos son unos pillos, como aquel pastor que en medio de su sermón sobre la santidad, fue interrumpido por una mujer desgreñada que señalando su panza le dijo a toda la congregación: “¡Esto me lo hizo él, y después se escabulló de su responsabilidad!”

Mi dolor y mi ansiedad eran grandes, no porque temiera perder el cielo, sino porque temía perder el amor de Dios. ¿O acaso las dos cosas son lo mismo?

Así empieza mi paranoia de mujer.

* * *

En la celebración del aniversario de otra iglesia hermana, mi padre fue invitado a predicar, y lo hizo muy bien. Él siempre se preparaba y se ensayaba en el púlpito, ante la iglesia vacía. Y no recuerdo un solo sermón suyo que no haya tenido estrecha relación con la vida de la gente; no como cierto pastor desenfocado que en el Día de la Independencia del Perú hablaba de los Reyes Magos, y en la Navidad se largaba un sermonazo contra Halloween.

En esa ocasión mi papá habló de las Bodas de Caná, y dijo que como aquellas bodas, la ocasión de un aniversario es igualmente festiva. Pero al verse metido en apuros por la mención del vino en la historia de las bodas de Caná, dijo que la iglesia debe tener fiestas que retumben en el cielo, pero sin vino y sin baile.

En un acápite dijo: “Voy a decirles algo que quizás les pueda escandalizar: El vino no es pecado. Es tan sólo una costumbre de algunos pueblos, inclusive de los judíos. Pero no es nuestra costumbre de los evangélicos. Pero igual, puede haber fiesta sin vino, ¿verdad hermanos?”

Todos gritaban: “¡Amén! ¡Amén! ¡Aleluyáaa!”

Y él proseguía diciendo: “¿Acaso no nos dan gozo y regocijo los cuyes al horno, o la papa a la huancaína, o el ají de gallina, o los juanes, o los tamales, o los bizcochitos o la chicha morada?”

Y todos gritaban: “¡Amén! ¡Amén! ¡Aleluyáaa!”

* * *

El sermón de mi padre fue muy apto para la ocasión, pero no calculó bien las cosas y cometió un error garrafal: Al final llamó a subir al estrado a las damas que habían preparado la comida tan deliciosa, para que pudiésemos expresarles nuestro agradecimiento “con un voto de aplauso”.

Entre las damas estaba la esposa del pastor de esa iglesia, la hermana Catalina, envuelta en su mandil empapado, y ella misma, despeinada y chorreando de sudor. Cómo se avergonzaba la pobre mujer, porque ante la insistencia de los comensales la sacaron de la

cocina casi a empellones. En realidad, ella no quería ni que la vieran en el estado en que se encontraba.

Todas ellas estaban muy felices, porque los varones tenían la barriga llena y el corazón contento, y sus copas estaban rebosando, figuradamente, por supuesto. Entre ellas, había dos niñas de unos doce o trece años de edad, con sus mandiles empapados, porque habían ayudado en la cocina y no se les dio tiempo para que se arreglaran.

Entonces mi papá cometió el error de pedirle a la hermana Catalina que dijera unas cuantas palabritas, e hizo mal en insistir.

Y el despelote ocurrió cuando le pidió que terminara con una breve oración.

* * *

Entonces su esposo, el pastor Carlos Silva, levantó la mano desde su mesa, y con una voz poderosa le interrumpió a su mujer justamente cuando ella terminaba de agradecer. Menos mal que ella no había empezado a orar, porque él hubiera interrumpido una conversación íntima con Dios, y no sé si le hubieran perdonado ni Dios ni sus ángeles presentes.

El pastor le dijo a su mujer: “¡Tú, te callas la boca, porque ya debes saber que la Palabra de Dios no te permite hablar en medio de la congregación!” —Y dirigiéndose a mi padre, le dijo: “Disculpe, pero no debió invitarla a orar en público, porque eso es contra la voluntad de Dios—.”

Aquel pastor procedió a leer en su Biblia algunos versículos, y todos los hermanos, y también las hermanas, decían tras cada una de sus frases: “¡Amén! ¡Amén! ¡Gloria a Dios! ¡Aleluyaaa!”

Todo aquello me dio asco, y bien me hubiera refundido en el baño para vomitar.

* * *

Al final de la fiesta, todos estaban alegres y felices. Inclusive las mujeres, aunque a la hermana Catalina parece que se la había tragado la tierra de vergüenza y consternación.

Nadie se sintió avergonzado de lo que hizo ese pastor, ni aun mi padre, aunque creo que él no le hubiera tapado la boca a mi mamá delante de tantos invitados.

Creo que solamente yo, que en aquellos días tendría 16 años, sufrí mucho. Pero no quise pensar más en ello, “para no añadir pecado al pecado y condenación a la condenación”.

Una vez a solas en mi cuarto, con mis lágrimas secas sobre mis mejillas, le dije a Dios que estaba abatida por el dolor que me había ocasionado todo aquello, y quedé profundamente dormida.

* * *

A medida que entraba en los años de la adolescencia, me refugié en el estudio. A mí me gustan de manera especial las ciencias biológicas. Me asombra la creación de Dios y me parece que los científicos que la estudian y descubren sus secretos para bien de la humanidad, aunque sean ateos son siervos de Dios, tanto como los mismos pastores y evangelistas que nos exponen su santa Palabra.

Mis calificaciones han sido siempre altas en ciencias biológicas, pues pensaba que si alguna vez yo quisiera estudiar ginecología, mis calificaciones debían expresar el alto concepto que tengo de cada disciplina relacionada con esta profesión, y en definitiva el alto concepto que tengo de la obra de Dios en la Creación.

Gradualmente me puse a reflexionar sobre la maravilla de la creación de Dios reflejada en el cuerpo de la mujer, en mi propio cuerpo, al cual me deleita contemplarlo desnudo, o recatadamente cubierto para acentuar su sensualidad.

No es que haya dado cabida al hedonismo, o que me deleitara en el pecado de la pornografía, o que manifestara tendencias homosexuales, porque el cuerpo del varón se me pinta igualmente maravilloso, atractivo a la vista, codiciable y bueno para comer, o como dicen en Argentina, “para comerlo crudo”.

Pero lo que tiene de especial el cuerpo de una mujer es que puede contener la vida, dar la vida y expresar la vida. Esto es algo único, que no tiene el cuerpo del varón. Realmente el hombre no puede ni siquiera imaginarse ese maravilloso mundo nuestro, que exteriormente el Creador ha dotado de tanta belleza y atractivo sensual, que constituye el lujoso papel de regalo de la vida.

* * *

En estas cosas pensaba, y me asediaba de nuevo el pensamiento de que este Dios maravilloso que hiciera a la mujer con tanto placer personal (porque se nota), la convirtiera en un revoltijo de pecado y maldición para todas las generaciones. Entonces lloraba, mucho, mucho, porque una cosa me dice mi naturaleza de mujer, y otra cosa me dice la Biblia, que yo considero Palabra de Dios.

El resultado es una especie de paranoia que se gesta en mi alma y me tortura.

Sí, el pecado ha hecho que todas las mujeres seamos esquizofrénicas por naturaleza, y una manera de calmar nuestra tensión es doblegándonos al varón en silencio ante sus reproches y humillaciones, pero sólo para terminar más amargadas de la desigualdad humana establecida por Dios mismo.

¿Fue acaso por rebeldía femenina que decidí ser algún día una ginecóloga de fama mundial?

* * *

Por un largo tiempo las ciencias han sido mi único refugio. Llegué a saber mucho más que mis compañeros, porque me prendía de los libros y de los programas de Discovery Channel, Discovery Health, etc., a los cuales no sólo leía, observaba y estudiaba, sino también devoraba con ansiedad y convertía en mi momento devocional. Y cuando obtuve mi DNI, mis inquietudes también se volcaron sobre el estudio bíblico.

No me perdía ninguna charla especial en la iglesia, aunque gradualmente fui perdiendo el interés a causa de que tanta repetición aburrida y tediosa. Entonces replacé la iglesia por los campamentos juveniles y de universitarios, donde me mantenía alerta y ansiosa por el estudio bíblico.

En un campamento, cierto conferencista joven de Argentina, nos dijo que a Dios ni le asusta ni le disgusta que seamos cuestionadores, preguntones, investigadores. El nos dio una lista de citas bíblicas que prueban este hecho de manera contundente. “Por eso”, decía, “no tienes por qué vivir atrapado en el círculo vicioso de la duda y el descontento.”

Por eso, excluyendo el tema del pecado original de la mujer, pensé que todos los demás temas posibles me estaban permitidos abarcar y cuestionar.

El criterio de ese conferencista argentino, Dante Gebel se llamaba, me ha librado a tiempo de tantas ansiedades. Y confieso que no solamente yo, sino todas las chicas en el campamento universitario nos quedamos embobadas escuchándole: “¡Cho te voy a demostrar, ché, que Dios no es ningún ‘viejo mi querido viejo’! El no camina lerdo, ché. Tampoco tarda, ni menos olvida, ché. ¡Sacátelo de la cabeza, ché! ¡Dios es joven como tú, y juntos pueden hacer una buena chunta y una linda pareja de amigos!”

* * *

Cuando terminé mis estudios de ginecología, me casé en Argentina con un ingeniero, un hombre muy bueno e inteligente que se parecía bastante a aquel conferencista de quien me quedé embobada cuando visitó Lima.

El no es salvo, pero es más limpio y santo que todos los jóvenes evangélicos que he conocido. Hubo algunas ocasiones en que nos pusimos a conversar y a discutir algunas cosas de la Biblia, y aunque de reojo y formulando las cosas a su manera y con torpeza, él hacía comentarios valiosos que me servían de ayuda y edificación.

Por ejemplo, me dijo una vez: “¿Por qué me venís jorobando con eso de que la mujer es la ‘achuda idónea’ del varón? ¡Cha me tenés podrido, ché! ¿Acaso no es el hombre también la achuda idónea de la mujer? ¿Acaso no soy eso para ti, ché?”

De veras que no había escuchado decir esto en ninguno de los sermones en la iglesia, y me parecía que de veras era real e inteligente. Por eso sus palabras se han pegado a mi alma a manera de estribillo: “¡Sacátelo de la cabeza, ché! ¡Decí las cosas al revés! ¡A ver, decílas al revés, ché!”

A propósito, su nombre es Roberto Rovescio, cuyo apellido italiano significa, interesantemente, “al revés”: “Roberto al revés”.

* * *

En otra ocasión, cuando me sentía enternecida y hallaba reposo en sus brazos velludos y fuertes y en su pecho musculoso, para encontrar seguridad siquiera en ese momento de mi vida, yo le decía: “Así me gustá. . . Que me trates así. . .”

El me dijo: “¿Cómo así, ché?!”

Y le dije: “¡Como a un vaso frágil!”

Entonces él me dijo: “¡Pará, pará, pará! ¿De dónde sacás esas palabras, ché? ¿De alguna poesía?”

Yo le dije: “La Biblia dice así de la mujer, que somos vasos frágiles.”

Y él me dijo algo que al comienzo me ofendió, aunque no lo hizo para ofenderme. En realidad, nunca decía nada para ofenderme; por eso he aprendido a escucharle y a no estar siempre a la defensiva.

Esto es lo que me dijo el atorrante: “¡No seás pelotuda, ché! Quizás la mujer sea más frágil en el frente de batalla o en circunstancias ideales para el acoso sexual, pero, ¡no jodás, ché! ¡Ustedes las mujeres no tienen nada de frágiles! ¡Los frágiles somos nosotros, los hombres! A ver, ¿de dónde sacás esa idea?”

* * *

Le abrí mi Biblia RVA y le leí en la Primera Epístola del Apóstol Pedro 3:7: “Vosotros, maridos, de la misma manera vivid con ellas con comprensión, dando honor a la mujer como a vaso más frágil y como a coherederas de la gracia de la vida, para que vuestras oraciones no sean estorbadas.”

Entonces él prorrumpió en carcajadas y me confundió aun más.

Cuando se calmó, me dijo: “¡Ché! Pero. . . ¿por qué no lo ponés al revés?”

Yo no me imaginaba qué había que poner al revés, como a él tanto le gustaba. Por eso le di la Biblia abierta y con la punta de mi dedo le mostré el versículo, y violentamente me acosté boca abajo y cubrí mi cabeza con el almohadón, pensando en qué barbaridades iría a decir, porque él aún no ha nacido de nuevo. Y le escuché leer entre carcajadas:

“Vosotras, esposas, de la misma manera vivid con ellos con comprensión, dando honor al varón como a vaso más frágil y como a coherederos de la gracia de la vida, para que vuestras oraciones no sean estorbadas.”

* * *

Yo me sentí un poquito ofendida, porque en el acto me despojó del único versículo que para mí era mi refugio y mi especial tesoro, algo para mimarme a mí misma. Pero como él era alguien con quien yo podía conversar sin ser humillada, seguimos comentando el versículo una vez que le hube arrojado el almohadón.

El es sarcástico; parece que Dios le ha diseñado así. Sin lugar a dudas, él está programado para ver las cosas al revés y para decirlas al revés, y de ello él resulta sacando ideas realmente geniales y a menudo edificantes. Por ejemplo, le llamé la atención por reformular las cosas al revés en este versículo. “Sólo para broma está bien” —le dije—.

Pero él argumentó diciendo: “Es que la Biblia dice ‘vaso frágil’, y ‘vaso’ es masculino; por tanto, se aplica mejor al varón. Si querés que se refiera a ti, entonces lee, ‘vasija frágil’, ché.”

“¡No importa!”, le dije con terquedad. “De todas maneras, me gusta que me trates como a una vasija frágil.” —Pero para entonces, o estaba dormido, o se hacía el dormido el atorrante—.

* * *

Roberto y yo hemos compartido muchas veces algunos momentos de reflexión bíblica en la cama.

Entre nos, para decirte la verdad, la cama es el único lugar donde yo puedo tener algunos momentos de reflexión acerca de lo que Dios es para mí como mujer, y para nosotros dos, como pareja. Y aún no habíamos tenido nuestro primer bebé cuando aquella amiga mía, al conocer las profundas inquietudes que yo tenía sobre mi naturaleza de mujer y mi relación con Dios, nos invitó al cine, donde estaban estrenando la comedia musical *Yentl*, con Barbra Streisand.

Mi esposo no pudo ir, porque llegó a casa muy cansado, pero me permitió ir con mi amiga. Entonces me vi a mí misma dentro del frágil cuerpecito de aquella pequeña niña, hija del rabino de una ciudad de Europa oriental, que se había quedado sin mamá y para quien su padre llegó a ser papá y mamá juntamente.

Yo no había tenido esta dura experiencia: El parecido era sólo en los pensamientos, sentimientos y cuestionamientos de la pequeña Yentl acerca de Dios, que eran tan, tan similares a los míos. . . Y más aún, lo que ella sentía de adolescente y de persona mayor. . . Sólo que yo jamás hubiera tenido la osadía de disimular mis senos con una venda de momia, para parecerme a un muchacho y así poder ser “admitido” a estudiar la Torah en una yeshiváh.

¿Tanto puede una mujer amar la Torah y a Dios como para hacer algo semejante, siendo que “sin senos no hay paraíso”? ¡Imagínate que por dármeles de “discípulo sabio”, también a mí terminasen echándome ojo y me hagan casar con una despampanante muchacha de Israel!

* * *

Mi amiga no quería discutir conmigo sobre estas cosas. Sólo me dijo lo siguiente: “Como verás, también nosotros tenemos estas restricciones estúpidas con respecto a la mujer. Pero si ha sido posible que se produjese esta película, es porque se ha descubierto que sí existe cabida para que la mujer se ponga de pie delante de Dios y le reclame por qué ha mandado escribir en la Biblia cosas que son tan indignas y degradantes para la mujer, habiendo ella sido hecha en su propia imagen y semejanza. Después de todo, ¿acaso no es ella la obra cumbre de su creación, creada al final de todo, cuando él había acumulado experiencia en el arte en crear?”

Nada más. Hace tiempo que no he frecuentado a Daniele Cohen. Ella era mi mejor amiga en la Facultad de Medicina, pero los pocos momentos de conversación con ella han revolucionado tanto mis pensamientos y sentimientos, que he preferido cierta forma de distanciamiento y cuarentena para estar en paz. Sin embargo, en el fondo de mi alma, siempre tuve la corazonada de que ella tenía toditita la razón.

* * *

Unos años después, cuando mi esposo, nuestros niños y yo nos mudamos a una pequeña ciudad al sur del Brasil, me sentí como nunca desolada en medio de la sociedad, y aun más con los problemas de comunicación. El portugués no me parecía un idioma, ni un dialecto, ni siquiera una jerga. Pero ni bien me empezó a gustar, empecé a asistir a una iglesita evangélica muy acogedora.

En ese ambiente me sentía muy alegre de revivir los años de mi infancia, imaginando a mi padre en el púlpito en nuestra pequeña iglesita de la Plaza Marzano en Lima, en el predio que actualmente forma parte del teatro de Oswaldo Catone. Pero no pasó mucho tiempo hasta que aquel idilio se enfrió.

Realmente, más calor espiritual encontraba escondida en los brazos y en el pecho velludo de mi hombre, que en aquella iglesia frígida donde las mujeres nos sentábamos aparte, en un lado del templo, y los hombres en el otro. Comenzaron a imponerme maneras de vestir, me prohibían que arreglara mi hermosa cabellera, y lo que es aún peor. . . ¡Eso no lo hubiera soportado mi marido jamás! Me prohibían que me afeitara las piernas.

Y al ver mis piernas sexies y hermosas, como para morderlas rico, rico, las mujeres de aquella iglesia se ponían a cuchichear entre ellas, malévolamente.

* * *

El pastor de aquella iglesia debió enterarse de mis aprehensiones y de no poder invitar a mi esposo para tenerlo sentado en una banca desolada en la otra ala del templo. Por eso explicó que esa práctica se debía a que las mujeres somos portadoras del pecado. ¡Imagínate! ¡Cómo si por naturaleza fuésemos sidosas, espiritualmente hablando!

Entonces me di cuenta de algo que las demás mujeres no se habían dado cuenta, porque simplemente están encantadas y no se les permite pensar: Los pastores se adjudican el derecho de añadir al castigo que Dios ya nos ha impuesto y hallan placer en hacerlo más cruel, más humillante, más ofensivo. Porque la Biblia nada dice de sentarse en bancas separadas en la iglesia y después del culto ir a meterse en la misma cama. ¡Qué gracioso! ¿Di?

¿No les parece ridículo?

Nuestros pastores se parecen a ese chiquillo antipático, el Quico del programa del Chavo del Ocho, que tantas ganas me daban de ahorcarlo cada vez que lo veía en la televisión. Después de que su madre, doña Florinda, le ha propinado a don Ramón una sonora cachetada, el Quico, al igual que esos pastores, añade a la cachetada un empujón, diciéndole: “¡Chusma! ¡Chusma! ¡Chusma!”

* * *

Juntos con mi esposo nos hemos puesto a pensar sobre esto, y él, sin ser cristiano, sólo con su sentido común y con su metodología de poner y decir las cosas al revés, me dijo: “Si Dios ha hecho de la mujer un ser contagioso, entonces su obra no es perfecta. Para que Dios perfeccione su obra, en lugar de mantener en eterna cuarentena a este ser contagioso, debería tenerle compasión y dejarla de una vez en paz, y a los hombres debería darles más bien muñecas inflables o robotitas, para que puedan acudir al templo con ellas y

se sienten juntos uno al lado de ella, sin asco ni peligro de contagio. ¡Así hasta podrían llenar la iglesia de cabo a rabo si se esmeran en inflar!”

Sus palabras me parecieron chocantes al principio, pero al final me hicieron reír. Por fin, nos despedimos con un besito de buenas noches, y antes de dormirme me atreví a decir: “Las muñecas inflables, además, tendrían la ventaja de que guardarían silencio absoluto en medio de la congregación. . .”

¡Pero para qué lo dije! Pues él añadió el siguiente comentario: “¡No se escucharía un solo pedo en toda la congregación!”

Y el sueño se nos esfumó.

* * *

Han pasado los años y nuestra familia ha sentado raíces en el Brasil. Pero extraño mucho mi Buenos Aires querido, y aunque no lo creas, también extraño mi Lima con su cielo color de su panza del burro, sobre todo por los recuerdos de la iglesita evangélica de la Plaza Marsano en donde nací y crecí.

Por fin, mi esposo y yo decidimos obsequiarnos con un regalo de aniversario visitando ambas ciudades en una larga vacación.

En Buenos Aires volví a visitar mi añorada iglesia en el Barrio del Once, y mi esposo tuvo la gentileza de acompañarme. Muy raras veces él me acompaña a la iglesia, y cuando salimos, y yo empiezo a comentar el mensaje, él dice moviendo su cabeza y su mano: “Sin comentarios. . .” Pero ahora, de vacaciones, no podíamos andar uno por un lado y otra por otro, así que fuimos a la iglesia juntos los dos.

Llegamos cuando se estaba anunciando un estudio bíblico por el Dr. Douglas Smith, importante conferencista norteamericano que hablaría acerca de “La mujer en las iglesias fundadas por el Apóstol Pablo”, sobre todo en una iglesia problemática de la ciudad de Corinto, a la cual él definía como una “Iglesia Evangélica Pneumática” —Quizás porque en lugar de mujeres, los hombres de Corinto llevaban a la iglesia a sus “muñequitas inflables” ¡Ja! ¡Ja! ¡Ja! Como los pneumáticos de los coches. . . ¡Ja! ¡Ja! ¡Ja! ¡Ja!—

No puedo contener la risa. ¡Ja! ¡Ja! ¡Ja! ¡Ja!

* * *

El Dr. Douglas Smith era muy hábil con la comunicación y deleitaba cuando ponía en la pizarra su bosquejo de la Primera Epístola de San Pablo a los evangélicos de la ciudad de Corinto. En lugar de dormirte, te hacía pensar y re-pensar, y te hacía reír a carcajadas.

El dijo que el pensamiento de San Pablo es sumamente coherente, y mostró que desde el Capítulo 12 hasta el Capítulo 14 se trata de un solo tema: Los dones espirituales y su correcta utilización en el culto y en la vida en comunidad.

A mi esposo le encantaron las palabras del Apóstol Pablo acerca del “más importante de todos los dones”, el don del amor, del que escribe el Apóstol en el Capítulo 13.

Este es el bosquejo que escribió el Dr. Smith en la pizarra con la “ayuda” de todos los presentes:

Capítulo 12: Los dones que reparte el Espíritu Santo

Capítulo 13: El más importante de todos los dones: El Amor

Capítulo 14: El don de lenguas

A propósito, el don de lenguas, eso nada tiene que ver con los famosos “besos franceses”, como pensaba mi marido.

* * *

Nos dijo que hacia el final del Capítulo 14, el Apóstol Pablo expresó su tan debatida prohibición de que las mujeres hablaran en la congregación, quizás en relación con ciertos excesos en la práctica del don de lenguas (el estúpido de mi marido dice que eso es porque las mujeres tienen el don de la lengua larga). Y prometió mostrarnos lo que significa esa “prohibición” dentro del Capítulo 14, o al final del mismo como aparece en algunos documentos antiguos de la Epístola.

Sentí una especie de punzada cuando volví a escuchar, después de mucho tiempo, esas palabras que tanto me habían torturado como mujer sensible que soy:

Como en todas las iglesias de los santos, las mujeres guarden silencio en las congregaciones; porque no se les permite hablar, sino que estén sujetas, como también lo dice la ley. Si quieren aprender acerca de alguna cosa, pregunten en casa a sus propios maridos; porque a la mujer le es impropio hablar en la congregación.

Y quedé estupefacta cuando mi marido me expresó su interés por asistir a dichos estudios.

* * *

Cuando salimos de la iglesia, un profundo vacío en mi corazón fue detectado de inmediato por Roberto mientras caminábamos en silencio por el largo boulevard.

Para romper el silencio, le pregunté temerosa:

—¿Qué te pareció la charla, es decir, el doctor?

Y él respondió con evidente sinceridad:

—Pues. . . con toda honestidad. . . ¡macanudo! ¡divino!

Entonces le confesé que esas palabras que leímos al final me habían torturado toda la vida, porque muchas veces yo había tenido la tentación de pensar que eso lo habría dicho o escrito algún alcahuete misógino, pero nunca habrían salido de los labios del buen Jesús.

Roberto de pronto me dijo:

—Tengo una idea, ché. . . Cuando lleguemos a casa, abríme tu Biblia en esas palabras que dices que tanto te torturan, porque quizás no son tan horribles como parecen. Quizás San Pablo no era ningún “alcahuete misógino”. . . ché.

Y tras una pausa regular, añadió:

—Además, ¿acaso no dijo el conferencista que en algunos documentos esas palabras no aparecen dentro, sino al final del Capítulo 14, habiendo la posibilidad de que fueran una *post-data* introducida por algún copista, y no por San Pablo mismo?

Eso que dijo al final me ocasionó pánico; miedo de que las palabras de un misógino hayan llegado a ser Palabra de Dios. De otro modo, ¿cómo han venido a ser introducidas en la Biblia?

* * *

Mientras nos dirigíamos a casa me moría de miedo de que finalmente terminara perdiendo a mi esposo, si él se sumaba al ejército de los que degradan a la mujer utilizando para ello textos de la Biblia, la Palabra de Dios.

Al llegar a casa, hice como que me había olvidado por completo del asunto. Pero él insistió:

—Abríme tu Biblia en esas palabras, y permití que yo te las lea.

No tuve otra alternativa. Entonces él, haciendo justicia a su metodología inveterada de decir las cosas al revés, leyó así:

Como en todas las iglesias de los santos, los varones guarden silencio en las congregaciones; porque no se les permite hablar, sino que estén sujetos, como también lo dice la ley. Si quieren aprender acerca de alguna cosa, pregunten en casa a sus propias mujeres; porque al varón le es impropio hablar en la congregación.

* * *

Cuando acabó de leer, restauró la sonrisa y la alegría a mis labios, y de pronto me dio un ataque de risa santa. Antes, a ningún predicador había escuchado con semejante chorro de ingenio e inspiración. Roberto me estaba convenciendo de que su interpretación “al revés” de los textos sagrados es la mejor. ¡Claro, si algo se dice de la mujer, también tiene que referirse al hombre, y viceversa! ¿No te parece?

Roberto sonríe y dice:

—Te aseguro, ché, que San Pablo se refirió a las mujeres que tanto cuchichean en la iglesia. Aunque los hombres también cuchichean, las mujeres cuchichean más. En los templos católicos eso ocurre menos; aunque tengo que reconocer que en medio del intenso calor del verano, fue en la catedral donde nos sentamos a solas ante la tenue luz de las velas y nos juramos amor eterno, y nos dimos nuestro primer beso, un beso de amor.

* * *

Otro día Roberto me preguntó si acaso yo seguía pensando que Dios es misógino y que tanto odia a la mujer.

Le respondí que no y que, a pesar de las apariencias, nunca había pensado de esa manera. Pero que me hervía la sangre que de algunos pocos versículos bíblicos los teólogos oficiales de la Iglesia hayan concluido que las mujeres, por el hecho de tener cabellera hermosa, tetas, vagina y voz de mujer, no puedan ministrar la Santa Cena o la Misa. Ni que puedan predicar ni enseñar desde el púlpito, sobre todo si en las bancas está sentado por lo menos un imbécil que da la casualidad de ser varón. Y lo que es peor, que no pueda orar, es decir, hablar con Dios, su Creador. ¡Esto es el colmo de los colmos!

Roberto me escucha en silencio y observa cómo se enardece mi amargura. Entonces de nuevo empieza a aplicar su metodología de ver las cosas al revés, y de nuevo me mete en aprietos. Honestamente, me arrepiento de haberlo provocado con mis palabras, porque cuando él empezó dizqué a poner mis palabras al revés, ya no pude hacer que se callara la boca.

Esto es lo que me dijo el baboso de mi marido:

—Entonces, ¿el hombre puede predicar, y repartir el vino, y enseñar, y orar, porque tiene pene, vello abundante en el pecho, en los brazos y en las piernas, además de un olor penetrante y una seductora voz varonil?

* * *

Le rogué que se callara la boca, ¡porfa! Y lo hizo, pero no sin antes recordar el lindo bosquejo de 1 Corintios 12-14 que escribiera el Dr. Smith en la pizarra de la Iglesia del Barrio del Once. Y dijo:

—Una cosa me llamó la atención, más que todas, en la exposición de ese conferencista genial. . .

Le pregunto:

—¿Qué cosa? —no sin temor de que de nuevo me metiera en aprietos con su manía de decir las cosas al revés—.

Y responde:

—Me deleitó el Capítulo 13 de 1 Corintios, que habla del amor. Creo que nadie jamás ha escrito del amor como lo ha hecho San Pablo. ¡Felicitaciones, ché! Pero. . .

Muy nerviosa, pregunto:

—¿Pero qué?

—Más adelante nos hizo leer en el Capítulo 14 las palabras que tanto te torturan. Honestamente, no creo que el hombre que ha escrito el Capítulo 13 sea el mismo que ha escrito el Capítulo 14 porque, así como están escritas las cosas, leyendo a saltitos, pareciera que en el Capítulo 13 Pablo te dijera “¡Te amo! ¡Guau!” Y en el Capítulo 14 te dijera: “¡Pero calláte la boca, ché!”

* * *

Yo intenté argumentar, pero él me tapó la boca diciéndome:

—¡Pará, pará! ¡San Pablo no puede haber tenido esto en su mente ni en su corazón!

—Tenés todita la razón —le digo—, y quizás harías un gran favor a la humanidad si dictás un Curso Maratónico en el CEBCAR o en la CBUP para enseñar tu metodología de decir las cosas al revés. Y en cuanto a mí respecta, quizás, antes de hundirme en mi paranoia y en mi esquizofrenia de mujer, debería contemplar más bien a ese gran galán, a Jesús, quien no les tenía ni miedo ni asco a las mujeres, como tantos predicadores morbosos que suben al púlpito para exponer la bendita Palabra de Dios.

O my God! ¡Dios tenga misericordia de mí, y de ti que me acabás de escuchar semejante aberración!

* * *

A mí me hizo reír esta plática de la Dra. Susana Jiménez. Pero después derramé lágrimas al leer su testimonio que ella escribió a pedido mío, a partir de la grabación. ¿No le ocurre lo mismo a usted?

Al ver mis lágrimas, ella me dice:

—Perdone, doctor, mis palabras tan groseras. . .

Y le digo:

—No se preocupe, doctora. Ya era tiempo de que alguien hablara así; porque ya estamos hartos de que con eufemismos y palabras piadosas nos comuniquen pensamientos groseros.



3

LA AYUDA IDONEA

Era un día cualquiera en la década de los ochenta. Alberto era estudiante del Seminario Teológico Pentecostal (el afamado STEP de Ate-Vitarte) y hacía sus prácticas ministeriales en nuestra amada Iglesia Evangélica “Viento Recio”, sirviendo como diácono.

Ese día llegaron a la iglesia tres señoritas muy bellas, y al parecer, de buena condición económica.

Poco tiempo después, el “Hermano Alberto”, como le llamábamos cariñosamente, quedó a cargo de nuestra iglesia, aunque todavía en condición de diácono, mientras continuasen sus clases en el STEP. Entonces fueron a la oficina pastoral aquellas señoritas y le saludaron muy amablemente encumbrándole al sitial de “pastor”.

Con una amplia sonrisa, el Hermano Alberto les dio la bienvenida y les dijo:

—¡Bienvenidas, queridas hermanas! ¿Cómo se llaman?

Gloria, la mayor tomó la iniciativa e hizo las presentaciones del caso:

—Ella es Vilma. Aquí está su hermana Idánea, y yo me llamo Gloria.

El pastor les extendió la mano y les dijo:

—Tengo mucho gusto de conocerlas, hermanas.

Y tras una amena y emotiva plática le dijeron:

—Quisiéramos congregarnos aquí de una manera permanente.

* * *

Entonces, Gloria procede a darle a conocer que Vilma tiene ciertos dones y poderes que Dios le ha dado, y que es un instrumento especial en sus manos, lo cual, de buenas a primeras es bienvenido para el crecimiento espiritual de la iglesia local.

Estas fueron sus palabras, una vez que fueron sincerándose, como jóvenes que eran todos ellos:

—El Señor le ha dado a Vilma un mensaje para la Iglesia “Viento Recio”, y también para ti.

El Hermano Alberto se extrañó un poquito de que de repente le hablara de tú, y ella prosiguió con más viada:

—En esta iglesia tienen que hacer lo que Dios les dice. Y en cuanto a ti, el pastor, Dios tiene un gran plan para tu vida. Dios te quiere levantar como un gran siervo suyo.

El escuchó atento las palabras de Gloria. Pero algo en su corazón le decía que había alguna cosa extraña en las palabras y en las actitudes de ellas tres.

* * *

El Hermano Alberto buscó saber más acerca de ellas, y de este modo, como se dice, “sin querer queriendo”, empezó una amistad que en breve se hizo cada vez más estrecha.

Basado en esta confianza, él también buscaba llamarles la atención sobre ciertos detalles algo extraños que veía en el comportamiento de la profetisa, Vilma, y en el de su relacionista pública, Gloria. Pero de Idánea no tenía nada que objetar. Ella era una dama a carta cabal, recatada y respetuosa.

Después de cimentada aquella amistad con el “pastor”, Gloria se dio la libertad de hablar directamente a los hermanos de la iglesia, diciéndoles:

—Lo que Vilma habla proviene de Dios, pues así nos lo ha revelado el Señor. Y a los que no le crean, Dios los va a destruir y va a convertirlos en nada.

Esto repetía Gloria con insistencia, y ya puede usted imaginar los efectos negativos que venía produciendo en la congregación.

Vilma, por su lado, manifestaba su común acuerdo, y aunque era mujer, interesantemente decía ser la reencarnación del profeta Elías. Esto dijo por primera vez en una reunión de oración de la Iglesia que tuvo lugar en el departamento de Gloria donde vivían las tres.

Lo dijo recurriendo a frases bíblicas conocidas:

—Yo soy el Elías que había de venir para preparar el camino del Señor. El Señor está cerca. Todos ustedes deben escuchar su voz para escapar de su juicio.

Vilma no quería acaparar la gloria, y presentaba a Gloria como que era la reencarnación de Pedro.

Las cosas se complicaron con el paso del tiempo, pues Gloria pasó de ser la reencarnación de Pedro, a ser Pedro en persona. —Se entiende, San Pedro, y no el mentecato ése de Pedro Picapiedra—.

* * *

Estas confesiones que daban asidero a reencarnaciones le preocupaban mucho al Hermano Alberto, pero por el momento no se atrevía a confrontarlas con su error. Más bien, decía en su corazón, medio claudicando entre dos pensamientos, por el mismo hecho de ser él mismo, tan joven. “A estas señoritas, o verdaderamente las has enviado Dios, o están locas de remate.”

Algo extraño había en estas tres chicas esbeltas y de ojos celestes, que no se ven a menudo en estas tierras sagradas del Tahuantinsuyo.

Pero Idánea, la hermana menor de Vilma, se mantenía callada, y al parecer, como dice la palabra, “guardaba todas estas cosas y meditaba en ellas en su corazón”.

Era, además, muy atractiva, y una creyente consagrada que realmente se robó el corazón del Hermano Alberto cuando le dijo:

—Pastor, quiero decirle que estamos experimentando “una gran bendición” bajo su guía pastoral, pues a pesar de su juventud es usted un líder auténtico y maduro.

* * *

El Hermano Alberto e Idánea empezaron a salir juntos, apartados de Vilma y de Gloria, y poco a poco él empezó a enamorarse de ella. Y como hombre de Dios, serio y honesto, no quería que esta relación tan bella se truncara. Además, empezó gradualmente a convencerse de que esto era el propósito de Dios para su vida.

El reflexionaba en su corazón diciendo: “Dios dice en su Palabra que no es bueno que el hombre esté solo, y que él le haría una ayuda idónea para él. . .”

En ese preciso momento, se percató del parecido de la palabra “idónea” con el nombre de su amada: Idánea. Este hecho le llenó de dicha. Idánea parecía ser la mujer idónea que Dios había puesto en su camino para que fuera su “ayuda idónea” y su compañera en la vida y en el ministerio cristiano. ¡Su mismo nombre se convirtió en una revelación divina para él! Y aunque Idánea no reaccionara del mismo modo al parecido de su nombre con la palabra “idónea”, él empezó a convencerse de que esta relación era la voluntad de Dios.

El mismo hecho de que Idánea no se relacionara tanto con su hermana Vilma y con Gloria, le parecía ser una prueba de la buena voluntad de Dios, agradable y perfecta.

* * *

Pero a solas, otra vez volvía a sumirse en la duda. Después de todo, la vida es algo serio, e igualmente era seria su vocación pastoral.

En uno de esos momentos a solas con Dios, vino la confirmación de sus inquietudes. De repente, como una revelación del cielo, se dio cuenta de que el apellido de Idánea era Pamés, y él lo leyó así: “¡Pa mí es!”

Y dando un salto de alegría, exclamó diciendo: “¡Gloria a Dios! ¡Aleluyáaa! ¿Qué mayor confirmación de la voluntad de Dios podría yo esperar? ¡Sin lugar a dudas, Idánea pa mí es! (Idánea para mí es).”

El exclamó: “¡Idánea Pamés! ¡Aleluyáaa!” —A propósito de este apellido, Pamés, me parece ser de Argentina, porque en el Perú nunca lo he escuchado—.

Era tal su regocijo, que no se había dado cuenta previamente de que había empezado a reírse solo, y estrepitosamente.

* * *

El Hermano Alberto poco a poco se fue enamorando perdidamente de la señorita Idánea Pamíes, la ayuda idónea que Dios había destinado para él. Fue recién entonces, cuando él ya estaba locamente enamorado de ella, que ella empezó a cumplir su extraña misión.

Al verle tan disciplinado en los negocios de su Padre, tanto en la iglesia como en el STP, o acaso ansiosa de pasar más tiempo juntos con él, le dijo:

—Alberto, ¿para qué estudias tanto? El Señor le ha dicho a Vilma que eso es pura letra muerta. Dios tiene muchas cosas grandes para ti si te unes a nosotras y si obedeces sus mensajes que él nos envía por medio de Vilma. El es maravilloso y amoroso; a nosotras nos ha enseñado cosas muy profundas y nos ha dado lecciones rápidas, porque él está acelerando su accionar en este tiempo profético.

Pero Alberto le respondía vehementemente:

—Yo debo terminar mis estudios teológicos en el STP, porque este es el voto que hice a Dios cuando él me llamó a su servicio. Tengo que cumplir con mis estudios para poder servir en el ministerio con eficiencia y dignidad.

Pero Idánea respondía:

—Es que el Señor quiere que te apartes del STP y que dejes esos estudios, porque quiere tratar contigo al igual que con nosotras. Si tú obedeces la voluntad de Dios, puede que yo te acepte y corresponda a lo que tú sientes por mí.

* * *

Algo desconcertado por las palabras extemporáneas de Idánea, al mismo tiempo que profundamente ligado sentimentalmente a ella, el Hermano Alberto parecía convencerse de la profecía de ella y de sus compañeras. Pero algo lo detenía para no convencerse del todo.

Idánea esperaba a Alberto en la puerta del STP todos los días, y tomados de la mano iban juntos a su oficina en la iglesia. De este hecho se dio cuenta Haydée, su buena amiga y compañera de estudios, quien tuvo la premonición de que algo pudiera estar andando mal.

Cierta noche, al ver que Idánea había llegado, Haydée le dice:

—Alberto, afuera te está esperando tu “idónea”, perdón, tu Idánea. ¡Qué pesada que es! ¡No te deja ni a sol ni a sombra! Es muy bonita, pero no sé. . . Presiento que algo no está bien con ella. Ten cuidado, Alberto: ¡La “idónea” puede resultar siendo la “errónea”!

* * *

Precisamente, cuando Alberto salió a la puerta, Idánea llegó a dar un certero ataque. Le dijo:

—Alberto, Dios le ha dicho a Vilma que creas a su Profetisa y que dejes los estudios de una vez, porque él tiene otra cosa mejor para ti.

Alberto, intentando despejar su confusión, le dice:

—Está bien, te voy a hacer caso. Solamente déjame terminar el presente ciclo de estudios, y no volveré al STP.

Idánea Pamíes, respirando el aire de la victoria, expresó su profunda satisfacción.

Los dos fueron caminando, tomados de la mano, por el largo boulevard.

Esa noche pasearon más tiempo como una pareja comprometida. Y con el transcurso de los días su amistad se hizo más estrecha. El empezó a ir a la casa de los padres de ella, y ella a la casa de él. Hacían sobremesa y veladas, y él era recibido con todos los honores de un pastor ordenado.

* * *

Las tres señoritas no cejaban en hacer que el Hermano Alberto se convenciera de sus profecías, y vigilaron para que cumpliera su promesa de abandonar sus estudios en el STP. Cuando era tiempo de empezar el nuevo ciclo de estudios, ellas tres no lo abandonaban ni un solo momento.

Había transcurrido una semana de clases y el Hermano Alberto no se había matriculado, pues se había resignado a abandonar sus estudios.

Pero algo en su corazón no lo dejaba tranquilo. Algo le decía que lo que ocurría estaba mal.

El continuó siguiéndoles la corriente, pero en un momento de descuido, en una decisión trascendental en su vida, fue al STP y halló que le estaban esperando para que se integrase a las clases. Aun cuando había transcurrido mucho tiempo desde el inicio de clases, habían avanzado poco por esperarle a él.

* * *

El Hermano Alberto se matriculó para el nuevo ciclo y comenzó a asistir a clases, a pesar de que estaba un tanto fuera de foco a causa de la tardanza.

Cuando se acercó la fecha de los exámenes, no se presentó al examen de Griego. Como no había estado en las clases desde el comienzo, se hallaba desubicado respecto de esta materia. Pero dos semanas después, el profesor tuvo la gentileza de anunciar una segunda oportunidad, un nuevo examen para los que no habían logrado pasar el primer examen, y para él, que no se había presentado al primero.

En eso vino a su mente este pensamiento: “Si Dios me ha abierto las puertas del STP para prepararme para su obra, él me ayudará a no perder este ciclo.”

El se propuso hacer un voto a Dios, y le dijo en su corazón: “Oh Señor, si tú me ayudas a aprobar el curso de Griego, nunca más dudaré de que esto que estoy haciendo es tu voluntad. Dame sabiduría para tomar esta decisión.”

* * *

Como él no había estado en las primeras clases de Griego, pensaba que le sería imposible aprobar el curso, pero con todo se preparó para el examen, confiando que Dios le iba a revelar su voluntad.

Entró a la sala del examen, recibió la prueba, se le aclaró la mente, y pudo traducir lo que tenía delante. Le parecía que conocía el griego desde hacía tiempo, como quien dice: “*¡Milás heliniká!*” (“¡Hablas griego!”)

Esperó los resultados del examen, y pasados unos días el profesor entró al aula y exclamó:

—Quiero felicitar al alumno Alberto Sánchez, quien ha sacado la nota más alta del curso. El suyo ha sido el mejor examen.

Un gozo inefable se apoderó de él. Dios le había respondido; ésta era la señal de Dios para no dudar más de sus propósitos de que se preparase para el ministerio sagrado.

* * *

Cuando Idánea Pamies se enteró de esto, montó en cólera y le dijo:

—¡Te has burlado de Dios! ¿Cómo puedes haber hecho esto? ¡Tú no crees que Dios se manifiesta en nosotras! ¡Va a venir un castigo muy grande sobre ti, y Dios te va a abandonar! Además, tengo para ti un encargo de Vilma. Ella dice que el Señor le ha hablado esta palabra para ti: “Mi hija es una profetisa y una sierva mía. Tienes que creer en ella; ella te guiará a toda la verdad.”

Pero con valentía y sin titubeos, Alberto le respondió:

—Si ella fuera profetisa de Dios, sabría que Dios me llamó y que hice la promesa de prepararme en el STP para servirle mejor. Yo he visto su mano hasta ahora, y si Vilma quiere desviarme de su propósito, ella no es profetisa de Dios.

Idánea quedó contrariada y resignada, porque se dio cuenta de que Alberto se le estaba escapando de las manos y que todo estaba llegando a su fin. Pero en un nuevo intento por someterlo, atinó a decirle:

—Si tú así lo crees, ¡a ver díselo a ella misma!

* * *

Así fue que acordaron tener una reunión. Ellas lo citaron a su departamento, y él acudió con valor. Gloria abrió la puerta en silencio, e Idánea, con un movimiento sexy entrecruzó las piernas al acomodarse en un mullido sillón.

Vilma le invitó a tomar asiento y le dijo:

—Alberto: Dios me ha levantado como su profetisa, y hoy día tienes que tomar una decisión: Creer que Dios me ha hecho su profetisa, o no creerlo. Si no crees, estarás afrentando al Espíritu de Dios.

El Hermano Alberto le respondió:

—Tú no eres profetisa de Dios, y todo lo que hablas son falsedades y herejías. Tu doctrina de la reencarnación no es bíblica ni procede de Dios.

Ella se enfureció, pero se contuvo.

El pastor pensó que le atacaría, pues sus ojos celestes y hermosos se pusieron rojos e irradiaban odio.

Vilma se transformó en un monstruo, y le gritó:

—¡Si no crees, sal de mi casa inmediatamente! ¡Tú no eres digno de estar en este lugar que Dios ha santificado!

El Hermano Alberto respondió con voz firme, clara y segura:

—Tú has venido para mortificar la obra de Dios en la Iglesia “Viento Recio”, y sólo sirves de tropiezo a los hermanos. Si de veras procedieras de Dios, no estarías haciendo

esto. Si tú crees que eres profetisa de Dios, eso es tu problema. Yo me voy tranquilo, porque sé que por fin se ha roto la cadena que me aprisionaba.

Se dirigió a la puerta, sin escuchar a la profetisa que dictaba inimaginables sentencias contra él.

* * *

Aquella noche Dios rompió su yugo y sus ataduras.

El continuó sus estudios en el STEP y se fortaleció en su ministerio como pastor ordenado. Y prosiguió estudios cada vez más complejos y profundos en la California Graduate School of Theology y en la California Biblical University of Peru, y a su debido tiempo alcanzó el Doctorado.

Actualmente, el Dr. Alberto Sánchez es el abanderado del axioma según el cual existe una relación directamente proporcional entre el estudio teológico acreditado y el ministerio cristiano, pues ambos se complementan como la teoría y la práctica. Además, es catedrático de Teología Científica en la CBUP y un abanderado de la Profesionalización del Pastorado Latinoamericano (PROPALA).

Algo más te diré pues: A su debido tiempo él conoció a su verdadera “ayuda idónea”: Una linda chilena del mundo del teatro, ex vedette y artista de pasarela, convencida como él de que no existe en esta vida y en el más allá mayor placer que el de entender a Dios y conocer sus planes estratégicos por medio de la investigación bíblica hecha a conciencia.

4 LA NOVIA

Esa tarde tuvimos en casa la grata visita del Dr. Jorge Iguarán, quien aceptó pasar unos días de descanso en nuestra casa de la cabecera de la Ciénaga Grande.

El septuagenario galeno había recorrido esta región en sus años mozos arrastrado por un amor inmortal, una conmovedora “experiencia religiosa”, como diría Enrique Iglesias. En esa ocasión pudo comunicar con profunda emoción las cosas que tenían conexión con su alma.

Mi hijo Nahum, que es piloto profesional, propuso que sobrevolásemos la aldea de Tournavista. El tendría el control de la avioneta, y el doctor y yo podríamos conversar sin estorbo de todas las cosas que podrían contribuir a sanar su alma.

Nahum dijo:

—No estoy seguro de que lo que podamos ver allí conserve algo del encanto que usted vivió. Volaremos a baja altura; pero no me pida aterrizar pues no podríamos despegar de nuevo.

* * *

Al día siguiente, aprovechando la mañana asoleada y radiante volamos en círculo para apreciar la inmensidad de la Ciénaga que a la distancia se confunde con el mar.

—En esa dirección está Rioacha —señala mi hijo—.

No se podía divisar tierra a distancia, a causa de la niebla.

El Dr. Iguarán dijo:

—Parecería que Rioacha, o no existe, o a medida que nos acercamos a ella emergiera del fondo del mar.

Nahum señaló con un movimiento de su cara:

—Un poco más delante habría estado Macondo; pero de todo aquello que pudo ver mi tío Gabo ahora no queda ni el recuerdo. Por eso demos vuelta para sobrevolar Tournavista.

* * *

Tournavista había sido fundada a principios del siglo pasado por norteamericanos de la compañía Beef Limited que buscaban sepultar experiencias de trágica memoria; me refiero a las operaciones de la tan mentada compañía bananera. La aldea fue concebida como modelo de cooperación binacional que permanecería en el recuerdo del pueblo cuando se llegara a construir la carretera que la uniría con los contrafuertes de los Andes.

Lamentablemente, la trocha que se abrió en medio de la selva fue absorbida por la vegetación, porque no fue afirmada para el tráfico de vehículos. En esto fallaron los consignatarios de la Beef Limited y no cumplieron su parte del contrato con el Gobierno que les daba a cambio el privilegio de habilitar toda la región para ganadería.

Pero el Gobierno no puede ser exculpado, porque dejó que se perdiera lo logrado por los directivos de la Beef Limited, después que ellos decidieron marcharse del país ante el avance de los comunistas.

* * *

El Dr. Iguarán recuerda cada rincón de Tournavista porque la visitó en su fogosa juventud. Había allí un poderoso generador de energía eléctrica y otras instalaciones que hacían de la aldea un colorido paraíso.

Había un personal encargado del mantenimiento diario del grass y los jardines, y los que estaban a cargo de drenar los tremedales para la cría de ganado vacuno realizaban verdaderas obras de ingeniería.

A diferencia de Macondo, aquí no había soledad. Había trabajo, alimentación balanceada, educación de calidad para los niños, buena atención médica, música de la Nueva Ola y desgarrantes escenas de amor.

Las avionetas de la Beef Limited sacaban de allí varias reses destazadas por semana. Y como la compañía no tenía el objetivo de perpetrarse en la región, sino desarrollarla económicamente, no había restricciones para la gente que quería vivir en Tournavista de manera permanente.

* * *

Entre las familias establecidas en Tournavista se encontraba la de los Buendía, que tenían en su casa una pensión para el personal de la empresa. Diariamente la señora Julia Buendía ofrecía un delicioso menú, y gracias al refrigerador que la compañía había puesto a su disposición, tenían asegurada una buena cantidad de hielo para limonada, una delicia en medio del sofocante calor de la selva tropical.

Había toda la limonada del mundo, siempre y cuando los comensales se proveyeran de su propia azúcar. A esta práctica les acostumbró la señora Buendía, porque el azúcar acumulada en exceso se le aguaba a causa de la humedad del ambiente.

Ella tenía tres hijas solteras, cada cual una reina de belleza, que servían a los comensales y amenizaban el ambiente con su garbo. De las tres, la más bella era Ninfa, la menor, de sólo trece años. A ella no se acercaban los galanes, porque temían a los gringos, tan identificados con la familia Buendía a causa de su fe evangélica. Vaya a saber si algún alto operativo de la Beef Limited había puesto su mirada en ella y esperaba ansioso, como dice el apóstol Julio Iglesias, que de un momento a otro “¡ella pasara de niña a mujer!”

* * *

Tournavista estaba situada en el lado oeste del mismo riachuelo que veinte kilómetros más al sur pasaba por Macondo, sobre una lengüeta de tierra que se adentraba en la ciénaga. Los tremedales rescatados para pastizales mediante zanjas de drenaje, dejaban amplias áreas para el ganado. En esta zona no había árboles de ceiba ni manglar.

En la parte norte estaba la pista de aterrizaje para avionetas. Una máquina de cortar el grass la mantenía habilitada para el tráfico semanal.

Al sur estaban las instalaciones del camal, los talleres para el mantenimiento de la maquinaria pesada y las oficinas de la administración. Allí mismo se añadieron las instalaciones de la enfermería y de la escuela primaria.

Las viviendas del personal estaban distribuidas en línea en el costado oeste, y en el extremo sur había un hermoso templo evangélico.

* * *

Sólo uno de los empleados de la compañía sabía de la desolación venidera. La Beef Limited no había cumplido sus compromisos con el Gobierno, y había los que decían que los agentes secretos de la FART venían averiguando cosas.

Alguien le había oído a ese hombre de confianza expresar su expectativa porque un día los gringos se marcharan y pudieran dejar las instalaciones a disposición de los trabajadores. Después de todo, el comunismo venía logrando avances en Cuba, en Chile, en el Perú, en Nicaragua y El Salvador. Pronto las transnacionales desaparecerían de la América Latina.

Fue una imprudencia de parte de don Arturo Escobar hacer este comentario triunfalista que de alguna manera llegó a oídos de los gringos. Es que a pesar de codearse con ellos, no podía ocultar su repudio personal. No obstante, los gringos mismos no cesaban de dejar en sus manos cada vez mayores responsabilidades y mayor remuneración.

¿No sería que querían soltarle la soga para que se ahorcara él solo?

* * *

La situación económica se agravó y se decidió cancelar los vuelos semanales. Ya no habría manera de sacar de la selva la carne beneficiada, lo que en primera instancia ocasionó que el personal se hartara de ella, como una sombría premonición.

Cierto día se le ordenó a Escobar hacer un inventario de las herramientas del taller de mecánica, y antes de que él cumpliera con las órdenes llegaron los encargados de llevarse todo en varias avionetas.

No se afectaría el normal funcionamiento de la escuela, pero a los padres de familia se empezó a incentivar para que fueran desarrollando microempresas fuera de Tournavista, con miras a dejar el lugar definitivamente.

Todo esto ocurría sin que Escobar se diera cuenta, porque para fines de año él recibió un aumento, un doble aguinaldo de Navidad y una orden de que sacrificaran suficientes reses para un vuelo a la semana, lo que le hizo pensar que la compañía podría ser reactivada.

* * *

Nada de lo que ocurriría en la aldea afectó tanto a Escobar como el sorpresivo viaje de Ninfa a Rioacha para estudiar contabilidad e inglés. ¿Cómo pudieron habersele escapado los preparativos de este viaje, a él que tenía los ojos de Big Brother?

Le causó consternación la desaparición de la chica en una avioneta de la compañía, mientras él estaba de paseo por las inmediaciones de Tournavista. El hecho confirmó la

sospecha de que la familia Buendía, y la bella Ninfa en particular, tendrían algo que ver con los verdaderos planes de los gringos.

Todos en la aldea estaban embargados por un extraño sentimiento de orfandad. Ninfa les obsequiaba su sonrisa angelical. Ella era la vida de aquella aldea solitaria de la selva. Era tierna e inocente.

Sus dos hermanas saldrían de Tournavista poco después, cada una por el camino que la vida le tendió delante.

Tournavista, como Macondo, empezaba a soborear la soledad.

* * *

Preso del shock emocional a causa de la desaparición de Ninfa, Escobar sufrió una mortal deshidratación. Ríos de limonada helada no bastaron para sofocar la fiebre que lo consumía. Nadie podía explicarse cómo podía sufrir tanto con su partida. Ella tenía tan sólo 17 años entonces, y él 43: y ella le llamaba “tío”.

El hombre estaba divorciado. Su mujer se había vuelto a casar y no quiso saber nada de la única hija quinceañera que tenían, la cual tuvo que quedarse a vivir con él, pero no por mucho tiempo, porque ella también saldría de Tournavista para hacer su propia vida. Entonces él puso la mirada en la bella Ninfa, y acaso en algún momento le confesó su amor.

Para el colmo de su confusión, Ninfa no había ido a Rioacha. El llegó a saber que estaría en Barranquilla, estudiando en la Escuela Nacional de Educación.

* * *

El mundo de Ninfa se abría en Barranquilla hacia otros rumbos desde que conoció a Jorge Iguarán, hijo de una de las familias que oportunamente escaparon del cataclismo escatológico de Macondo.

Jorge Iguarán había visitado Tournavista con el propósito de conocer a la familia de Ninfa. Ocurrió en uno de esos lapsos en que ella solía distanciarse de él, dizqué para hacerle sufrir y probar la consistencia de sus sentimientos. El vino a Bellavista aprovechando que ella fue a pasar la Navidad en casa de una amiga en Santa Marta.

Entonces, Jorge Iguarán cursaba la primera fase de sus estudios de medicina. Tenía la misma edad y estaba perdidamente enamorado de ella. Pero ella estimó que no debía comprometer de manera tan riesgosa sus sentimientos, considerando que él pronto viajaría a los Estados Unidos para estudios de post grado. Los sentimientos de él podrían cambiar, por ser tan joven.

Jorge Iguarán fue bien recibido en la casa de ella, y la madre de Ninfa empezó a amarle como a un hijo. Esto vio Escobar y empezó a fantasear con eliminarlo físicamente.

* * *

Cuando Jorge Iguarán volvió a Barranquilla pensó que las dudas y temores de Ninfa ya habrían pasado. No se equivocó; pero ella, por razones insondables cometió un error de peores consecuencias. Recordando peregrinamente a Escobar, que a la verdad estaba fuera de su vida porque le llevaba 26 años, sin medir las consecuencias le dijo: “Yo amo a otro hombre.”

“Yo amo a otro hombre” es una expresión cliché, tan similar a la declaración “te odio”, que significa “te amo”. Pero Jorge se la creyó y evitó caer en un peligroso triángulo sentimental. Herido, se apartó de ella, y ella no encontró los medios de hacerlo volver a su lado.

Cuando ella volvió a Tournavista a pasar sus vacaciones, se encontraba totalmente desolada. Sólo una persona tuvo la osadía de acercarse a ella y conversar de sus premoniciones respecto de la aldea. Esto le fue fácil, porque en las tardes él solía conversar con la familia en el pórtico de los Buendía hasta la caída de la noche.

Estas conversaciones se repitieron hasta que llegó a Tournavista aquella avioneta “out of schedule”.

* * *

La llegada de la avioneta provocó consternación a Escobar porque no era de la Beef Limited. Llegó temprano en la mañana, y Escobar no quiso salir del taller de mecánica para recibir a los visitantes.

El reportó aquella visita a la oficina central de la Beef Limited diciendo que la avioneta habría sido del Gobierno.

La compañía hizo las averiguaciones del caso y comprobó que ningún agente oficial había sido comisionado para aterrizar en Tournavista.

Desde aquel día muchos en la aldea empezaron a sospechar de las conexiones de Escobar, porque era él quien había hablado de lo que estaba a punto de ocurrir en la aldea.

Después descendieron las avionetas de la compañía para llevarse el instrumental de mecánica.

* * *

Jorge Iguarán viajó a los Estados Unidos, no tanto para proseguir estudios de grado como para intentar sanar su corazón herido.

Ninfa quedó desolada pensando que aquello era el final. No obstante, le escribió una carta felicitándole por su éxito en sus estudios universitarios; la dirección de Jorge la obtuvo de uno de sus familiares.

En esa carta ella hizo algo para dar a conocer la identificación de su alma con Jorge, a pesar de las apariencias: La escribió a mano imitando la caligrafía de él.

Jorge le respondió de inmediato diciéndole cuánto la amaba y reiterándole su petición de que se casara con él.

Ella escribió a la vuelta del correo: “Acepto ser tu esposa y ser tuya para siempre.”

* * *

Esta historia nos contó el Dr. Iguarán mientras sobrevolábamos Tournavista.

Cuando nos acercamos al lugar a baja altura, nos señala abajo el campo de aterrizaje cubierto de maleza. El lugar del camal está despojado de su techo de calaminas, aunque sus puertas metálicas siguen aseguradas con cascotes de candados oxidados. El antiguo taller de mecánica está cubierto de agua y flores silvestres debajo de las cuales se esconden del sol las salamandras.

La hilera de casas del personal de la compañía, entre ellas la de los Buendía, parece una hilera de dientes podridos y reducidos en número. Las llantas de las hermosas casas-vagones están desinfladas y hundidas en el terreno. Los tremedales se han vuelto inaccesibles; las acequias de drenaje ya no existen y las trochas de la carretera han desaparecido.

De regreso a casa, el Dr. Iguarán me dice: “Después de un año de intensa correspondencia, y a escasos treinta días de nuestra unión matrimonial en Estados Unidos, ella dejó de escribirme.”

* * *

Cierta persona que salió de Tournavista le reveló lo ocurrido:

Cuando Ninfa volvió a Tournavista para pasar la Navidad antes de hacer los preparativos de su viaje a Estados Unidos, encontró que sus padres estaban de viaje de mudanza a la ciudad vecina.

Una tarde de caza, Escobar se acercó a la casa portando su escopeta, lo cual ocasionó sobresalto a los que pasaban. Ninfa le invitó una taza de café, pensando despedirse de él, y de allí en adelante no recuerda lo ocurrido.

Ella despertó envuelta en la más densa oscuridad, desnuda y sudorosa, recostada sobre el pecho mojado de él. Quien tenía para ella un halo paternal se convirtió en su marido.

Ella escapó de la aldea y de sus padres. Sólo quedaba una cosa por hacer, pensaba ella: Depositar en la ciudad más cercana una carta para Jorge Iguarán, escrita ya no con la caligrafía de él, sino con los trazos inconexos de ella. La carta decía: “Me caso el próximo mes. Por favor, no interrumpas tus estudios por mi causa.”

* * *

Cuando Jorge recibió la carta una semana después, ellos ya estaban casados. Y lo que tenía que ocurrir, ocurrió: Poco tiempo después la bella Ninfa se vio atendiendo a un hombre envejecido y con incrementada peligrosidad. ¡Horrible cruz para una tierna reina!

A lo largo de toda su vida, Ninfa abrigó la esperanza de volver a ver a su verdadero amor y eso ocurrió cuando ambos cumplían 50 años. Fue en el Restaurant “Macondo”, en el malecón de Santa Marta, y a iniciativa mía.

Estábamos juntos los tres a la luz de una vela. Allí empezaron a sanar sus corazones heridos y aterrados.

Después de aquel encuentro le obsequiamos al Dr. Iguarán ese paseo por el cielo, y en un momento muy emotivo nos dijo mirando abajo lo que quedaba del camal de Tournavista: “Cuando era joven, visité una vez una granja donde sacrificaban pollos para

vender su carne en los restaurants. Y vi cuando un hombre le cortó la cabeza a un pollo de un hachazo, pero el pollo se le escapó de las manos y se fue corriendo unos quince metros, sin cabeza, hasta que de pronto cayó al suelo.”

Y limpiándose las lágrimas con el dorso de su mano dijo: “Conmigo también, las cosas ocurrieron de modo tan sorpresivo que sentía que mi cuerpo seguía programado, pero mi cabeza y mi corazón ya estaban desconectados de la vida.”

* * *

Veinte años después recibimos una tarjeta del Dr. Iguarán en que nos agradecía por habernos acordado de su cumpleaños número 70, y con la tarjeta envió una carta en que me cuenta el final de su historia de amor:

Mi hijo me ha llevado a Grecia en este año de las Olimpiadas de Atenas.

Fue un paquete turístico de la compañía Hellenic Tours, y en Atenas tuve una experiencia muy interesante. Mientras esperaba en el hall me llamó al lobby una chica ateniense, empleada del hotel. Cuando me acerco, veo en su solapa un broche con su nombre: NYNPHA THALAZZINO (pronúnciese Ninfa Thalazínu).

Le pregunté:

—¿Ninfa es tu nombre?

—Sí.

—¡Qué extraño!

—¿Qué tiene de extraño?

—Hace mucho tiempo conocí a una bella chica con ese nombre, y no he vuelto a encontrar a alguien con este nombre hasta hoy.

—En Grecia encontrará muchas, pues es un nombre muy hermoso para una mujer.

—Ah. . . por la mitología. . .

—No. Por su significado.

* * *

Me dijo: “It means ‘bride’ ” —significa “novia”—.

Toda la noche pensé en mi eterna novia y planeé algo para ella a mi regreso a Santa Marta, para nuestra próxima cita el 3 de junio, día de mi cumpleaños número 71. Soñé con cantar para ella la canción “La Novia”, que tanto estremeció nuestros corazones en los días de nuestro noviazgo. ¿Te acuerdas de esta canción que popularizó Antonio Prieto, en los tiempos de la Nueva Ola?

Nos encontramos al atardecer en el malecón de Santa Marta, a donde nos llevaste tú en cierta ocasión. De allí caminamos a la playa. Yo llevaba la pista de acompañamiento y un enorme toca-cassettes sobre mi hombro. Y empecé a cantar, mirando su cara y sus lágrimas:

*Blanca y radiante va la novia.
Le sigue atrás un novio amante.
Y al unir sus corazones,
harán morir mis ilusiones.*

*Ante el altar está llorando.
Todos dirán que de alegría.
Dentro, su alma está gritando:
¡Ave María!*

*Mentirá tal vez
al decir que "Sí".
Y al besar la cruz
pedirá perdón.
Y yo sé
que olvidar
nunca podría:
Era yo aquel
a quien quería.*

*Ante el altar está llorando.
Todos dirán que de alegría.
Dentro, su alma está gritando:
¡Ave María!
¡Ave María!
¡Ave María!*

Mi corazón no pudo resistir y me desplomé. En la clínica recibí la visita de su hermana que me informa que Ninfa ha estado últimamente muy enferma y que acaba de fallecer el 3 de junio, de lo que se desprende que ese día no estuvo conmigo en la playa.

* * *

Todo esto escribió el Dr. Iguarán después de su pre-infarto. A lo largo de los años la soñaba dirigiéndose al altar, y él siguiéndola para darle alcance. Y cuando estaba a punto de tomarla de la mano, ella desaparecía.

El la buscaba por Tournavista, por Macondo, por Santa Marta, hasta que por fin la encontraba.

El se acercaba a ella; y ella, como los enamorados del Cantar de los Cantares, volvía a desaparecer de su vista.

Y esto se repetía por toda la eternidad.

5 PEPE Y LA VIRGEN

Aquel año visité Cajamarca, otrora residencia del Inca Atahualpa, invitado por el Pastor Peter Nagel, misionero presbiteriano holandés considerado con justicia el sucesor del gran amauta Juan A. Mackay, por su énfasis en los programas educativos relacionados con la iglesia. El había organizado un programa de educación teológica abierto en la Misión Presbiteriana, el mismo que empezaría con el dictado del curso de Hermenéutica Bíblica, a mi cargo.

Aquella fría mañana estaba por empezar el programa en la calle Batán Grande. De repente, al entrar al ambiente condicionado como aula, mi alegría se vio opacada al ver ante mí una manada pequeña de soñolientos ausentes y distantes. No había una sola mujer, ni pa mi muela.

En eso ingresó al aula un estudiante más, risueño, de mirada inteligente que no disimulaba la dicha de haber llegado justo cuando íbamos a empezar. Era delgado y cojeaba un poquito aunque simulaba su *hándicap* asentando la punta de su pie izquierdo.

Tomó asiento en la última banca, que estaba vacía, y cuando le invitamos a pasar adelante, se resistió cortésmente.

* * *

El pastor Peter Nagel se acercó a mí y me entregó la lista con los nombres de los alumnos inscritos. Eran muy pocos, pero el que acababa de entrar daba razón de ser a todo el esfuerzo hecho.

Dediqué unos minutos a conocer a los alumnos. Leí sus nombres, y cada uno respondía “presente”. Unos pocos no habían llegado aún; quizás llegarían más tarde. Pero no estaba en la lista el recién llegado, por lo que pregunté:

—¿He omitido el nombre de alguno?

Y le pregunté a él:

—¿Cuál es su nombre, por favor?

Se puso de pie e intentó acercarse a mí para darme una explicación, pero como se le adelantó el pastor Peter Nagel, volvió a tomar asiento.

El pastor me explicó su caso:

—El no está inscrito. El es su paisano, de Celendín, y me ha pedido que le permita estar sólo hasta el recreo, porque tiene urgencia de hablar con usted.

Al oír que era shilico me sentí halagado y pensé: “¡Con razón su mirada inteligente!” Y le prometí que le atendería en el recreo.

* * *

En el recreo se acercó y se presentó amablemente:

—En realidad, yo no soy de Celendín. Me llamo Pepe, José Alcorta. Tengo en casa la colección de libros que usted ha escrito, cuya lectura me da gran satisfacción. Y cuando me enteré que usted vendría a Cajamarca, he hecho lo posible para entrevistarle y conversar con usted sobre algunas inquietudes mías.

De repente deja de llamarme “usted”:

—Llámame “Pepe”. Lamento que no podré quedarme en la clase, pues tengo que volver a mi oficina de contabilidad. Sólo quería participarte la invitación para almorzar al medio día en la casa de una paisana tuya, si no habría inconveniente. Ella se llama Margarita Rabanal y dice conocerte desde cuando eran niños y jugaban a “se mueve la raíz”.

Algo de extrañeza me producía su forma de hablar, y le pregunto con la misma confianza:

—¿De dónde eres tú?

—Yo soy de aquí, de Cajamarca. Y tengo el encargo de invitarte a comer puspumote shilico en la casa de la familia Rabanal. ¡No me digas que no te gusta el puspumote! Mientras comemos, me gustaría conversar contigo acerca de los libros que has escrito. A la Margarita le ha gustado mucho *La mujer en la Biblia*.

* * *

El pastor Peter Nagel se acercó para coordinar conmigo ciertos puntos de la agenda, y le digo:

—Ha venido a invitarme a almorzar al medía día. ¿Habría algún inconveniente?

Me dice como para que él escuche:

—Ninguno. El es un hombre muy interesante, pero le advierto que es demasiado conversador; no le va a dejar comer en paz. El es asiduo visitante de “El Estandarte de la Verdad”.

Se refería a la librería evangélica adjunta a la sede de la Misión Presbiteriana. Dicen que un tiempo era la librería más surtida de Cajamarca, pero ahora, los pocos que compran, entre ellos, Pepe Alcorta, son atendidos a puerta cerrada.

* * *

Se acabó el recreo, y seguimos el resto de la mañana sin él.

Se hacía sentir la ausencia de su mirada vivaz y sus ganas refrenadas de participar en la clase. Pero minutos antes de que terminase la jornada del medio día volvió a aparecer, y ágilmente pasó a sentarse en la primera banca. Lo del puspumote había sido verdad.

Mientras salíamos, el Pastor Peter Nagel, que tenía a su bebida en sus brazos, le dijo:

—Hermano Pepe, en la tarde no tendremos ninguna actividad con el doctor. El quiere ir a los Baños del Inca; a lo mejor usted pudiera guiarle.

Pepe se llenó de alegría porque interpretaba sus palabras en el sentido de que podía disponer de mí toda la tarde.

* * *

Cuando llegamos a la esquina de la Plaza de Armas, Pepe me dice:

—Por aquí vamos a la casa de la Margarita. Te anticipo que ella no es hermana. Ella es maestra en la escuelita de las Nazarenas, subiendo el cerro de Santa Eulalia por la calle Belén. Ella trabaja allí en las mañanas. Ayer le conté de tu visita a Cajamarca, y me dijo que quería invitarle a su casa y se alegró mucho que aceptaras nuestra invitación. De todas maneras, suponiendo que vendrías, doña Veva ha remojado frejol para hacer puspumote.

Empezamos a subir las graderías de la calle Belén, y le pregunto:

—¿Estamos yendo a la escuela donde ella trabaja? ¿No sería mejor ir directamente a su casa?

Y responde:

—Ella vive en la misma calle.

Le digo en broma:

—¿En cuál iglesia? Porque no veo casas, sino sólo iglesias. . .

* * *

La calle Belén concentra la arquitectura colonial, marcadamente religiosa. Algunos edificios espléndidos construidos en el pasado por la Iglesia Católica son ahora administrados por el Instituto Nacional de Cultura, y juntamente con los vestigios de los tiempos del Inca Atahualpa constituyen uno de los mayores atractivos turísticos del Perú.

Mientras subimos por la gran gradería a lo largo de la calle, Pepe me responde extemporáneamente y con picardía:

—¡De veras en una iglesia vive! Es que ella es la virgen. . .

La Margarita nos estaba esperando. Era una mujer en sus cuarenta, de bonitas facciones, de macizas caderas y pantorrillas rellenas. Lucía unas pocas patitas de gallo y unas cuantas canas; pero se podía decir con limpia conciencia que todavía estaba en su punto chumbeque.

Cuando tomamos asiento en la sala, ella entró a la cocina a llamar a su madre. Entonces el Pepe aprovechó el momento para señalarme discretamente la imagen de la Virgen del Carmen que estaba iluminada con un par de velas en su altar en la esquina de la sala.

* * *

Hasta ese momento yo no sabía cómo se habían conocido ellos, pero llamaba la atención esa extraña amistad entre un adventista cajacho y una mujer shilica católica y devota de la Virgen del Carmen.

Más adelante me enteré de que en cierta forma yo tendría algo que ver en el asunto, pues a raíz de que él le había prestado a ella un libro acerca de la mujer en la Biblia “escrito por un paisano tuyo que a lo mejor lo conoces”, habían puesto los fundamentos de una amistad verdadera, aunque ella era unos pocos añitos mayor que él.

La señora Veva no hablaba; es que era o se hacía la sorda. Pero todo indicaba que a la anciana le gustaba la amistad de Pepe y su hija, y anhelaba que esta relación los condujera por fin a algo concreto en la vida. Por eso hacía caso omiso de los discursos de

Pepe en la mesa, con ese estilo proselitista agotador y a veces ofensivo. A ella sólo le importaba que fuese un hombre profesional, sin vicios conocidos ni por conocer.

* * *

A mí sí me incomodaba su conversación proselitista; el pastor Nagel tenía razón cuando me dijo que no me dejaría comer en paz.

El Pepe actuaba como si yo estuviera allí para darle la razón a él, y negársela a la Margarita. Sus temas eran de esos que no deberían mencionarse en el almuerzo. Tras haber hablado toda la mañana, yo tenía hambre. Yo quería comer en paz. Y he aquí, él quería hacerme hablar más y más.

La Margarita le dijo:

—Déjale comer en paz, siquiera por tratarse de su puspumote shilico, que ya se está enfriando. . .

Yo también, ni corto ni perezoso, y porque no tengo pelos en la lengua, le puse freno:

—Tenemos toda la tarde para conversar. ¿Nos acompañarás, Margarita, a los Baños del Inca?

Ella no se hizo de rogar. Iríamos los tres y hablaríamos de todo. Pero él quería aprovechar los momentos de sobremesa, cuando la anciana se encerró de nuevo en la cocina.

* * *

Su conversación dejaba ver que estaba desesperado por convertir a Margarita a su fe adventista. Era a veces zahiriente, pero Margarita lo disimulaba con una leve sonrisa llena de gracia. Y para su mal, se enfrascó en los temas de la Virgen María y los Diez Mandamientos. Yo le advertí:

—Te responderé, pero sin interrupciones.

El asintió triunfalmente, poniéndose cómodo para escuchar. Y desde su rincón, la Virgen pareció inclinar su oído de buena gana.

El empezó con su estilo antipático:

—¿Existe una condenación explícita para aquellos que mutilan “las palabras del libro de esta profecía”? —Y al decir, “esta profecía”, levantó en su mano su Biblia Científica RVA, que me ha cabido el honor de editar—.

—Sí, existe —le dije—, y tú conoces su formulación.

Lo dijo de memoria:

—“Si alguno quita de las palabras del libro de esta profecía, Dios le quitará su parte del árbol de la vida y de la santa ciudad, de los cuales se ha escrito en este libro. Apocalipsis veintidós diecinueve.”

Le digo:

—Esas palabras se refieren al libro de Apocalipsis, aunque podemos aplicarlas a toda la Biblia. Pero, ¿a dónde quieres llegar?

Entonces dice:

—¿Y no es cierto que los curas han quitado, han mutilado el Segundo Mandamiento que prohíbe la idolatría, porque estorba su jugoso negocio, y que para que sigan siendo Diez Mandamientos han dividido en dos el Noveno Mandamiento?

El hombre quedó neutralizado y boquiabierto cuando respondí con parquedad:

—Eso es una mentira.

* * *

Al principio pensaba que yo bromeaba. Pero al ver que yo no jugaba con lo sagrado, se puso de todos los colores y dijo:

—¿Cómo se te ocurre decir eso?

Le volví a decir:

—Te responderé si no me interrumpes.

Se quedó callado un rato. Cuando iba a hablar, le insistí que se calmara:

—La calma y el respeto son los ingredientes de la reflexión. A simple vista las cosas parecen así como tú dices; pero si las examinamos de cerca resulta que no es así.

La Margarita estaba en su gloria. Parecía que por primera vez en su vida tendría una victoria aplastante sin mover un dedo, gracias al puspumote shilico. Llena de gratitud miró a la Virgen, y luego al Pepe, con compasión.

El Pepe descansó su mirada en este humilde servidor, y dijo:

—Aquí tienes la Biblia Científica RVA que tú mismo has publicado. Porque escrito está en Isaías ocho veinte: “¡A la ley y al testimonio! Los que no hablan de acuerdo con la Palabra, es porque no les ha amanecido.”

* * *

La Margarita se acomodó sensualmente para presenciar lo que parecía una hartos esperada paliza aplicada a su amor cajacho. El movimiento gracioso de su cabeza, al ponerse cómoda, me hizo ver que se trataba realmente de una mujer codiciable. Y tuve la corazonada de que ellos dos se gustaban y se amaban, aunque en su ignorancia se herían mutuamente. ¿O acaso la ofensa y la ironía eran también ingredientes de su dulce sadismo? De ellos dos se podría decir que estaban “juntos pero no revueltos”. La mama Veva también se habría dado cuenta de este detalle típico del amor serrano, que como dice la palabra, “mientras más se quieren, más se dan de palos”.

Abro la Biblia, y como me demoro un poquito, el Pepe me ayuda:

—Está en Exodo capítulo veinte. . .

Le digo:

—Sí, lo sé, pero yo busco el pasaje paralelo de Deuteronomio capítulo 5.

El Pepe abre también en Deuteronomio 5, y prosigo:

—¿Sabías que existen algunas diferencias entre Exodo 20 y Deuteronomio 5?

El empezó a ruborizarse, y exclamó:

—¡No puede ser!

* * *

Le mostré las diferencias más superficiales:

—La diferencia principal es que el texto de Deuteronomio es posterior al texto de Exodo y refleja aspectos importantes de la reflexión de los israelitas sobre la Palabra de Dios con el paso del tiempo, lo cual revela que la Biblia es Palabra de Dios y palabra de hombres, y está perfectamente enmarcada en la cultura de los pueblos del antiguo Medio Oriente.

Prosigo:

—En Exodo 20:17, la formulación del último mandamiento incluye a la mujer en el patrimonio del hombre, juntamente con su asno y su buey. Esto refleja la cultura antigua de los pueblos de Canaán, étnicamente emparentados con Israel. Pero en Deuteronomio 5:21 se excluye a la mujer de la lista de cosas que le pertenecen a su marido, y ella es considerada una persona libre. Es más, se menciona a su mujer, antes que a su patrimonio, dándole mayor importancia.

El Pepe leyó en Deuteronomio 5:21:

—No codiciarás la mujer de tu prójimo, ni desearás la casa de tu prójimo, ni su campo, ni su siervo, ni su sierva, ni su buey ni su asno, ni cosa alguna que sea de tu prójimo.

Proseguí:

—En hebreo no hay las palabras “ni”, sino sólo las palabras “no”. Por tanto, puedes leer este mandamiento como que son dos:

“No codiciarás la mujer de tu prójimo.”

“No desearás la casa de tu prójimo. . .”

Ante su gran asombro, remato:

—Mientras en Exodo 20:17 hay un solo verbo hebreo que se traduce “codiciarás”, en Deuteronomio 5:21 hay dos verbos, “codiciar” y “desear”. ¿La muchas?

* * *

El Pepe empieza a derretirse, pero insiste:

—Te estás rebajando al nivel de los curas, quienes han dividido el Noveno Mandamiento en dos, para poder suprimir el Segundo Mandamiento que prohíbe la adoración de las imágenes y terminar siempre con Diez Mandamientos. . .

Le pregunto:

—¿Quién te ha dicho que esta exposición del Decálogo es producto de la mala motivación de los curas? Ya viste que lo que consideras un solo mandamiento son en realidad dos, cada uno con su verbo. Luego verás que no hay tal cosa como haber eliminado el Segundo Mandamiento.

Y responde de manera cachacienta:

—¡A la vista está que tú nunca has leído el libro, *Pepa y la Virgen*! ¡Allí se destapa la verdad de las cosas, sin medida ni clemencia!

Le digo:

—No lo he leído, aunque mi madre lo tenía debajo de su almohada y se mataba de risa al leerlo. Debe ser muy entretenido, ¿verdad?

* * *

El Pepe se dirige al altar, pero se desvía un poquito hacia un estante donde vi en estricto orden cronológico, todos los libros que yo he escrito. Y de entre ellos saca el librito escrito por un pastor español llamado Emilio Martínez. Al juzgar por las dedicatorias, todos esos libros le había obsequiado el Pepe a la Margarita, lo que revelaba su amor por ella, ya que lo confesional no quita lo valiente y termina por modelar nuestras vidas para bien o para mal.

También me di cuenta del amor de ella por él, al cobijar todos los libros junto al altar de la Virgen del Carmen como para que les alcanzase la luz de las velas votivas.

* * *

Pepe pone en mis manos el libro *Pepa y la Virgen* abierto en las páginas 104 y 105. Veo que trata de Julián, un joven evangélico español que tiene una discusión con un cura ante un grupo de viejas beatas en una vivienda en un callejón de un solo caño.

Un niño pequeño acababa de lucirse en medio de ellas al recitar impecablemente los Diez Mandamientos que había aprendido en la Escuelita Pía.

El autor nos relata lo ocurrido:

Su madre, orgullosa de él, le dijo:

—¡Qué hermoso! Ven, da un beso a tu madre. ¡Así! Ahora, vete a jugar al patio.

—No, madre. Yo me quedo —contestó el chico—.

—Pues siéntate y calla.

—Señores —dijo Julián—, ya han visto ustedes con qué soltura este niño ha dicho unos mandamientos que no son sino una sombra de los mandamientos que el Señor dio, pudiéndose llamar a éstos, mejor que Mandamientos de Dios, Mandamientos de Roma.

—No dice usted la verdad —interrumpió el padre Ambrosio—. La verdad. . .

—Padre Ambrosio, no sea usted impetuoso; yo hablo verdad cuando digo que los mandamientos que el niño ha recitado, aprendidos en el Catecismo del Padre Ripalda, están mutilados; y si no, compruébese con la Biblia de usted.

—Sí, señor, se comprobarán —contestó el padre Ambrosio tomando la Biblia y abriéndola.

Julián esperó, viendo al padre Ambrosio pasar las hojas de uno a otro lado, tan pronto en los Salmos como en las profecías.

—Padre Ambrosio —dijo, por fin, Julián—, ¿no sabe dónde se encuentran los Mandamientos?

—Sí, señor, pero no tengo mucha costumbre de manejar la Biblia.

—Pues, ¿no es una vergüenza que haya sacerdotes que no lean la voluntad de Dios en su Libro y vayan a buscarla en vidas de santos, la mayor parte imaginarios? Los Mandamientos se encuentran en el libro de Exodo Capítulo 20; y este libro es el segundo de los escritos por Moisés.

* * *

El padre Ambrosio encontró por fin el libro, y Julián abrió su Biblia al par que decía al niño:

—Haz el favor de decir el Primer Mandamiento.

—El primero —dijo Manolillo—, “Amar a Dios sobre todas las cosas.”

—Mi Biblia dice: “Yo soy Jehová, tu Dios, que te saqué de la tierra de Egipto, de casa de siervos. No tendrás dioses ajenos delante de mí.” ¿Dice lo mismo la de usted, padre Ambrosio?

—Sí, señor, pues tan sólo en lugar de decir “Jehová” dice “Señor”, pero equivale a lo mismo; y en lugar de “casa de siervos” dice “casa de servidumbre”; eso es cuestión del traductor.

—Bien —repuso Julián—, estamos conformes. Pero, ¿es igual este mandamiento al que ha dicho el niño?

—La simplificación que de este mandamiento ha hecho la iglesia es muy sabia, pues de esta manera la aprende más fácilmente el niño.

—Pero, ¿es posible que los doctores de la Iglesia de Roma se crean más sabios que Dios mismo, como lo demuestran corrigiendo lo que él ha hecho? De esta alteración resulta una cosa, y es que este mandamiento, tal como Dios lo ha dado, manda amarle a él y prohíbe rendir culto, no tan sólo a otras divinidades, sino a ninguna criatura, como podemos verlo pasando al Segundo Mandamiento. Pero como lo enseña la Iglesia, desaparece por completo cuando se refiere al culto.

* * *

El autor continúa narrando:

Por fin, después de algún silencio, dijo el sacerdote:

—Lo que deseo es que terminemos pronto esta cuestión.

—Bueno —contestó Julián—, pero no la terminaremos sin llegar a una conclusión, porque usted siempre saca cosas nuevas y de otra índole. Vamos, Manolito —añadió, dirigiéndose al niño—, hazme el favor de decir el Segundo Mandamiento.

—El segundo —exclamó el niño—, “No jurar su santo Nombre en vano.”

—No, Manolito, no es eso. Te saltas un mandamiento.

—No, señor.

—Sí, uno que habla del culto.

—Anda, anda, pues en la Escuela Pía los damos como yo los he dicho.

—Pues, hijo —repuso Julián intencionalmente—, te engañan. Padre Ambrosio, ¿lee usted o leo yo el Segundo Mandamiento?

—Ni usted, ni yo —contestó el sacerdote—, porque ya no tengo paciencia para oír más impiedades.

—¿Impiedades? Yo veo que en mi Biblia el Segundo Mandamiento dice: “No te harás imagen, ni ninguna semejanza de cosa que esté arriba en el cielo, ni abajo en la tierra, ni en las aguas debajo de la tierra. No te inclinarás a ellas ni las honrarás; porque yo soy Jehová, fuerte, celoso, que visito la maldad de los padres sobre los hijos, sobre los

terceros y sobre los cuartos, a los que me aborrecen; y que hago misericordia en millares a los que me aman y guardan mis mandamientos.”

* * *

El Pepe me mira con aires de poderío. Yo prefería mirar a la Margarita y a la Virgen. Entonces, él dijo con simulada humildad:

—¿Qué te parece el libro?

—Muy ameno. Me gustaría leerlo todo.

—¡Ahora mismo te consigo uno en la librería “El Estandarte de la Verdad”. Estoy seguro que lo tienen todavía, porque la gente no lo compra; sólo se lo pasan de mano en mano.

Y le digo:

—Pues bien, existen dos modalidades de dividir el texto en Diez Mandamientos, y las dos se basan en enfoques hermenéuticos correctos. En primer lugar tenemos la modalidad judía en la cual lo que tú consideras el “primero” y el “segundo” mandamientos, forman uno sólo, exactamente como lo leen los católicos. Pero la modalidad católica se diferencia en que sigue la versión de Deuteronomio, y en el décimo mandamiento ve dos mandamientos. Este criterio no es de los curas, pues deriva del comentario del Decálogo por San Agustín.

—¡Un momento! —interrumpió el Pepe—. A mí no me consta que ése sea santo. El no tiene ninguna autoridad para mí, pues la única autoridad válida es la de la Palabra de Dios.

Le digo:

—Acordamos en que no interrumpirías. Si no quieres que lo llame San Agustín, lo llamaré Agustín a secas, y si quieres lo llamo “Agucho” al estilo de Celendín; me da igual.

* * *

El Pepe desvió su mirada a la Margarita, y a la Virgen. Y yo proseguí:

—La segunda modalidad de dividir los Mandamientos es de San Calvino, quien escribe en sus *Instituciones de la Iglesia Cristiana*, que aunque prefiere su división, aprecia el valor hermenéutico de la primera. Su división es la que aprendemos en nuestras iglesias evangélicas y la que yo he hecho resaltar en la Biblia Científica RVA.

Y añado:

—Aparte de conocer esto, no veo por qué te ofende tanto que el texto bíblico sea simplificado en un catecismo para niños. Sólo podrías asegurar que la Iglesia Católica ha anulado uno de los Mandamientos si eso ocurriera en sus versiones de la Biblia y en la edición completa del *Catecismo de la Iglesia Católica*. Lo que tú afirmas que ha ocurrido, en realidad no ha ocurrido, Pepe.

* * *

El hombre se quedó mudo de ira, y seguí:

—La interpretación católica, en el sentido de que el mandamiento no se refiere al arte cristiano, le ha sido nociva. Pero también es nociva la interpretación protestante que no da cabida al arte cristiano. Y más nociva es la postura radical de los musulmanes, que prohíbe aun las fotografías de la gente y los monumentos erigidos en la ciudad. Por eso le tienen pánico a la cámara fotográfica, y a la Esfinge de Egipto le rompieron la nariz de un cañonazo. Aunque es curioso que en Irak está en cada esquina la imagen omnipresente de Saddam Hussein.

Y concluyo:

—Cuando exponemos de manera respetuosa e inteligente la Palabra de Dios, la gente llega a conocer al Dios vivo y termina desligándose de todo tipo de imágenes idólatricas, inclusive las imágenes que solemos tener los evangélicos y los adventistas.

El Pepe quiso pasar al tema de la Virgen María, pero le dije:

—Pepe, por favor, de eso hablaremos después, porque me siento agotado. Vamos ya a los Baños del Inca.

* * *

El Pepe y yo salimos de nuestros respectivos cuartos de baño antes que la Margarita, quien se demoraba sin fin, sin duda deleitándose con sus fantasías de mujer. En realidad, yo también habría tenido una larga siesta en las aguas termales, a no ser por el antipático del Pepe, que tocó la puerta de mi cuarto insistentemente, dizqué para saber “si ya estaba lo suficientemente sancocado”. Y leyendo su mente, para evitar que empezara con el tema de la Virgen, le agarré del antebrazo y caminamos juntos sin dirección.

Le digo:

—Pepe, sácame un aguijón de mi carne. Dime la verdad; no temas hablar conmigo. Quizás sólo tenemos unos pocos minutos hasta que salga la Margarita. Aprovechémoslos bien. . .

Le miro a los ojos con profunda emoción y le confieso, temblando:

—A mí me gusta mucho la Margarita. . .

Antes que se desplomara sobre el cemento, le digo:

—Y estoy convencido de que. . . a ti también te gusta. Es que es una mujer hermosa, Pepe. Tenerla a ella es mejor que sacarse la lotería. Dime, ¿verdad que tú la amas?

Y dijo con voz temblorosa y con lágrimas en los ojos:

—Sí, hermano, la amo tanto. . .

Le digo:

—Ella también te ama, Pepe.

Me dice:

—Lo sé, y te diré que hemos hablado de casarnos. Ya son varios años que tenemos esto en mente. . .

—¿Y por qué no se casan, Pepe? Ella todavía está en su punto chumbeque. . .

—Es que ella es católica, y yo soy adventista.

* * *

Le volví a tomar del brazo, y lo arrastré en la dirección contraria.

Le digo:

—¿Y eso qué importa? Pueden casarse por lo civil. Tú sabes que el matrimonio válido es el civil, no el religioso. ¿Qué tal si te digo que también para Dios tiene más valor el matrimonio civil que el religioso?

Abrió unos ojos de asombro, e inteligentemente respondió:

—Eso díselo a ella. Yo acepto lo que dices, pero ella quiere casarse en la Iglesia Católica y de blanco.

Le digo:

—Pues tú, cástate de blanco y también por la Iglesia Católica. ¡Date el gusto, que la vida es corta! Si te vas a Celendín y hablas con el cura Mundaca, ¡te aseguro que él te casa das, sin hacer preguntas!

—¿Cómo, pues, me dices eso, hermano? Yo, un adventista, casándome por la Iglesia de Roma, ¡la Gran Ramera!

—Entonces, cástate por la Iglesia Adventista, y después te vas a Celendín y te casas en la Iglesia Católica, sólo para satisfacerla a ella.

—¡Imposible, hermano! En ninguna Iglesia Adventista me casarían con ella. Un tiempo estuve pensando casarnos en la Iglesia Evangélica, que a mí, honestamente me da lo mismo que la Iglesia Adventista, salvo en lo que se refiere a la santificación del Sábado. . .

* * *

Le doy otro jalón, y cambiamos de dirección. Y le digo:

—¡Claro! Si quieres le convengo a la Margarita, porque entre shilicos nos entendemos mejor. . .

Pero me dice:

—La Iglesia Evangélica nos hace las cosas más difíciles aún. Nos exigen los siguientes documentos:

1. Partida de Bautismo “Cristiano”, es decir, de su iglesia local.
2. Certificado de membresía en dicha iglesia.
3. Certificado de Diezmaje.

Todos estos documentos deben ser emitidos por el pastor Sacarías, y como nosotros dos no llenamos los requisitos, nos consideran publicanos y pecadores.

Me jalo los pelos y digo:

—¡Dios mío! Si supieran lo que significan las palabras: “Lo que Dios ha unido, no lo separe el hombre” y “Misericordia quiero, y no sacrificio”. . .

* * *

Continúo hablando con el Pepe, sentados en una banca de la plazuela frente a la entrada de los Baños del Inca, anhelando la aparición de la Margarita, como una ninfa que se levanta en medio del vapor de las aguas termales. Y le digo en broma:

—¡Entonces les caso yo! ¡Aquí y ahora, en la Poza del Inca! ¡Déjame agarrarla ni bien sale de su poza, para que no se escape!

Como me mira, espantado, prosigo:

—¡Yanca te digo! Pero tú sabes que existe una tercera posibilidad estipulada en la Palabra de Dios. . .

—¿Cuál? ¿Cuál?

—¡La rambada! ¡Rámbense, hermano! Pasen su luna de miel en este lugar santo. ¡Manden al diablo a los que prohíben casarse!

—¡No sigas, hermano! ¡Ni siendo mocosos! Ella nunca lo aceptará.

—¡Anímate, Pepe! Mándenlos al carajo a los curas, a los pastores, y a mí también, y cásen se delante de Dios, al estilo de Zorba el Griego. ¡A Dios le encanta esta modalidad!

—¿Cómo es eso de Zorba el Griego?

—¿No has visto la película con Anthony Quinn?

* * *

Como Pepe se inquieta por saber cómo es el matrimonio al estilo de Zorba el Griego, le cuento en resumen la trama de esa película:

—Después de confrontar tantas trabas religiosas porque él era griego, ortodoxo griego, y su novia era una simpática viejita italiana, católica, optan por casarse en una playa desierta de Atica, en las cercanías del puerto de Pireus, en presencia de un solo invitado: Dios. No recuerdo exactamente las palabras que Zorba improvisó, pero puedo redactar GRATIS un ritual parecido para ustedes dos: Primero, lo que dirías vos; luego, lo que diría ella, y finalmente lo que dirían al unísono los dos. Resultaría ma o meno así:

PEPE: *Oh Dios, he aquí ante tu presencia, Pepe Alcorta, un ser humano que tú has creado y bendecido con la vida (porque se requiere estar vivos para casarse), toma por mujer a Margarita Rabanal, otro ser humano a quien tú has creado y bendecido con la vida.*

MARGARITA: *Oh Dios, he aquí ante tu presencia, Margarita Rabanal, un ser humano que tú has creado y bendecido con la vida (porque se requiere estar vivos para bailar el tango), toma por mujer a José Indalecio Alcorta, otro ser humano a quien tú has creado y bendecido con la vida.*

AL UNISONO: *En tu presencia nos declaramos marido y mujer, e imploramos tu bendición y protección aun más allá de la muerte. Ahora, ¡comámonos a besos!*

* * *

Pepe me mira, boquiabierto. Y yo prosigo:

—Por supuesto, para que todo sea hecho decentemente y con orden, este ritual y la consiguiente luna de miel deberían tener lugar después de haber concertado el matrimonio civil en Huacapampa. Pero a la inversa también resulta, porque el orden de los factores no altera el producto. Esta es la modalidad más antigua, es la más actual, y será la modalidad que perdure hasta los santos de los últimos días. Como dice el Apóstol Pablo, lo principal es que se casen y no pequen.

Pepe se siente ofendido, y me dice:

—¿Cómo, pues, hermano? ¿Cómo me dices esto? Nosotros no estamos pecando. Es más. . . te confieso que ella es virgen.

Le respondo:

—Perdona. Quizás cité mal el consejo de Pablo en 1 Corintios 7:36: “Cásense; no pecan.” Es decir, no importa la edad ni la modalidad; el matrimonio nunca constituye un pecado.

* * *

Pepe saca de su maletín su Biblia Científica RVA y comprueba que efectivamente Pablo aconsejó en estos términos a las parejas que estaban en el mismo dilema de ellos dos:

Si alguien considera que su comportamiento es inadecuado hacia su virgen, y si ella está en la flor de la edad (es decir, en su punto chumbeque), y por eso siente obligación de casarse, puede hacer lo que quiere. No comete pecado. Cásense.

En esto apareció la Margarita, con su pelo húmedo y amarrado hacia atrás, más bella y sensual que nunca. Su vestido se adhería a las curvas de sus muslos a causa del vapor de agua, revelándola en toda su gloria. Y se me ocurre expresar esta oración en mi corazón: “Dios mío, ayuda a esta parejita que tú ya has unido. No permitas que lo que tú ya has unido, lo separe el hombre.”

* * *

Diez años después visité Cajamarca y quise saber qué sería de ellos dos, y fui a buscarlos.

La Margarita se alegró mucho al verme, y me hizo pasar. Miré los dedos de sus manos, siempre suaves y femeninos.

La mama Veva ya no había, y la linda sala de la casa había sido convertida en un almacén de artículos eléctricos, que era el negocio que ella compartía con su hermano en Celendín.

No me atreví a preguntar por Pepe, por temor a desenterrar sentimientos y recuerdos relegados a un pasado distante.

Fue ella que me dijo, llena de emoción:

—¡Al Pepe le va a encantar verte! ¡Ahoritita lo llamo a su celular!

El no se hizo esperar, y apareció jadeante. No tocó a la puerta, porque tenía llave.

Nos gozamos de veras al volvernos a ver. Lástima que yo tenía que proseguir mi viaje a Celendín y no tenía mucho tiempo para pasar con ellos.

* * *

El Pepe se comedió a acompañarme al terminal de taxis, y justo antes de subir a mi auto le miro la mano y le pregunto:

—¿Hiciste lo que te aconsejé?

Sorprendido me pregunta:

—¿What?

—¿Hicieron las cosas al estilo Zorba el Griego?

Me responde:

—Sí y no.

—¿Cómo que sí y no?

—Porque como dijiste, estamos unidos para siempre, ¡y lo que Dios ha unido no lo separe el hombre!

Le pregunto, un tanto confundido:

—¿Y?

Y me responde:

—Te confieso que ella sigue siendo virgen.

6

LA METAMORFOSIS DEL SAPO

La “Escuela de Dios”, contrario de lo que la mayoría pudiese pensar, no es una escuela religiosa sino una escuela laica.

Y no sólo es laica, sino mundana, porque definitivamente de tal manera Dios ama al mundo que actúa en el mundo para su propia gloria.

Esto no lo saben los evangélicos cucufatos que gastan toda su vida atrapados en el círculo vicioso del oscurantismo. Pero en su bendita gracia, el Señor se esmera por hacérselo saber.

Eso, casualmente eso, hizo Dios con su amado hijo Edegar, a quien de cariño le llamamos “Sapo” en este hermoso país del Carnaval, porque es corto de estatura y, modestia aparte, algo panzón.

* * *

El Sapo Edegar era un joven brasileiro que formaba parte de nuestro grupo de “guerreros de Dios”. Era, como dije, de baja estatura y algo panzón. Y aunque se corría de las mujeres, porque era en extremo puritano, por razones difíciles de comprender tenía un jale maldito para con el sexo bello. Son cosas del Orinoco. . .

Aunque con el transcurso del tiempo el resto de nuestra camada llegó a adoptar posturas más conciliatorias con el amor y el matrimonio, en el caso del Sapo Edegar, dichos logros demoraron toda una vida en manifestarse, aunque muchos creen que esto ocurrió finalmente a causa del peso de las circunstancias y no a causa de sus convicciones.

El, personalmente, jamás se hubiera matriculado en la Escuela de Dios, que dicho sea de paso, no era recomendada por la iglesia evangélica y mucho menos por los pastores. Lo que ocurrió, más bien, fue que la Escuela de Dios lo enroló a él, chupándolo contra su voluntad e introduciéndolo al mismo ojo del huracán o del agujero negro, hablando en términos galácticos.

* * *

En cierta oportunidad, habiendo transcurrido un tiempo regular desde aquellos días locos de guerra espiritual en que estuvimos enfrascados, fuimos al culto de inauguración del nuevo templo de las Asambleas de Dios en Igrejinha. Se trataba de un acontecimiento que por nada del mundo podíamos ignorar y perder.

En primer lugar, allí volveríamos a ver al Sapo Edegar, nuestro amigo del alma.

En segundo lugar, él mismo nos había invitado, porque allí habría de predicar.

En tercer lugar, queríamos constatar sus progresos en la Escuela de Dios. Esta última razón era la más poderosa.

Eran los primeros y gloriosos momentos de una nueva fase en la vida de aquella congregación que acababa de inaugurar su nuevo templo, y las multitudes fluirían para escuchar a este predicador joven, que sin duda les confrontaría con nuevos retos y metas

que alcanzar. Nos llenó de orgullo que uno de los nuestros fuera invitado a hablar en esa flamante iglesia en una ocasión tan importante.

Por nada del mundo pudimos faltar.

* * *

Como era habitual en aquella congregación, pues respecto de esto nada había cambiado, los hombres y las mujeres estaban sentados separados en el culto: Los hombres a la izquierda y las mujeres a la derecha, o al revés, dependiendo por dónde se las mire.

Una persona invitada nos preguntó la razón de dicha práctica, y ante nuestra consternación al no encontrar una explicación inteligente, alguien se hizo el comedido y comenzó a explicar:

—Eso se debe a que las mujeres son generadoras del pecado. . .

Nos tragamos la saliva y evitamos comentar al respecto.

* * *

Entonces nos llamó la atención que las dos primeras hileras de bancas estuvieran vacías, a pesar de la gran cantidad de personas que estaban de pie atrás y en los costados de la sala de culto. Eso sí era algo nuevo para nosotros, por lo que le preguntamos al comedido:

—¿Y por qué las dos primeras hileras de bancas están vacías, habiendo tanta gente de pie?

Pensábamos que estarían reservadas y que serían ocupadas después, pero cuando ya había empezado el momento de las alabanzas y todos los que participaban en la dirección del culto ya ocupaban su respectivo lugar, volvimos a preguntar. Y el asistente del pastor nos explicó:

—Jesús nos aconsejó nunca escoger los primeros asientos, porque los que hacen esto son unos hipócritas y fariseos, como está escrito en Lucas 14:7-11: “Cuando seas invitado por alguien a una fiesta de bodas, no te sientes en el primer lugar. . . Más bien, vé y siéntate en el último lugar. . . Porque cualquiera que se enaltece será humillado, y el que se humilla será enaltecido.”

No veíamos ninguna relación entre una fiesta de bodas llena de mesas para los comensales y la sala de culto en ese templo de Igrejinha, y menos veíamos la aplicación práctica de las enseñanzas de Jesús. Pero como nosotros estábamos cómodamente sentados, no seguimos insistiendo por una explicación. Nuestros pensamientos estaban centrados en la espera de que apareciera de un momento a otro nuestro ídolo: ¡El Sapo! Perdón. . . ¡Edegar, el predicador!

* * *

Llegó el momento de la participación de Edegar y nos dispusimos a no dejar caer a tierra ninguna de las palabras que saldrían de su boca. Pero nos desorientaron los pensamientos que expresó desde el púlpito. Sin conexión con el tema de la inauguración del nuevo templo, dijo:

Amados hermanos, mientras algunas iglesias liberales dejan a las mujeres andar sueltas por allí, la Biblia nos enseña que debemos ponerles lo que yo llamaría “un hermoso collar espiritual”: El collar de la enseñanza y de la tradición apostólica es para el cuello de la mujer lo que ayuda a sujetarla. Es como si pusiéramos un collar a nuestro perro para tenerlo feliz y contento.

* * *

La gente, hombres y mujeres por igual, apoyaban cada una de las palabras que salían de su boca con estentóreos “¡Amén! ¡Gloria a Dios! ¡Aleluya!”

Y cuando terminó de predicar, por increíble que parezca, todos los presentes, hombres y mujeres, a una se agolparon sobre él para felicitarle por tan inspirador sermón. Una viejita inclusive llegó a besarle en la frente, diciéndole:

—¡Tus palabras nos han sido de gran bendición y edificación espiritual, hijito!

Al presenciar tal escena, yo no podía distinguir entre sádicos y masoquistas. Y al apartarnos del templo tuvimos una seria conversación con él, porque todos en la congregación pensaban que nosotros, sus amigos de juventud y compañeros de aventuras compartíamos el mismo punto de vista recalcitrante.

Muy a nuestro pesar, Edegar no se inmutó, convencido como estaba de que lo que había dicho era “palabra de Dios”, y decidido como estaba a ponerlo en práctica él mismo e imponérselo a los demás, tras haber convertido su iniciativa en un dogma teológico.

* * *

Así era el extremo de piedad de Edegar. Pero nuestro Padre Celestial, en su divina providencia, siempre tiene lecciones objetivas que enseñar a sus hijos piadosos para desarraigarlos de la espiritualidad de caramelo y conducirlos hacia la verdadera madurez carnal.

¡El Señor le tenía reservada a Edegar un verdadero “collar espiritual”, hecho a su medida, digno de un macho varón de Dios!

Se trataba de una bella mujer que se llamaba Ingrid y que era un hermoso paquete de virtudes.

Era una bella chica alemana, recién convertida al evangelio, soltera y muy amorosa y fogosa. Medía 1.75 metros, era fornida y trabajaba como enfermera en el hospital de la ciudad. A diferencia de las mujeres de la iglesia, a ella le encantaba lucir sus curvas debajo de sus *jeans*, y tenía un cabello corto y bien arreglado. Además, cuando se pintaba, ¡se convertía en una verdadera “mamacita”!

¡Pero Edegar no la podía soportar! Eso del cabello corto y los *jeans* le escandalizaban. Para colmo de los males —y le tenía que suceder casualmente a él—, cuando ella le veía en la calle, gritaba desde la acera de enfrente:

—¡Hermano Edegar! ¡Hermano Edegar! ¡La paz del Señor!

Presa de su machismo, Edegar no quería responder palabra. Y ella, pensando que no le había escuchado, gritaba aun más fuerte:

—**¡Hermano Edegar! ¡Hermano Edegar! ¡La paz del Señor!**

Y Edegar crujía los dientes y apuraba sus pasos.

* * *

Otras veces, cuando la veía venir, se desviaba dos o tres cuadras, con tal de no cruzarse con ella. Y nos decía:

—¡Dónde se ha visto que una mujer ande faltándome el respeto en plena vía pública y encima me grite!

Nosotros le decíamos con cariño y comprensión:

—No te grita, Edegar. . . Sólo te saluda amorosamente.

Y respondía:

—¡Qué amorosa ni qué amorosamente! ¡Qué vaya a ponerse falda, a dejarse crecer el cabello y a despintarse la cara, y sólo entonces que venga a saludarme como una mujer decente!

A la larga, me duele el alma confesarlo, Ingrid fracasó en su misión divina de conducir a Edegar a la verdadera madurez carnal. Pero Dios, en su gracia, le tenía reservada otra “mamacita” muchísima mejor.

¡Qué insondables son los caminos del Señor! ¿Verdad?

* * *

En cierta ocasión, mientras el Sapo Edegar realizaba un trabajo de albañilería (porque era un albañil muy cotizado a causa de su eficiencia y honestidad), se vio caminando a las dos de la mañana por la Avenida Farrapos de Porto Alegre, con su Biblia en su sobaco para que le sirviera de amuleto contra los *night clubs* que proliferan en esa avenida de pecado y perdición. Aunque realmente, yo no puedo explicarme qué diablos hacía este siervazo a esas horas y en esa avenida tan llena de tentaciones.

El Sapo pasaba por allí con porte varonil, la cabeza erguida, la mirada firme y los pensamientos puestos en el Tercer Cielo. De repente se le aparece una morena con piel de *umbucajá*, de 1.70 metros de alto, abundante de nalgas, toples, y sin más atuendo que un humilde hilo dental.

* * *

La morena le corta el paso y ocasiona que Edegar se choque con ella, hundiendo sus narices entre sus senos perfumados, porque hasta allí alcanzaba su talla. Y ella, mirándole hacia abajo, porque el Sapo venía en frasco pequeño y caro, deslizó su dedo por sus labios (de él), y le dijo:

—*Fazemos o amor?*

Edegar sale de su trance espiritual y se despierta creyendo ver al diablo hecho mujer. Y a la manera del film “¡Al diablo con el diablo!”, aprieta sus ojos, saca su Biblia de su sobaco, y le dice:

—¡Yo soy un hijo de Dios!

El le mostró su Biblia pegándola a sus narices (de ella), como si fuera un crucifijo embadurnado con ajo macho.

La mujer, por su lado, le mostró con sus dedos traviesos el hermoso cuerpote que Dios le había dado, y le dijo con una vocecita llena de sensualidad:

—*Eu tambem sou filha de Deus! Entao. . . Fazemos o amor?*

Edegar se puso a expulsar los demonios habidos y por haber, y no contento con ello, dio expresión a su machismo diciéndole con griterío contenido:

—¡No me toques! ¡No me toques! ¡Ninguna mujer ha tocado jamás mi cuerpo santo! ¡No me mires! ¡Baja la cabeza! ¡Métete allí, y no te atrevas a salir hasta que yo haya desaparecido de tu vista!

* * *

Cuando nos dio su testimonio personal en la iglesia, no podíamos contener la risa.

Los detalles de su descripción de aquella hija de Dios eran admirables: Su *topless*, su hilo dental y su piel de *umbucajá*. —El umbucajá es un árbol del noreste del Brasil, que no parece tener corteza sino piel; en el mismo se inspiró el poeta que escribió la poesía “Mujer con piel de umbucajá”—.

Estará de más indicar que de nuevo, el Sapo Edegar fue condenado a repetir año en la Escuela de Dios. Las dos “mamacitas” fallaron en su misión integral de conducir a Edegar a la verdadera madurez carnal, porque dizqué tenía, como “macho de Passo Fundo” que era, el don espiritual del “ojo clínico” que le libraba de verse enredado con una mujer que según él, no proviniese del Señor.

Para demostrarle lo errado que estaba con respecto a sí mismo y al Señor, el Señor mismo tuvo que entrar en la escena, remangando el brazo de su poder para tratar con el Sapo “de macho a macho”.

Y eso fue lo que ocurrió en la gracia de Dios.

* * *

Cierto día, el Sapo Edegar viajaba a Igrejinha en el flamante Gol Wolkswagen de Elvis, otro guerrero de Dios, veterano en la guerra espiritual. Y al pasar por Gramado, encuentran a un costado de la carretera a una linda rubia de 1.80 metros de altura y de cabellos largos hasta las nalgas, como toda una buena pentecostal. ¡Era una Barbie de 90x60x90, que vestía una provocativa minifalda, lo que para el ojo clínico del Sapo Edegar era señal de que todavía no era pentecostal, pero que no estaría lejos del Reino de Dios.

La chica hizo una señal para que le dieran una jaladita, y cuando Edegar la vio, como macho de Passo Fundo que era, exclamó:

—¡He aquí una verdadera mujer en quien no hay engaño! ¡Aleluya! ¡Mira que piernas y qué cabello que tiene! ¡Esa mujer sí sirve para ser pentecostal! Detén el coche porque no podemos desperdiciar esta oportunidad que Dios nos concede de poderla evangelizar y guiar a la vida eterna!

* * *

Como macho de Passo Fundo que era, Edegar le cedió el asiento de en medio, lo cual ella aceptó con algo de timidez.

Era callada; sólo respondía moviendo la cabeza con tierna sensualidad.

¡He allí otra señal de que dentro de poco sería una buena pentecostal, quizás sin tener que acudir ni al ayuno ni a la oración!

Después de todo, el silencio es un don espiritual femenino, y no era necesario que fuera comunicativa, pues su belleza y su silenciosa gracia hablaban por ella, como está escrito en 1 Pedro 3:1: “Asimismo vosotras, mujeres, estad sujetas a vuestros maridos, para que si algunos no obedecen la palabra, también sean ganados sin una palabra por medio de la conducta de sus mujeres.”

* * *

Veinte minutos duró aquella silenciosa travesía con esa prenda en medio. Sólo al final el Sapo Edegar se atrevió a preguntarle su nombre, porque ya le estaba entrando las ganas de poderla evangelizar.

Entonces ella le respondió:

—Me llamo Edegar —y su voz le salió ronca, como la voz de un auténtico “gauderio” o macho de Passo Fundo—.

El Sapo Edegar se quedó anonadado. Y cuando la Edegar bajó de la camioneta, el Sapo Edegar le dijo al Elvis con tono amenazador:

—¡Un macho de Passo Fundo, jamás y jamás se equivoca con respecto a una mujer! Si dije que era mujer, es porque ¡sí es mujer!

Después de un minuto de silencio volvió a decir:

—¡Si alguien se entera de lo sucedido, te mato! ¡Quedas advertido!

* * *

Elvis no podía contener la risa, y para evitar ser estrangulado en la cabina de la camioneta, detuvo el vehículo a un costado de la pista y se alejó corriendo a la distancia de un tiro de flecha, para hacerse el que orina, porque en realidad ya se había acabado de orinar.

Así quedó por los suelos el machochauvinismo evangélico del Sapo Edegar que creía que un macho de Passo Fundo jamás se equivoca respecto de una mujer. ¡Y cuánto más tratándose de un espécimen como él, que aparte de los dones naturales de los machos de Passo Fundo, tenía el don espiritual del discernimiento de cuerpos!

* * *

Después de doce años de ausencia, hice una visita al Brasil para reencontrarme con mi pasado evangélico lleno de aventuras de juventud, y para verme con mis compañeros de travesuras, entre ellos, el Sapo Edegar.

Me imaginaba que mi amigo, a estas alturas de la vida y en la Escuela de Dios, ya constituiría un espécimen altamente evolucionado en lo que respecta al machochauvinismo cristiano. Me imaginaba que habría llevado a extremos increíbles su teología del “hermoso

collar espiritual” que merece toda mujer, es decir, su sometimiento inhumano al machismo recalcitrante.

Me acordaba de su sermón en aquella iglesia de Igrejinha en que se refirió a la mujer con la analogía de un perro —ni siquiera de un perrito—, predicando que debe estar siempre dominada en la iglesia y en la sociedad.

* * *

Efectivamente, me enteré de que el Sapo había evolucionado. Prueba de ello es que volvió a su cuna natal, en Passo Fundo, para identificarse de una manera cada vez más intensa con las raíces de su espiritualidad machista. Aquella ciudad del norte del estado de Rio Grande do Sul produce la crema y nata, lo más selecto del regionalismo sobrecargado de machismo de todo el Brasil. La misma sería finalmente la Escuela de Dios donde Edegar se tendría que graduar.

A simple vista, parecía haber fracasado definitivamente en la Escuela de Dios de Igrejinha, por no decir que Dios había fracasado con respecto a él. ¡Un mal rayo me parta sólo por pensar en esta remota posibilidad!

* * *

El Sapo Edegar prefirió la Escuela de Passo Fundo a la Escuela de Igrejinha. Sólo para que te imagines cuán estricta es esa escuela te contaré que mientras en todo Brasil se usan las palabras ELE y ELA para referirse al cuarto de baño de los hombres y de las mujeres, respectivamente, en Passo Fundo se emplean los términos GAUDERIOS y PRENDAS, dizqué para resaltar la cultura machista riograndense. De allí su orgullosa autodeterminación del Sapo Edegar: “¡Yo soy un macho de Passo Fundo!”

Lástima que a ese machismo se le dio por teologizarlo y transferirlo aun con mayor vigor a la vida cristiana.

* * *

No podríamos negar que Edegar había evolucionado algo en el conocimiento de la voluntad del Señor; al menos así se suponía. Pero Dios, que nunca desiste de comunicar de manera plena su gracia y su verdad a sus hijos, tuvo finalmente éxito en convencer a Edegar de cuán errado andaba. Esto lo he podido comprobar personalmente en mi última visita que hice a Igrejinha acompañado de nuestro amigo Elvis, que conducía para mí.

Después de varios años de ausencia me entero que el Sapo Edegar está en la ciudad y. . . ¡que está casado!

Mi curiosidad me mata por saber con quién se habría casado, porque pensaba: “¿Qué mujer habrá aceptado su “hermoso collar espiritual”?”

Elvis y yo le hicimos una visita rápida, más que nada con el propósito de conocer a su esposa, que dicho sea de paso, es una señora adorable. Y en el camino de regreso le pregunto a Elvis:

—¿Y cómo ocurrieron las cosas?

El se ríe a flor de labios y comenta:

—Su machochauvinismo se quedó en la nada. Porque, ¿sabes cómo se relaciona con su esposa hoy? Le dice: “¿Te parece bien si salgo con mis amiguitos, *meu bombosinho doce*? ¿A qué hora quieres que vuelva, mamita linda? Cariño, quiero comprar esto, ¿te parece bien? ¿Está bien si hago así, *meu caramelo queimadinho*?”

* * *

Elvis y los demás mosqueteros creen haber perdido un amigo del alma. Y recordando con nostalgia al macho de Passo Fundo que fue, el gauderio que tenía ojo clínico para las prendas, y que incluso llegó a formular la Teología del Collar Espiritual, que según los discípulos de René Padilla fuera la contribución más conspicua del Brasil a la teología latinoamericana, Elvis derrama una lágrima furtiva y comenta:

—A nosotros nos tiene con que “hermanito, no puedo; a mi mujer no le parece bien que sea así.”

Cuando Igrejinha desaparece de nuestra vista envuelta en un manto de niebla gris, y tras un recodo de la autopista que nos desconecta de las añoradas escenas de esa corta visita a nuestra *alma mater*, Elvis ya no puede contener el llanto y concluye frotándose los ojos enrojados por las lágrimas:

—¡Es para no creerlo, hermano querido! ¡Qué tal metamorfosis de un macho de Passo Fundo como nuestro querido Sapo Edegar! ¡Siento como si lo hubiéramos perdido para siempre! ¡Buuuuu! ¡Quién se lo podía imaginar convertido en un perrito faldero sujeto a su mugroso collar espiritual! ¡Buuuuuuuu!

* * *

Fijé la vista hacia adelante, sin proferir palabra, pues a mí también se me hacía un nudo la garganta.

Así viajamos un largo trecho, pero al momento de despedirnos, cuando otra vez volvió a nuestra conversación el tema de la metamorfosis del Sapo, le digo de nuestro amado hermano Edegar, entre serio y en broma:

—Edegar aprendió finalmente lo que dice la Palabra en Eclesiastés 7:16: “No seas demasiado justo, ni seas sabio en exceso. ¿Por qué te habrás de destruir?”

Mientras viajaba en el avión de regreso a casa me puse a pensar en los hechos de la vida: “¡Por fin el Sapo Edegar llegó a aprobar el curso de Madurez Carnal! Repitiendo año tras año, pasó por la Escuela de Dios quince años. . . ¡Y al fin se graduó! Pero, ¿qué podrán ser quince tristes años para Aquel para quien un día es como mil años y mis años como un día?”

7

EL LIBRO DE ESTHER

Uno de esos días, faltando poco para que la Chochita partiera a la presencia del Señor, la visitamos toda la tanda de nietos y bisnietos en su casa de abajo. Y como siempre, a mí me jalaba aparte y me daba una berenjena roja, bien madura y cuyada, y me decía con sus ojos brillando de picardía:

—Masque ven acá para que conversemos de mujer a mujer.

Le gustaba mucho hablar conmigo, y a mí me encantaba escucharla tan libre de complejos y prejuicios, y ávida del buen humor. Reírse un buen rato con ella, de sus chistes, de sus bromas, era el mejor remedio para el estrés y tenía el resultado de quedar curada de toda preocupación. Por eso, jamás me perdía la oportunidad de visitarla, aunque fuera por un rato; pero siempre terminábamos quedándonos para almorzar.

* * *

Cierta vez que conversábamos rico rico, me dijo:

—Para casarse, hijita, lo único que se requiere es amarse. Si se aman, aunque vivan de pan y cebolla.

—¿Por qué, Chochita?

—Porque si se aman, no importa la pobreza; no importa la fealdad; no importa la edad; porque siempre es mejor gozar un poco que no gozar nada.

Le interrumpo:

—Tampoco importa que sean primos, ¿dígame Chochita?

—Así es, hijita.

—¿O sea que el amor lo es todo en la vida, Chochita?

—¡Dejuro! Porque si no hay amor, lo único que queda son los pedos.

—¡Ay Chochita! ¡Cómo dice semejante cosa!

—Es que así es la vida, hijita. Por último, cada cual hace lo que se le da la gana con su culo.

* * *

Una vez, ya en Lima, la Chochita me llamó a su cuarto, hizo que me sentara a su lado sobre un canto de su cama y me entregó un cuaderno mapioso, escrito con una casi imperceptible tinta de nogal y con su nombre escrito en la cubierta: Esther Rabanal.

Era una especie de diario, pero no exactamente un diario, porque no constaban fechas. Más bien era una especie de confesión, salpicada aquí y allá de cortas poesías, canciones de escuela, frases célebres, refranes, algunos párrafos copiados de alguna revista, y fragmentos de cartas que nunca fueron remitidas.

Lo que más me llamó la atención fue la historia de un amor adolescente y apasionado, cuando tenía trece años de edad, repleto de fantasías.

Me dijo:

—Esto es para ti, para que aprendas algo de la vida y del amor verdadero.

Tras recibir este regalo de valor incalculable, empecé a visitarla más a menudo, para que me conversara sobre las cosas que había escrito. Sus escritos estaban llenos de vacíos; parecían no tener secuencia. Se convirtió una gran necesidad para mí reconstruir sus historias de manera ordenada, pero gracias a Dios lo logré, relativamente hablando, sin que ella se diera cuenta de lo que yo hacía, sonsacándole pedazos de información aquí y allá, salvo las cosas respecto de las cuales decía:

—¡Qué pué! Ya ni siquiera me acuerdo.

* * *

La historia de fondo, que tiene por título, “El libro de Esther”, empieza cuando ella tenía doce años de edad, pero existen antecedentes que se remontan a cuando tenía unos ocho años. Ella narra con lujo de detalles cómo empezó a sentir fuertes inquietudes por conocer el misterio que se escondía detrás de la boca tenebrosa del altillo de la casa donde vivía con sus padres. Su historia, reconstruida y completada con su testimonio oral, es como sigue:

Tengo doce años de edad. Ultimamente aprovecho cualquier oportunidad en que mis padres y hermanos están fuera de casa para subir al altillo. El altillo me jala; algo misterioso esconde su oscuridad.

No siempre puedo subir cuando hay algo de visibilidad, porque hay personas que entran y salen, o se quedan a conversar en el patio sentados sobre un pullo tendido sobre el pretil.

Nunca he intentado subir de noche, porque me da miedo. De pequeña he sido aterrorizada por una serie de pesadillas en que se me aparecía la Chucadosa, una momia bendecida con una frondosa cabellera blanca, la misma que reposaba en algún rincón tenebroso del altillo.

Si se despertaba la Chucadosa, que paraba chucada con un negro y empolvado pañolón, desplegaba su pañolón levantando polvo y se elevaba en el aire. Y se echaba a volar persiguiendo en el zaguán a los que se atrevían a interrumpir su sueño de mortaja.

Cierta vez, en el atardecer, me corrió del altillo, y de miedo salí disparada hacia el patio de la casa. No bajé por la escalera de maguey, sino que volé y aterricé en el patio empedrado, lejos de su alcance, y ella volvió a su densa oscuridad.

* * *

¡La Chucadosa!

Primera vez en mi vida que escuchaba este nombre que parece provenir del verbo “chucarse”, es decir, envolverse con un pañolón o con una frazada.

¿Acaso no sería la Chucadosa el mismo tétrico personaje que en Celendín llamamos “la Minshulaya”?

En Celendín, muchas casas de un solo piso tienen acceso a su altillo, especie de ático, mediante escaleras hechas con palos de maguey. Nuestra casa tiene dos pisos y al

altillo se entra desde el segundo piso, por una abertura entre las vigas en un rincón del cielo raso. Se accede, ya sea mediante una escalera de mano, o colocando mesa sobre mesa y silla sobre silla. Subir de esta manera para mí no ofrecía ninguna dificultad, porque como decía mi papá, yo siempre fui una pishpireta.

El único problema era bajar totalmente manchada con la tierra blanca con que están pintadas las paredes y el cielo raso de las casas. Las manchas de tierra blanca te acusaban de haber estado hurgando en el altillo, cosa que es peligroso porque el miedo te puede ocasionar accidentes.

Pero sigamos con el relato de la Chochita Esther. . .

* * *

Las manchas de tierra blanca han dejado de ser un problema para mí desde que me conseguí un viejo mameluco que me pongo sobre mi ropa cuando quiero subir.

Ultimamente subo con más frecuencia, ¡a que no adivinas por qué!

Por ahora prefiero dejarte en suspenso. El hecho es que algo, que no te digo qué, me ayudó a sobreponerme al miedo del altillo y a mis pesadillas de la infancia.

Hasta ahora no he sido sorprendida por nadie. Después de todo, si alguien me sorprendiera subiendo o bajando del altillo, mi explicación convincente es que arriba hay un nido de canshules, lo cual es verdad.

Los canshules, esos horripilantes animales que llaman zarigüeyas, tienen una bolsa en su barriga donde llevan sus crías recién nacidas. Esos animales del demonio son los que suelen comerse nuestras gallinas y sus huevos.

Cierta mañana asoleada, cuando un rayo de luz entraba directamente al altillo por entre las tejas del techo, pude ver su nido. Y sé que era de esos animales, porque ni bien mi cabeza se apareció por la boca del altillo, la canshula se escapó y no volvió a aparecer.

Esa mañana no me metí al altillo, y bajé. Sólo la idea de pisar algunas de sus crías diminutas regadas por el piso de barro seco me daba náuseas.

* * *

Yo tendría once años de edad cuando esto ocurrió, y a pesar de que les agarré un miedo horrible a todos los peligros que pudiera esconder el altillo, pronto vencí el miedo y busqué el momento asoleado del día para volver a subir y acercarme al rincón de donde vi saltar a la canshula.

Después de varios intentos logré acercarme al nido y encontré que estaba hecho de retazos de cartas escritas a mano, y de páginas de un libro, aparte de pajas y de carrizos viejos y roídos. A la verdad, me daba asco tocar esa basura, pero entre los fragmentos de papel impreso sobre los que caía un haz de luz solar, apareció escrito mi nombre: ESTHER.

Se me ocurrió mirar aquellos fragmentos, revolviéndolos con un pedazo de carrizo, y debajo de unas plumas de gallina y ñudos de paja toquilla aparecieron dos fragmentos escritos con tinta de nogal.

A todos esos fragmentos los guardé en el bolsillo de mi mameluco y descendí antes que alguien me pudiese sorprender.

Abajo en casa tuve un nuevo pasatiempo secreto: Descifrar en silencio los fragmentos de papel. Y al fragmento que tenía mi nombre lo guardé en la cajita de mi espejo.

* * *

Dos semanas me tomó pegar y descifrar los dos fragmentos escritos a mano. Eran pedazos de una carta de amor que fue escondida en un rincón del altillo. Había sido remitida por un hombre a una mujer, y el sentimiento que me estremecía me hacía pensar que la mujer sería yo misma. Un fragmento decía: “El hecho de que seamos primos, no debe alejarnos, sino al contrario, debe acercarnos más. . . Una vez que nos rambemos. . . a la costa.”

¿El remitente? ¿La receptora? ¡Mis abuelitos!

Yo también estaba enamorada de mi primo. Y él también me quería, pero no nos atrevíamos a decírnos nada, a pesar de que él tenía la puerta abierta a mi casa, porque vivía en la casa de al lado.

En realidad, yo subía al altillo porque debajo de una de las tijeras del techo había un agujero desde el cual se podía ver la esquina de su patio donde había una hamaca. Allí le contemplaba cuando se mecía, sin que nadie me pudiera juzgar por mis fantasías de amor.

* * *

Cierto día le mostré a Andrés los fragmentos de la carta de amor y le dije: “Te contaré que escuché unos ruidos en mi altillo, a plena luz del Sol, y adivina qué era. . . Era una canshula que saltó de su nido y se metió en la oscuridad.

Otra vez, me acerqué a su nido iluminado por un haz de luz que se filtraba por entre las tejas y encontré que estaba hecho de fragmentos de papel, uno de los cuales tenía impreso mi nombre, ESTHER. También encontré estos dos fragmentos. . . Parece que son cartas; quizás tú los puedas descifrar.”

Esta situación me sirvió para invitarle a ver ese nido de canshules en la hora precisa cuando el haz de luz iluminaba ese rincón del altillo.

Le dije que en el altillo había más cosas por descubrir. Y le pregunté: “¿Tú también le tienes miedo a los canshules?”

Respondió: “¡Por supuesto que no!”

* * *

Una mañana subí al altillo y miré hacia su patio del Andrés, y como le vi meciéndose en su hamaca, bajé rápidamente, me saqué el mameluco, me arreglé el pelo, salí a la calle, empujé su portada, y le dije: “Esta hora es buena para ver el nido de los canshules. ¡Ven!”

Me atreví a tomarle de su mano, y casi se cayó de la hamaca. Lo seguí jalando y corrimos a mi casa. Pronto estuvimos los dos en el altillo.

El llegó al nido de la canshula y dijo: “Es verdad, aquí hay más fragmentos que podrían ser de algún valor. ¿Me podrías alcanzar algo para bajarlos y examinarlos abajo?

Le empujé una vasija que servía para recoger el agua de una gotera, y él recogió hasta el último fragmento, mientras me decía: “En tu altillo hay más secretos, porque en un rincón he visto un pequeño bulto cubierto con un pedazo roído de pañolón.”

Entonces mi cuerpo tembló de miedo: “¿No será la Chucadosa?” —pensé—. Pero me dije que las tontas pesadillas de mi infancia no tenían por qué estropear un posible descubrimiento de valor.

* * *

Le pedí que bajáramos.

Una vez abajo, en el patio, nos pusimos a examinar los fragmentos de papel, sentados yo frente a él sobre el pretil.

El interés que él revelaba me dio esperanzas de que en otra oportunidad tuviésemos una aventura en el altillo: Y le mostraría el agujero debajo del horcón de la tijera del techo, desde donde yo le miraba cuando se mecía en su hamaca.

El día esperado llegó. El miró y se quedó enmudecido. Y yo le dije, temblando: “Siempre te veo allí.” Pronto llegaría el día cuando él también me confesaría su amor, y yo pegaría mi cabeza a su pecho.

* * *

Otro día él se atrevió a levantar de sobre el bulto el retazo de pañolón cubierto de polvo, y exclamó: “¡Aquí hay un libro abierto por la mitad, pero está tronchado en su parte final!”

Con mucho cuidado tomó el libro, lo cerró, lo puso en la vasija y lo bajamos del altillo para examinarlo sin prisa. A esa hora, nadie interrumpiría nuestra labor arqueológica flanqueada por nuestras miradas de ansiedad. ¡Dios mío, estábamos enamorándonos a pesar de ser primos!

Abrimos el libro en su parte empolvada y roída y vimos que el papel y sus letras eran como del fragmento que recogí la primera vez del nido de la canshula y contenía mi nombre, ESTHER.

El libro tenía una gruesa tapa de cartón al comienzo, pero le faltaba la tapa de atrás, y parecían faltarle páginas. En la página principal decía: “SANTA BIBLIA – Versión de Cipriano de Valera – Antiguo y Nuevo Testamento, Año 1850.”

La Biblia empezaba en el libro de Génesis y terminaba en el libro de San Malaquías, y las páginas del centro, que habían estado expuestas, eran del libro de Esther.

* * *

Cuando Andrés se dispuso a volver a su casa, yo lo premié con un beso en la frente, y él me abrazó.

Le dije: “Este libro podría ser un gran tesoro.”

Y él me dijo: “Que sea nuestro tesoro secreto, de los dos.”

Esto es todo lo que me dijo en toda su vida. Al año siguiente partió con su mamá, con su hermanita Rubí y su tío, al departamento de Madre de Dios para reunirse con su papá en Puerto Maldonado. Yo tenía 13 y él 16 cuando nos separamos en medio de muchas lágrimas.

Esperamos volver a vernos pronto, pero eso no ocurrió, salvo en sueños. Ni siquiera una carta suya me alcanzó. ¡Cuánto quería decirle: “No era tanto por la canshula que me subía al atillo, sino por ti; porque me gusta tu cara y tu pelo travieso.”

En los siete años siguientes no supe nada de Andrés, y no quise saber nada de nadie más. Esa Biblia que descubrimos juntos era mi único consuelo.

* * *

Otra historia pude reconstruir a partir de sus apuntes de la Chochita Esther:

Soñé una vez que mi primo Andrés me dijo: “Dicen que en Huacapampa, en un pequeño bosque detrás de la pequeña iglesia, hay una sala misteriosa, construida de manera diferente de todas las casas en Celendín, porque tiene ventanales con marcos de hierro y vidrios de colores. Allí squé se reúnen a orar los hombres en un lado y las mujeres en otro lado. Las mujeres son hermosas, blancas, chaposas, sonrientes, y de caderas seductoras, y reverencian a sus padres y a sus maridos. Allí no hay imágenes ni cuadros, sino solamente flores y velas. Dicen que el lugar sólo se hace visible en los días sábados, pero que pocas personas lo han visto, porque todo desaparece y vuelve a ser un bosque de eucaliptos.”

Un sábado nos escapamos de Celendín y fuimos a Huacapampa tomados de la mano para ver ese lugar. Nuestros pies casi no rozaban el camino a causa de nuestra celeridad, y llegamos en un abrir y cerrar de ojos.

Nos acercamos al bosque de eucaliptos y esperamos ver ese lugar encantado que dicen que está allí, pero que no se ve. Pero a nosotros nos dieron la bienvenida y nos lo hicieron visible. A Andrés le señalaron un lugar reservado para él, y las mujeres me llevaron entre risas y alegría al lugar reservado para mí.

El ambiente estaba repleto de luz y de amor y de fragancia de flores. Pero cuando desperté, estaba sola.

* * *

Otra historia de su cuaderno mapioso dice más o menos así:

Soñé que mi primo Andrés me decía: “Me he enterado que más arriba de Poyunte hay un lugar misterioso o encantado, y me gustaría ir contigo allá porque me embarga la curiosidad.”

Yo le tomé de la mano y fui con él, sin vacilar.

Decían que en ese lugar, en medio de una pampa, había una capilla abandonada desde tiempos inmemoriales, pero que en raras ocasiones se la ve.

Llegamos al lugar al atardecer, y nos sorprendió verla en perfecto estado de conservación, lo cual añade a su cuota de misterio.

Era muy pequeña y la puerta estaba entreabierta, de modo que entramos tomados de la mano. De repente, por dentro la capilla lucía mucho más grande que por fuera, pero no había imágenes, ni cura, ni sacristán. Sus paredes estaban bien blanqueadas, y sus retablos, vacíos, estaban pintados de color azul celeste, como se suele pintar los balcones en Celendín. Sus bancas estaban limpias, y lucía perfectamente ventilada e iluminada.

Reverentemente nos acercamos desde atrás, y al reposar nuestras manos sobre el cabezal de la banca trasera empezó la música. No era música de iglesia, sino una hermosa y orquestada melodía oriental de esas de las Mil y Una Noches.

Cuando se acabó la música nos encontramos abrazados en la pampa rodeada de rangras, sin capilla ni vestigio humano, sumidos en un silencio ensordecedor.

Cuando desperté me vi abrazada de mi almohada, y la ausencia del Andrés me sumió en una deprimente soledad.

* * *

Así pude reconstruir parcialmente los momentos que la Chochita Esther describe como los más bellos de su vida. Pero me intrigaba más el paradero de su Biblia que encontró en el altillo.

Le ruego:

—Muéstreme su Biblia. ¿Dónde está?

Me responde:

—¿Cuál Biblia, hijita?

—La Biblia de los canshules, pué.

—Ya no me acuerdo, hijita. Quizás esté en algún rincón de la casa en Celendín. Desde que nos trasladamos a Lima, ya no me acuerdo hijita. Pero te diré que me gustaba mucho leer la historia de la Reina Esther. Era inteligente y llegó a ser reina de Persia. Y sobre todo, era hermosa, más que todas las mujeres del reino. Yo siempre me preguntaba: ¿Cómo fue me pusieron a mí su nombre, ESTHER?

—Usted también, Chochita, es hermosa. ¡Por algo se llámaste Esther!

—Sí pué. Yo también pienso a veces: “El Santo, bendito sea, en su infinita sabiduría me hizo mujer. Porque si me hubiera hecho hombre, ¡a estas alturas yo ya lo habría revuelto al mundo!”

8 ORGIA EN TOLON

“Esa casa del Cumbe también tenía sus peros” —comenta don Orestes—.

El Güicho le contó una vez lo que le sucedió a él mismo, pasada la hora de la oración, antes de que la noche envolviera con su manto la ciudad santa.

El no vivía en esa casa. Había ido allá para encontrarse con el Gilbe, y mientras se aparecía el Gilbe, se quedó parado junto al patio, contemplando la perfecta alineación de las tejas del techo. Y lo que se le apareció fue algo peor.

Caía la penumbra cuando al Güicho le dio ganas de mear, y se fue a un rincón al fondo del patio donde una mata de achiras le podía ocultar de la vista.

Empezó a mear, y le cayó el chorro, a manera de ducha caliente, a la cara alegre de un mocoso que estaba jugando a las escondidas entre las achiras, aunque nadie más se aparecía en el patio.

El Güicho, quien le dice:

—¿Qué haces aquí, mocoso de mierda?

Y le respondió, saboreando rico rico los orines con su larga lengua colorada:

—¡Quiero que me me me conozcas!

Se trataba de una persona mayor, un enano con voz de toto rajau que se había metido a propósito a la chorrera con el solo objeto de entrar en escena.

* * *

El enano se reía y el Güicho temblaba de miedo. Y cuando se miraban fijamente, el enano empezó a decrecer para finalmente desaparecer diciéndole:

—¡Chaucitooo!

En eso llegó el Gilbe y entró por la puerta de su sastrería. Y como le dijeron que en el patio le esperaba el Güicho, fue a verlo y le dijo:

—Disculpa, Güicho, que te haya hecho esperar.

Como éste temblaba, le dijo:

¡Seguro que te has encontrado con ese duende de mierda! Sí, pues, él vive en esta casa desde cuandazo será.

Como el Güicho no hablaba, él añadió:

—Le gusta aparecerse por las plantas de achira. Pero no te asustes, hermano, pues es bien chévere, y le gusta ducharse con orines calientes. Si quieres verlo otra vez, lo único que tienes que hacer es volver a la mata de achiras a estas horas y con muchas ganas de mear. El no te hará esperar como yo. Disculpa, hermano; los Camacho me detuvieron yatusá para qué.

* * *

Esa casa fue alquilada después a la Shapalejas. Y la vecina de al lado, doña Bertha, me contó lo que le pasó allí a la pobre Betty. ¡Qué lindas eran esas muchachas! Todas las Shapalejas eran, como se dice en italiano, *“povere ma belle”*.

La Betty era una niña cuando fue a vivir en esa casa con sus dos hermanas mayores. Al frente vivían los Merino, que tenían una tienda bien surtida. Su hijo, Mario, era un niño mimado, bien vestido, bien enzapatado, mientras que la Betty ni siquiera tenía zapatos.

Años antes de que se pusiera malita, la Betty se había enamorado del Mario, pero el muchacho rehuía hablarle a causa de su timidez. Sólo una vez le dijo “Betita”. Con ese vacío y sazón de amargura creció la Betty y se hizo una muchacha muy linda, como todas las Shapalejas.

El Mario maduró con cierto retraso, lo cual fue generando en la Betty cierto deleite en verlo sufrir. Entonces lo habría conocido al Metiche, que como su nombre, se entremetió para arruinar sus vidas.

* * *

A la Betty, por ser mujer, se le apareció de manera diferente, a través de ese grande espejo enmarcado que hay en la sala que da a la calle y que antes era una sastrería.

Una noche, la Betty estaba sola allí, escuchando a Mario que cantaba al frente en su casa; evidentemente quería que ella escuchara su linda voz. El muchacho sentía ganas de acercarse a ella, pero la Betty ya no. Ella quería antes verlo sufrir, si es que acaso pasó por su mente corresponderle después.

La Betty empezó a mirarse en ese espejo. Comenzó a desnudarse lentamente, acariciando sus pechos seductores, su vientre, su pubis humedecido. Le daba un enorme placer contemplar sus muslos y sus piernas en genuflexión. Se exploraba y descubría maravillosas sensaciones en su interior.

Ante tal deleite había que dejarle al Mario desgañitarse sin consuelo.

* * *

Entonces el Metiche salió del cristal del espejo, trepándose al marco del mismo a causa de su poca estatura. Y cuando ella estaba a punto de gritar, le dijo: “No te te asustes, porque yo no tengo pi pishgo; nada te te haré. Si quieres, pue puedo ser tu amigo y confidente, ya que estás en mi caca casa, si acaso no te has enterado. Pero si no quieres me me voy. ¡Chausitooo!”

Al decir esto, tolvio a trepar al marco del espejo y desapareció, no sin antes repetir: “Si me quieres coco como amigo, nos encontraremos junto a este espejo, a esta misma hora.”

* * *

Muchos días la Betty no se acercó al espejo. Sabía que esa experiencia no era natural. Pero también entendía que aunque no lo viese, ese ser vivía allí, y estaba disponible.

Con el paso del tiempo, la Betty se volvió ajena a la realidad que le rodeaba. Su hermana mayor la observaba, pero no parecía preocuparse mucho. ¡Tantos problemas tenía la pobre, que trabajaba hasta altas horas de la noche en una sastrería!

La Betty se alejó definitivamente de Mario, de sus compañeros del colegio, y finalmente de las chicas de su entorno más íntimo. Se volvió solitaria, y en esa situación anheló que se le apareciera el Metiche. Ya sabía cómo lograrlo; sólo tenía que buscarlo a cierta hora, junto al espejo.

En la segunda vez le dijo el duende: “Me me llaman Metiche. Así me me puedes llamar tú también. ¡Qué me me importa!”

La Betty empezó a notar su aire infantil, bonachón, aunque su aspecto era de viejo. Le hizo gracia su sonrisa cojuda y sus manecitas de bebé. El le volvió a decir: “Yo no tengo pi pishgo; nada te te haré. Puedo ser tu amigo. ¡Chausitooo!”

* * *

El Metiche se metió en el espejo, dejando a la Betty sumida en la ansiedad. Poco después llegó su hermana, y al verle tan pálida prefirió no hacerle preguntas.

La tercera vez, ella cepillaba su pelo con soltura mientras conversaba con el Metiche.

La cuarta vez le permitió ver sus senos y su vientre, en medio de risitas.

La quinta vez permitió que sus manecitas de bebé le acariciaran sus pezones.

La sexta vez se atrevió a apagar la vela para que el duende le tocara el pubis.

La séptima vez empezó a gustarle que le masturbara a la luz de la vela, hasta el éxtasis.

Y se llenaba de ansiedad cuando el maldiciau le decía de repente: “Ya me me voy. ¡Chausitooo!”

Siempre desaparecía segundos antes de que entrara su hermana, con tiempo suficiente para que la Betty se vistiera apresuradamente.

Ella llegó a pensar: “¡Qué lástima que no tenga pi pishgo!”

* * *

Con el transcurso del tiempo la Betty empezó a aburrirse del duende. “Ese bueno para nada”, se decía a sí misma.

Estaba a punto de decirle que no se vuelva a aparecer, cuando el Metiche le dijo: “Es verdad que yo no te te puedo dar gusto, pero sé de alguien que sí puede.”

Ella le respondió: “¡Anda a la mierda, pedazo de alcahuete!”

El Metiche le dijo: “¡Jo jo, jojo! ¡No es el que tú piensas!”

Ella le preguntó: “¿Y quién diablos es?”

Y le respondió: “Es un amigo que se llama ín Incubo, alguien que no vive en Celendín.”

Ella inquirió: “¿Y dónde pues vive?”

El le respondió: “Dentro del cerro Tolón.”

* * *

Cuando le dijo “Tolón”, la Betty se acordó de esas historias horribles que se cuentan de ese cerro encantado, hacia el norte de la cadena de los cerros de Jelij.

Algunos exploradores explican las cosas raras que ocurren en sus inmediaciones, porque encierra dizqué minerales de hierro. Por eso las agujas de la brújula se trastabillan, o uno se encuentra de repente en el camino por donde no iba. O las nalgas de las mujeres son aplaudidas plej plej plej por manos invisibles, debajo de sus polleras. O se muestran destellos en medio de la noche.

Pero el Doctor Nelo no cree que se trate de minerales de hierro, que como es sabido, causan graves trastornos a los duendes y demonios. El dice que son fuegos fatuos, producto de la combustión del fósforo a temperatura ambiental, después de la lluvia, porque se requiere de humedad. Y como el fósforo es un componente químico de los huesos, cree que se encuentran en sus inmediaciones cementerios de los Caxamallcas, de los Chilchos o de los Incas, los mismos que esconden ofrendas votivas de oro y piedras preciosas. No es, pues, novedad, que algunos avezados cazadores de tesoros merodeen en las inmediaciones del cerro Tolón.

La Betty le dijo al Metiche: “Yo no me iría allá jamás, por todo lo que se cuenta.”

El duende le dijo: “¿Y si vienes conmigo, con tu Metiche?”

Ella le respondió: “Bueno. . . Quizás. . .”

El le dijo: “Además, yo pongo mi caca beza por mi amigo Incubo, a quien sirvo desde hace siglos. El sí tiene pi pishgo, y te puede dar gu gusto sin que nadie se sentere. Si quieres, me me llamas. ¡Chaucitooo!”

* * *

La Betty estaba sumida en la ansiedad. En buena hora venían a buscarla sus amigas del colegio para dar una vuelta por medio perejil, es decir, por la Plaza de Armas.

Era noche de castillos, de vaca loca, de buscapiques, de seducir a los muchachos que como zombies, dan vueltas y vueltas a la plaza, siguiendo el curso invariable de un río de gente saturado de emociones y exhibicionismo exacerbado por el ambiente de festival.

La Betty aceptó, y fue con ellas, callada.

Ella estaba más apartada de la realidad, de la vida, y empezaba a meterse en otra dimensión desconocida. Pensaba en el Incubo. . . ¿Quién podría ser para vivir en el interior de un cerro? ¿Acaso era un hombre? ¿Acaso era un duende de mayor jerarquía, es decir, con pishgo?

Ella sabía que los duendes no sienten placer; no pueden hacer el amor; ni siquiera sirven de maricones. Pero son los mejores alcahuetes habidos y por haber.

* * *

El Metiche postergó una y otra vez revelarle a la Betty la verdad del Incubo.

Finalmente lo hizo, tras mil rodeos.

Le dijo: “No es un diablo suelto, como Don Juan, una persona que solamente busca burlar el honor de las mujeres.”

Le dijo: “El se llama Incubo porque en realidad es un íncubo.”

Le dijo: “Le dicen el Incubo Mayor, porque es el principal entre los íncubos.”

Le dijo: “Es un íncubo apasionado por las mujeres, en especial por las adúlteras, y les incrementa el placer cuando burlan a los maridos.”

Sólo al final le reveló toda la verdad: “Es un demonio que juega a la perfección el rol de macho, y de ser necesario también hace de hembra apasionada y seductora. Pero está lejos de ser homosexual.”

* * *

Se cuenta que cierto sucreño se jactaba de que ninguna mujer se le podía resistir, incluida tu propia mujer. Una noche se acostó desconsolado, porque hubo una que sí osó menospreciarlo y dejarle plantado en presencia de sus amigos. Lleno de amargura, cuando aún no había apagado la vela, tocó a su puerta una bella mujer, desconocida para él.

Ella le dijo:

—¡Por fin he dado contigo, Genaro!

El se llamaba así, Genaro Cachay. ¿Cómo podría él haber olvidado a semejante mujerota? Pero pensó: “¡Cuántas mujeres se habrán hecho fantasías conmigo, sin que yo me entere!”

El hombre ni siquiera le preguntó: “¿Y tú quién eres? ¿Cómo te llamas? ¿De dónde vienes?”

El sólo le dijo:

—Pasa, muñeca. . .

Ella le dijo:

—¡Tú eres mi campeón! Por eso he venido a verte, aunque tú, malagradecido, ni te acuerdas de mí.

* * *

Le dijo que pasaba sólo para despedirse. Pero no pasó mucho hasta que se vieron trenzados patas al hombro, de una manera tan apasionada como él nunca antes había experimentado.

El hombre se quedó exhausto en las piernas de ella.

En la madrugada se despertó incomodado por ciertas astillas que de algún modo habían dado a parar en su cama. Cuando levantó la frazada con violencia, se encontró con parte de un esqueleto humano, cuyo cráneo partido estaba entre sus pies de él, y los huesos sueltos de sus pies estaban regados sobre su pecho y su hombro, como se suele decir, “patas al hombro”.

Se cuenta que don Genaro se cayó del catre, y allí lo encontraron sus amigos, botando espuma.

—El Doctor Nelo explica que se trataba de un íncubo que esta vez actuó de mujer; cosa rara, porque generalmente hacen de machos.

—¡Y ahora me vienes con que el Shapingo es gay!

* * *

La Betty jamás se iría al cerro Tolón. Si el Incubo Mayor no le visita en su casa, ella no iría jamás a exponerse al peligro.

Entonces el Metiche le reveló algo para lo cual la venía preparando desde hacía tiempo: “Tú puedes ir al cerro Tolón cambiando de onda, es decir, saliendo de tu porquería de realidad y metiéndote juntos conmigo en otra realidad, con tan solo tomarme de la mano para meternos juntos dentro del espejo. Cuando hagas esto, habrás entrado al cerro Tolón sin necesidad de ir allá a lomo de bestia.”

Eso era algo que la Betty no había experimentado previamente, pero el Metiche le metía en tales extremos de ansiedad que pensó entrar con él en el espejo.

A esas alturas, ella andaba cabizbaja, y en todo Celendín decían que estaba “malita”.

* * *

Una noche, la Betty entró al cristal del espejo de la mano del Metiche, y de pronto se encontraron en una sala llena de lámparas de oro y riquezas y lujos por doquier. Para nada parecía una caverna tenebrosa como ella se lo había imaginado.

La Betty le preguntó al Metiche:

¿Dónde estamos?”

El le respondió: “En el interior del cerro Tolón. Ahora vas a conocer al Incubo Mayor que te puede satisfacer con locura y sin compromiso. Después que le conozcas te haré volver a tu triste realidad del Cumbe.”

El Incubo Mayor era un hombre joven, apuesto, con sus dedos llenos de anillos de oro y diamantes, y con aire seductor. El le besó la mano y le dijo: “Es un gusto conocerte, muñeca; me habían hablado de ti. Por ahora estoy ocupado con Don Augusto Gil. Pero de veras anhelo verte después.”

Volvieron al Cumbe con sólo dar un paso hacia el espejo.

Después de aquel día, ella se agravó y dejó definitivamente el colegio. Sólo pensaba en el Incubo Mayor, sea hombre o demonio, pues era enigmático, era seductor. La próxima vez entraría al interior del Tolón sin necesitar del Metiche.

* * *

Así lo hizo, y el Incubo Mayor ordenó a sus duendes vestidos de damiselas que la desvistieran y la perfumaran con ese fragante perfume que inunda las entrañas del cerro Tolón. Era un perfume maravilloso.

Ella pensaba cuánto costaría obtener un pomito de ese perfume, pero se quedó boquiabierta al ver que al pie de las paredes de los recintos estaban arrumados miles de envases de dicho perfume como si fueran botijas de vino. En la etiqueta decía “*Orgie de Toulon – Fabriqué en France*” (Orgía de Tolón – Fabricado en Francia).

Lo trágico fue cuando los duendes empezaron a depilarle el bello del pubis con unas pinzas. La Betty no resistió tal tortura y humillación, y se desmayó.

* * *

En ese preciso momento, en la madrugada del martes, Mario subía a su casa por la Plaza Cortegana. El había trasnochado en una borrachera organizada por un grupo de amigos en el barrio de Rosario.

Entonces la vio tirada detrás de una banca de cemento. Parecía que le había dado un ataque de epilepsia. Pero, ¿a esa hora y fuera de casa? ¿Acaso era sonámbula y había salido a pasearse de noche?

Fue cuando él la besó, porque la amaba, que ella se incorporó tristemente.

El la levantó en sus brazos, porque era un muchacho fornido, y la llevó cuesta arriba a su casa, para informarle a su hermana del estado en que la había encontrado.

La Betty pareció mejorarse con el transcurso de los días; el gesto de Mario valía el milagro. Pero no iba al colegio ni asistió al baile de su promoción, a pesar de que Mario le rogaba que fuera su madrina.

La Betty le contó todo lo ocurrido a su hermana mayor, y ella se lo contó a doña Bertha, su confidente.

* * *

En realidad, la Betty sintió tal abominación por aquel íncubo maldito y pensó amorosamente en Mario, como su refugio y segura salvación.

Si el Mario no pasaba por allí, quizás habría muerto al instante o se habría quedado para siempre sepultada en el interior del cerro Tolón, como otras tantas ánimas benditas que en paz descansen. ¡Achichín!

Las Shapalejas se cambiaron de casa. Fue cuando vivían abajo, en Colpacucho, en el Jirón Ayacucho N° 237, que la Betty murió en paz.

Doña Bertha opina que ella había sido víctima del aislamiento y la falta de amor y diálogo, desde pequeña. Por eso intentó aferrarse de Mario, la única persona cariñosa que había conocido en toda su vida. Pero ese gran amor fue correspondido demasiado tarde, tal vez.

9 SOLEDAD EN MEDIO DE LA MULTITUD

Soledad estaba en su “primer amor”, que por si acaso, no era yo, aunque quién sabe.

Como hacía poco que se había convertido al evangelio, estaba embelesada por la música estridente de la santa batería, así como por aquel “Varón de Dios” que había sido traído de Costa Rica, o como él decía, “de Costa Uica”. Era un nombre atractivo a quien le deleitaba presentarse como “tico”, aunque para la gente de por aquí este apelativo sólo tenía asociaciones con un auto barato. El era experto en mover y conmover a los presentes con la más leve insinuación de su ceja, y para ello, la santa batería le daba el requerido marco musical.

A causa de mi formación conservadora y mi micro-cultura tiesa, me sentía como un bicho raro en ese lugar. Grande era mi soledad en medio de la multitud. En momentos me parecía que la gente se compadecía al verme asustado, pero no. . .

* * *

Estaban bailando al compás de la canción que dice:

*Y cada golpe de la espada de Dios
es con trompeta, pandero y tambor.*

Cualquiera pensaría que detrás de las travesuras del pandero sobre las caderas de esas chicas sensuales que dirigían la alabanza, Dios golpeaba a la gente a matar. Si yo no hubiera estado enterado de la jerga religiosa y de los temas típicos de la corriente musical en boga, tan en tono con el concepto de la “guerra espiritual”, también hubiera huido despavorido.

Todo esto era tan diferente del sonido apacible de nuestra música evangélica tradicional y de la reverencia con que el Pastor Bailón dirige el culto y predica la Palabra de Dios en nuestra pequeña iglesia bautista de la Convención. . .

* * *

El director de la alabanza estaba encargado de “calentar” a la concurrencia para presentarla en su punto chumbeque al “Varón de Dios” que continuaría moviendo a la concurrencia hasta hacerla bailar y derretirse en lágrimas de puro sentimentalismo. El gritaba emocionado:

—¡Todos a danzar! ¡Todos, sin excepción! ¡Aleluyáaa!

Se ponía un tanto severo con los que como yo se conducían según los cánones de nuestra micro-cultura tiesa. Ejercía presión y manipulación que me parecían excesivas y contraproducentes, como cuando con el látigo los traficantes de negros obligaban a bailar a

sus esclavos, o como cuando los nazis obligaban a los judíos a entrar a los hornos de exterminio al compás de la música clásica ejecutada por ellos mismos:

—¡A ver, dancen ya! Quiero verles danzando a todos. ¡Absolutamente a todos! ¡Eso! ¡Eso! ¡Así! ¡Así! ¡Uuuuuuuuuuuuuuuuuuuuuuuuuuuuu! ¡Aleluyáaa!

* * *

A los que como yo se resistían a entrar en esa onda, les miraba, cuidando de no hacerlo directamente a los ojos, y les decía:

—¿Cómo antes bailaban en las fiestas del mundo? ¿Y por qué ahora no, si se trata de danzar para el Señor?

Muy ceñido a los cánones de la teología de la restauración de la “danza davídica” intentaba marcar la diferencia entre “bailar” y “danzar”. Dizqué, se baila en el mundo; pero si se trata de un contexto “cristiano”, entonces es “danzar”, como lo hacía el rey David.

Justamente, la teología de la restauración enfatiza en “tener puestos los ojos en David, el autor y consumidor de la danza”. ¡Guau!

* * *

Para que te hagas una idea acerca de cómo es mi Soledad, te diré que es como la señorita de los comerciales de Universal Textil, “que se mantiene joven ¡aunque pasen los años!”

Aunque yo la conocía desde hacía años, no hubo antes la oportunidad de platicar largamente con ella. Un tiempo después, estando yo de visita en Lima nos volvimos a encontrar y vi en ella una alegría inexplicable que se exteriorizaba a raudales. Y ella también vio en mí, mucho más que el “conocido” que se mantiene distante. Y tuve que aplazar varias veces mi viaje de regreso al lugar donde actualmente residimos, porque dizqué, “sólo a mi lado encontraba sosiego”.

A la verdad, aunque no tuve el valor de reconocerlo al comienzo, yo experimentaba lo mismo. Pero cometió un *lapsus linguae* providencial cuando me dijo que yo había rejuvenecido y que me encontraba radiante.

* * *

La acompañé de compras, de visita a amigas, de paseo en Larco Mar.

Gradualmente me fue haciendo conocer a sus familiares, hasta que al fin me dijo, nerviosamente:

—Me gustaría invitarte a mi iglesia para que veas y me recomiendes si está buena para seguir asistiendo allí. Y si quieres, también me llevas a tu iglesia.

Acepté, diciéndole un tanto en broma, un tanto en serio:

—¿Es esta una invitación a brindar? ¡Ja! ¡Ja! ¡Ja!

Es que estaba muy involucrada con la Comunidad “Vino Nuevo” que se congrega en la Avenida Ché Guevara, en Palao.

* * *

Al llegar al lugar me encontré ante la fachada de un viejo cine, actualmente convertido en iglesia.

Me llamó gratamente la atención la gran cantidad de chicos adolescentes pugnando por entrar por la puerta angosta. En otro tiempo hubiera pensado que era la cola para ver “El último tango de París”.

Soledad había llegado minutos antes que yo, y entró para reservar dos cómodas butacas en las primeras filas. Pero a causa de la multitud, me quedé atrapado atrás, en medio de la soledad.

Se podría decir que entre los dos había un gran abismo: No había manera de poder acercarme a ella, y ella no podía volver a mí. A duras penas pude reconocer su única trenza y su talle ágil y esbelto. Y cuando me vio, con una leve señal de mi mano le indiqué que no se inquietara; yo participaría en el acto del culto desde mi lugar.

* * *

Las “alabanzas”, es decir, los cánticos, se sucedían una tras otra en una serie interminable, siempre acompañadas de la exigencia de soltarnos y movernos con frenesí. Pero maniatado en mis moldes tradicionales, ni siquiera intentaba “batir las manos” (aplaudir) en silencio.

Yo miraba alrededor con cierto temor y veía a unos pocos que sólo “batían las manos”, un tanto perezosamente, porque quizás aún no habían entrado en calor, y pensé que quizás yo terminaría haciendo eso mismo. Me acordaba del pastor de la ICHAF (Iglesia Charapa del Alto Frenesí), que amablemente nos exhortaba diciendo: “Como tú verás, hermanito, yo tampoco danzo, pero siquiera aplaudo. ¡Tú también, hermanito, por lo menos aplaude, y no nos hagas quedar mal!”

* * *

Estaba acordándome de aquel pastor de la ICHAF, cuando de repente desperté a la aparición espectacular del “Varón de Dios” importado de Costa Rica, especialista “en resucitar muertos” como yo, que no se movían en el culto.

Debí haber sido la nota discordante, porque el virtuoso siervo de Dios me detectó, y clavando su mirada en mí dijo en tono “tico” y medio mochado:

—¡Pué, mano! ¡Pué, hombre! Todavía alcanzo a ver que algunos no danzan ¿verdá? ¡Pué, hombre! ¡Cómo antes se vacilaban, hombre! ¿Verdá? En los bailes se tronchaban, mano, ¿verdá? De prontico usted no ha venido preparado, pero ¡suéltese, hermano! ¡Vacílese, hermano! ¡Gócese, hermano! ¡Eso! ¡Eso! ¡Así! ¡Así! ¡Así me gusta a mí!

El Varón de Dios tenía a su lado a una “Varona de Dios”, que con suaves movimientos de sus pies y de sus caderas, servía de paradigma con cierta dosis de sensualidad.

* * *

A medida que avanzaba la actuación del Varón de Dios y de la Varona de Dios, la gente empezaba a salirse del marco convencional y se hizo imprescindible el cordón de seguridad dispuesto a lo largo de las paredes laterales y posteriores del cine, perdón, del templo.

Ellos velaban por el orden y por el desorden, y se encargaban a presionar a la gente a actuar según las instrucciones que el Varón de Dios daba desde el escenario.

Entonces, uno de esos vigilantes que me tenía en su mira se acercó a mí en medio del bullicio, abriéndose camino con mucho esfuerzo a causa de la multitud que apretujaba, y haciendo una recatada bocina con sus manos, me gritó al oído:

—¡Oiga! ¿Usted no danza?

Disponiendo mis manos en mi boca de la misma manera, le respondí al oído:

—No. Porque no sé danzar.

—Pues, aprenda. ¡Inténtelo!

—¿Cómo?

—¡Haga como los demás! ¡Muévase! ¡Así! ¡Así! Dé pasitos a la derecha, a la izquierda, un pasito pa delante, otro pasito patrás.

* * *

Dándome estas instrucciones el vigilante se apartó, pero el Varón de Dios seguía dirigiendo su mirada hacia mí, cada vez de manera más hostil. Y los vigilantes que formaban el cordón de seguridad me vigilaban, parados en seco.

En medio de aquella multitud gelatinosa, ellos parecían ser los únicos con licencia para no moverse. Por eso pensé que era mejor retirarme del lugar santo y esperar afuera a mi tierna Soledad, si acaso volviera a aparecer para mí tras el paso del huracán.

Pero me acechó este pensamiento: “Si me voy antes de que empiece el sermón y termine el culto de manera formal, ¿qué le diré cuando me pida mi apreciación del sermón que supuestamente habría en algún momento del culto?”

* * *

Por amor de mi Soledad decidí quedarme en mi soledad, y me mantuve de pie a lo largo de toda la danza. Después decidí retroceder patrás, como si tuviese necesidad de ir al baño, para escuchar el sermón de pie. Pero el ojo que todo lo vigila se dio cuenta de mi movimiento y me siguió.

De reojo lo veo acercarse a mí, seguido de otro vigilante. Luego me apuntó disimuladamente con su dedo, como dándole instrucciones. Entonces se me acerca su compañero y me dice:

—¿Así que usted es el rebelde? ¿Va a danzar? ¿Sí o no?

Mentalmente le ruego al Señor: “¡Dios mío! ¿Qué es esto? ¿Qué hago? ¡Ayúdame, Señor!” Y luego le contesto, tímidamente:

—Pero, ¿por qué dice usted que soy un rebelde?

—Porque no obedece la voz del Varón de Dios, el Ungido de Jehová. Si no va a danzar, ¿entonces, para qué ha venido? Mire, las puertas están abiertas. . .

—¿Me está botando, hermano?

—Pues, tómalo como quieras. . .

Le dije:

—Yo he venido, no por el baile, sino porque mi amiga Soledad me ha invitado para escuchar la palabra de Dios. Creo que he cumplido con ella, y con su permiso me voy a retirar.

* * *

Me detuve un momento en el hall para observar la abundancia de avisos impresos en materiales lujosos y a todo color.

Había afiches y propagandas de diversas actividades como seminarios, campañas, cultos especiales en locales como el Coliseo Amauta, el Centro de Convenciones María Angola, el Hotel Crillón, el Hotel Sheraton, etc.

En eso sale tras de mí el vigilante, se acerca a alguien que parecía ser su jefe y conversa con él mirándome de reojo. El hombre le escucha y luego se dirige a mí:

—¡Oiga! ¡Oiga!

Como yo me hacía el cojudo, se acercó y dijo:

—A usted le hablo.

Miro a mi alrededor y le pregunto:

—Disculpe, ¿se refiere a mí?

—Sí, a usted, ¿a quién más? ¿Así que usted es el rebelde?

—¿Yo? ¿Rebelde? ¿Por qué, ah?

—Porque no hace caso de la voz de Dios ni del Ungido de Jenová. Usted no respeta la unción.

—¿Quién es el Ungido de Jehová, ah?

—Pues el siervazo que está ministrando. . .

Le digo:

—¿Qué significa “unción” para usted?

—No lo sé. ¿Y tú seguramente crees saberlo?

Le digo:

—Entiendo que es el obrar de Dios en sus profetas, sacerdotes y reyes, simbólicamente ungidos con aceite. ¿Ese señor de Costa Rica será uno de ellos?

—No sé. Pero el Señor dice: “No toquéis a mis ungidos, ni hagáis mal a mis profetas.”

Le digo:

—Pero yo no estoy tocando ni haciendo mal a nadie; al contrario, ya me iba. . .

Y añado la pregunta:

—¿Dónde dice “no toquéis a mis ungidos”?

—En la Biblia, pero no sé en qué parte. . .

Y le digo:

—Está en el Salmo 105:15. Pero observe bien el contexto, y se dará cuenta que se refiere a Abraham y a Sara, y no al tico ése que está remolineándose en el escenario.

* * *

El zambo, que en realidad era el “príncipe de los vigilantes”, confronta mis palabras en su Biblia y comenta:

—Es cierto lo que usted dice. ¿Y de dónde sabe usted tanto? Ya me daba cuenta de que usted no era un cualquiera. . .

Algo ufano le pregunto:

—¿Y por qué dice eso, ah?

—Porque veo que tienes en tu maletincito el sticker de COICOM 99, y además, tienes aires de militar. . .

Y le sonrío, diciendo:

—Nadie es un cualquiera en la viña del Señor. . .

* * *

El hombre se ablanda en grado sumo, y haciendo uso de su alta investidura, me invita:

—Si gusta, puede entrar de nuevo al templo. Yo mismo me encargo de que lo traten con el respeto y la consideración que usted se merece.

Le respondo:

—Muchas gracias. Pero le ruego me disculpe, porque debo retirarme. Ya se me hace tarde. . .

—Pero, ¿por qué se va, hermano? Por favor, quédese con nosotros. . .

Le respondo:

—Es que debo escribir una *short story* como tarea en la CBUP, y no quiero dejar pasar el tiempo, no sea que se me esfume la historia que acabo de derivar de mi visita a este cine, perdón, a este templo. . .

—¿Cebeupé? ¿Cebeupé? ¿Qué cosa es la Cebeupé?

—Es una universidad donde se estudia la Palabra de Dios en el nivel de la reflexión teológica.

Y me dice, sonriendo amablemente:

—¡Me me decía yo en mi corazón que usted no era un cualquiera!

* * *

Por fin apareció Soledad en la puerta del templo.

Estaba dichosa de haber visto que realmente acudí atendiendo a su amable invitación. Yo adivinaba qué preguntas me haría y estaba preparado de antemano para darle una respuesta honesta: “Sí, me parece bonita tu congregación, y quiero animarte a continuar asistiendo. Pero si observas algo que no concuerda con la Palabra de Dios, es prudente salir antes que sea demasiado tarde.”

Y sabiendo que estaba día y noche metida en ese lugar, creí que era mi responsabilidad hablarle, indirectamente, mediante una analogía:

—Nunca es bueno que pongas todos tus huevos en una sola canasta, porque si se te cae al suelo, se romperán todos. Es mejor que los distribuyas en varias canastas. . .

Ella entendió, y me motivó a decirle:

—Donde tu espíritu se sienta en casa, ese es el lugar donde debes estar. Dios no es sádico ni masoquista; él no quiere que nuestra iglesia local sea una constante tortura, sino el lugar donde se desarrolle nuestra identidad evangélica.

Y se me ocurrió decirle, como al Príncipe de los Vigilantes:

—Y ten siempre presente que en la viña del Señor, nadie es un cualquiera.

* * *

Quería hablar con Soledad de muchas cosas más, en un nivel de reflexión madura y sana.

Comentamos cómo se han venido produciendo los cambios en nuestra micro-cultura evangélica. En tiempos antiguos, nuestra condenación del baile era una de las cuatro columnas que sostenían toda nuestra infraestructura ética: “No tomarás. No fumarás. No bailarás. Y no irás al cine.” Pero desde que el cine se convirtió en iglesia evangélica, y el baile en culto a Dios, sólo nos quedan dos columnas: “No tomarás y no fumarás.” Pero en cuanto a tomar, contó el hermano Otto que en Alemania se da gracias a Dios en oración por el don de la cerveza, y se ora invocando la bendición del Señor sobre el balde o la jarra.

Yo me temo, que a este paso, los evangélicos terminemos fumando en el culto la Pipa de la Paz.

* * *

Entonces le cuento a mi Soledad algo que presencié en una iglesia en Estados Unidos:

El pastor pidió que en esa ocasión la ofrenda a Dios fuera en papel y en cash; nada de moneditas pequeñas.

Se recogió una gran pila de dólares y se los vertió sobre el púlpito, como si fuera sobre un altar.

Para demostrar que la ofrenda era para Dios, y no para el pastor, él se dispuso a prenderle fuego a la pira con su encendedor, para que todos los hermanos vieran con sus propios ojos que el humo de la ofrenda subía a Dios como olor grato, como en el altar del templo de Dios en Jerusalem.

Entonces la multitud empezó a gritar

—¡Noooo, please! It’s our bucks!

Y el pastor exclamó:

—Y yo que creía que era el holocausto del todo quemado al Señor.

* * *

Soledad y yo nos tomamos de la mano y nos fuimos a almorzar en el Restaurant Naturista “Shalom” en Jesús María. Era la primera vez que cenaríamos juntos fuera. Y a aquella maravillosa experiencia siguieron muchas más, y después de pocos meses recibimos la bendición matrimonial de parte del Pastor Bailón.

Cierto día, ya marido y mujer, caminamos abrazados por la Plazuela de San José que queda cerca del Restaurant Naturista “Shalom” en Jesús María, y nos sentamos en una banca para conversar y rememorar todo lo acontecido previamente.

Le hago ver que hay de todo en la viña del Señor, y que por más cambios que ocurran, la iglesia evangélica seguirá teniendo un remanente conservador, al cual no tenemos en absoluto derecho de faltarle el respeto.

Y le cuento la historia del Pastor Bailón, cuando una pareja de novios visitaron su oficina para recibir, como nosotros hicimos, consejería matrimonial.

El novio le pregunta al pastor:

—¿Y podemos hacer el amor encima de la mesa, en el comedor?

—¡Por supuesto! ¡No faltaba más!

—¿Y en el automóvil?

—¡Claro! ¡También allí! El sexo se ha hecho para disfrutarlo en santidad. . .

—¿Y a costados en el grass del jardín, a la luz del Sol?

—¡Por supuesto que sí! En el amor no hay temor. . .

—¿Y de pie?

* * *

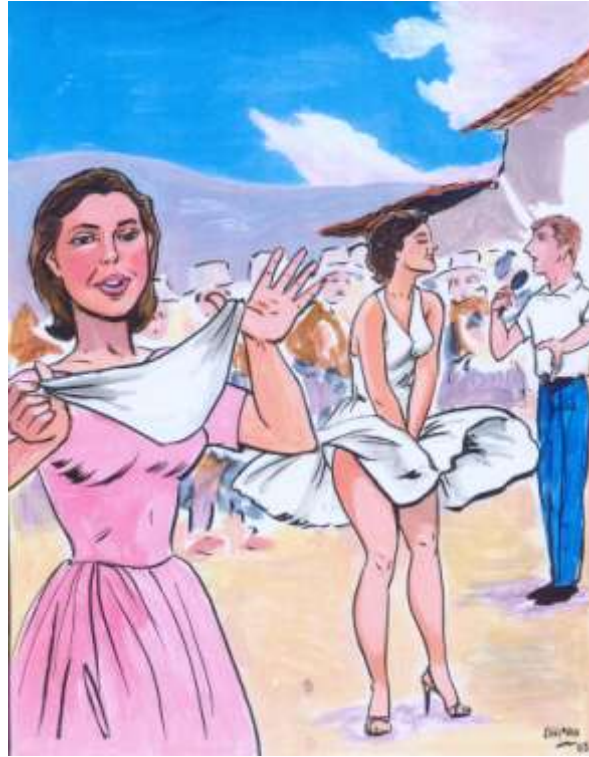
El Pastor Bailón se puso pálido y desconcertado. Y después de tragar su saliva, respondió desconcertadamente:

—¡Eso si que no, hermanos míos!

—¿Y por qué no, pastor Bailón?

—Porque parecerá que estáis bailando. . . ¡Y eso sería un mal testimonio que acarrearía la maldición de Satanás!

10 DON FASHI VENDECALZONES



Desde pequeño le llamaban “Misho” y “Fashique”, dizqué porque era zarco y zafasique, y vagaba por las calles de Celendín “nigua-nigua” y de sol a sol.

Siempre llevaba los pantalones flojos, que a cada rato se le zafaban, lo cual era un espectáculo para la chiquillada, y para él también. Pero supo solucionarlo de una vez por todas sujetando sus pantalones con una media nylon de mujer en lugar de cincho. Eso le facilitó jugar fútbol callejero con su pelota de trapo, su única ocupación.

Se cuenta que en pleno partido en la Plaza de Armas, el Sizo Pachazo se paró emocionado sobre una de las bancas de piedra que servían de arcos, y dándose las de narrador deportivo, gritaba a gran voz con las manos en boca para lograr el efecto de megáfono:

—¡Gooooooooool! ¡Goooooooooooooooool! ¡Goooooooooooooooooooooooool del Fashique!

* * *

Desde aquel entonces se quedó de “Fashique”, y a mí ni se me ha ocurrido enterarme de cómo se llamaba en realidad.

Ya siendo mayor le decían “Don Fashi”, pero a sus espaldas se referían a él con todas sus hierbas: “Don Fashi Vendecalzones”, porque dicen que se hizo millonario vendiendo calzones de mujer.

La historia no es así de simple. Los que le conocieron de muchacho le recuerdan cómo era desde que ingresó a la secundaria en el Colegio Javier Prado de la ciudad de Celendín.

Siendo un payaso nato, el Tícher (como llamaban al profesor de inglés) le llamó “Clown”, es decir, “Payaso”, que se pronuncia “cláun”, pero todos lo pronunciaban como “clon”. El era, pues, el Clon, en aquellos tiempos cuando nadie soñaba con que fuera posible la clonación genética.

En el colegio destacó por su habilidad artística. Pero aunque era hijo del escultor de la ciudad nunca le gustó retocar santos, vírgenes ni misterios. El pasaba el tiempo haciendo caricaturas de sus compañeros y profesores, captando siempre los rasgos que provocaban la carcajada. También practicó la escultura, y la única virgen que talló se convertiría en su mujer.

* * *

Cuando estaba en tercer año de secundaria, ingresó a primero su hija de don Sánchez, la Dorita, y el Fashi se quedó prendado de la mocosa.

Le hizo su retrato, mitad de memoria, mitad de reajo, y a la hora de la salida se lo entregó en un rollito de cartulina amarrado con una cinta azul.

Una cuadra más abajo, ella lo desenrolló y se quedó boquiabierta al verse atrapada en el papel.

De alguna manera el rollito llegó a poder de los Sánchez, y se quedaron maravillados de lo que veían sus ojos. Desde aquel día el Fashi no pudo pasar por la cuadra de ellos, aunque si lo hubiera hecho habría sido ovacionado por su tan celebrado don.

* * *

Tres años estuvieron juntos en el colegio.

Cuando él terminó la secundaria, ella terminó el tercer año, y ya se los conocía como una pareja de tortolitos en medio de los cuales no cabía entrometerse a riesgo de que te parta un rayo.

Pero aparte de sus dibujos y esculturas, lo que más le gustaba a ella eran sus payasadas y cuando hacía el ridículo por amor. Ella solía decir: “No hay hombre que valga más en la vida que el que es capaz de hacer reír a su mujer.”

Al terminar la secundaria, el Fashi viajó a Lima para sus estudios superiores. La carrera de medicina le parecía larga y costosa. Y en vista de sus sueños y planes inmediatos, escogió Bellas Artes. No faltaban los que le decían que para ganarse la vida eso no servía, pero resultaron estar muy equivocados.

* * *

Cuando la Dorita terminó la secundaria, él terminó su segundo año en la Escuela de Bellas Artes, y en las vacaciones de fin de año se hizo cargo del taller de su padre en Celendín. Así tuvo tiempo de sobra para practicar la escultura en madera, actuando la Dorita como su modelo particular. La convenció hablándole maravillas de las preciosas chicas limeñas que se desnudan en la Escuela de Bellas Artes ante la mirada de los genios del pincel, que por el solo hecho de ser miradas artísticamente se convertían en grandes artistas ellas también.

Se propuso reproducir en madera a la ponderada Marilyn Monroe, lanzándole su clásico y sensual beso volado y cubriendo sus muslos con su falda a la cual sostiene con sus manos para que no sea levantada por el viento juguetón que supuestamente le agarró desprevenida y. . . ¡sin calzón!

Esculpió a la mujer de tamaño natural, pues desde ya abrigaba la idea de fundar una empresa de “Maniquies Personalizados”, parecidos a una u otra belleza de la vida real. Eso atraería la mirada y el interés de mujeres y hombres en un motivador mercado.

Su maniquí de la Monroe debería ser desarmable y transportable, sin que se vieran las espigas y los puntos de unión de sus piezas. El reto era que pareciera real y que nada echara a perder la fantasía. Pero cuando estaba a punto de tallar los rasgos de la cara, tuvo que regresar a Lima, y el maniquí se quedó arrumado en el taller.

* * *

Después que el Fashi terminó en la Escuela de Bellas Artes empezó lo serio. No hallaba trabajo en ningún lugar, y ya la Dorita estaba esperando un bebé.

De todas maneras lo obligaron a casarse, porque el bebé tenía que nacer con apellido y en un hogar respetable. Entonces volvió a revivir con él, con mayor intensidad el sueño de ser dueño de “Maniquies Personalizados S.A.” que para nada se parecían a los maniqués anoréxicos de fábrica. Pero averiguando bien las cosas, los maniqués anoréxicos salían costando mucho menos y eran fabricados en serie. Así que, entristecido, de nuevo tuvo que desistir.

La desesperación era grande, porque la barriguita de la muchacha ya se hacía notar y los gastos no se harían esperar. En estas circunstancias pensó dedicarse al comercio. ¿Acaso no les había dado resultados a tantas generaciones en Celendín?

El comercio siempre dará buenos resultados a quienes no abusan de la gente, sino que les instruyen, les sirven y les regalan un poquito de felicidad.

* * *

El Fashi conversó con Dorita acerca de su plan de surtir la demanda de productos, llevándolos al mismo entorno del consumidor aprovechando las ferias patronales, la Navidad, los Carnavales. Esto no era nada novedoso; pero su pequeña empresa sería diseñada con criterios técnicos de mercado y estudios de factibilidad.

En los estudios preliminares, Dorita demostró eficiencia para armar un banco de datos. En los primeros meses se las pasaron entrevistando a muchos en la provincia para completar un cuadro de fechas patronales, distancias, clima, tiempo y hasta detalles tan

minuciosos como los nombres de las chicas casaderas, de los gendarmes más platudos y de las autoridades de cada localidad.

Pero, ¿a qué rubro dedicarse en particular?

El Fashi aun no tenía una idea clara, y sus ideas daban bote como pelotita de yaz. Por cierto, no podían dedicarse a vender de todo, debido a las dificultades del transporte de mercaderías, que era entonces a lomo de mula. Además, contaban con un escaso presupuesto. Tenían, pues, que optar por un solo rubro, en el cual no tuvieran competencia, al menos al comienzo.

* * *

En un golpe de gloria se le ocurrió a la Dorita decir:

—¡Lencería!

El Fashi dijo:

—¿Lence qué?

La Dorita le explicó:

—Prendas íntimas; ropa interior femenina.

El Fashi inquirió:

—¿Calzones? ¿Crees que vamos a vivir vendiendo calzones cuando por esos caseríos ni siquiera se ponen calzón?

Ella le dijo:

—¡No exageres! Aun si así fuera, ¡tú les vas a enseñar a usarlos! No hay que esperar que las mujeres del campo busquen su ropa interior con timidez, y muchas veces sin poderla encontrar. ¡Hay que metérsela por sus ojos! Hay que animarlas para que aprovechen la oportunidad de comprar para el diario y para las fiestas de guardar.

* * *

Empezaron a fantasear.

La Dorita diseñaría los aspectos de su empresa, pero necesitaba de la “fuerza bruta”, es decir, del Fashi. Era imprescindible la presencia de un hombre que sirviera, masque sea, “de respeto”. ¡Y quién mejor que su propio marido, que además, podría atraer a las mujeres y hacerles reír haciendo el ridículo!

Para convencerlo, le decía:

—¡Aunque no compren, Fashi! Con tal de que se rían de vos. . . No se gana, pero se goza.

El corazón de la joven pareja empezó a funcionar a ciento por hora, y cada nueva y genial ideota era bienvenida y festejada con un acto de amor.

En esas circuntancias el Fashi tuvo la idea de terminar el maniquí personalizado de la Marilyn Monroe que estaba arrumado en su taller.

Entonces exclamó:

—¡El maniquí! ¡Nada se ha echado a perder!

Ella le dijo:

—Sólo hay un problema: Por estas rangras, nadie, absolutamente nadie sabe quién es esa bendita Marilyn Monroe.

* * *

La Dorita tenía razón. Por eso el Fashi decidió terminar el maniquí esculpiendo las facciones de su propia mujer. La cabellera ya no sería rubia platinada, como la de la Monroe, sino negra, como de la Dorita. Y el color de su piel también sería la más exacta aproximación de la piel canela de ella. Por aquella serranías, su mujer sería mas bella, más sexy, más admirada y más deseada que la propia Marilyn.

Una vez acabado, el marcado parecido aun en la ropa eventual de Dorita y el maniquí llamaría la atención y produciría las ansiadas ventas.

¡Y acertaron!

Pocos años andarían con su maniquí a cuestas por todos los distritos de Celendín, de Bolívar, de Chachapoyas y Leymebamba. Donde no había carretera, el maniquí, debidamente embalado, era llevado sobre una mula mansa. Sería reparado y retocado continuamente en el taller para que luciera nueva y radiante.

Su deterioro irreparable coincidió con la pérdida gradual de su interés por el aspecto del show, pero el negocio estaba bien cimentado sobre fundamentos de servicio, respeto, honestidad y oportunidad.

* * *

Pero nos interesa, casualmente, enfocar las primeras fases de la empresa, porque son las que se convirtieron en leyenda. Por ejemplo, cuando incluyeron en el show el acto de “el Salón de Belleza EL TUFO”, con la actuación estelar de su hijo mayor, misho y grajiento como su padre.

El objetivo era atraer a las muchachas, y qué mejor manera que hacerlas reír que con las cosas que les harían a los muchachos.

Se implementó un servicio de peluquería gratis para caballeros. El salón de belleza se reducía a un cajón o un balde boca abajo que servía de asiento. El espejo era un pedazo de espejo que el cliente sostenía con sus propias manos, en el extremo de sus brazos estirados. El corte de pelo era bien hecho, y se terminaba el servicio gratuito con una desinfección realizada de la siguiente manera: El peluquero tomaba un buen trago de aguardiente y lo soplaba para pulverizarlo por encima de la nuca y las orejas del cliente.

El que menos hacía cola para ser el siguiente cliente, y las muchachas hacían su parte sin ser solicitadas, llevando a sus enamorados para ser peluqueados en ¡el Salón de Belleza EL TUFO!

* * *

Los primeros en ser atraídos a su convocatoria eran los mocosos, entre risa y risa.

Las muchachas se paraban de lejos y se reían de sus payasadas, cubriéndose la boca con sus dedos o chucándose a medias con su pañolón.

Las señoras no osaban acercarse, y si alguna lo hacía, era sólo para examinar un haberito que después se iba sin comprar.

—¿Y diay?

—Daba la impresión de que sólo anhelaba divertir y hacer reír, con gran satisfacción personal. Pero en la tienda que alquilaban para los días de fiesta, las ventas se producían hasta pasada la media noche. El stock estaba desplegado allí en su integridad.

La gente sabía que tenían poco plazo hasta de que el Fashi embalara sus cajas y se marchara con su música a otra parte. Por tanto, valía la pena, vender el carnero o el coche, de ser posible anticipándose a su llegada que solía ser anunciada con bombos y platillos.

* * *

Con el micrófono siempre pegado a su boca el Fashi convocaba al público diciéndoles:

—¡Acérquense mamacitas, niñitas, señoritas, señoras, también ustedes suegritas! ¡Acérquense para examinar con ojo clínico el último grito de la moda en lencería: Baby dolls para una inolvidable noche de amor y una dulce luna de miel, calzoncitos para niñas pequeñas y para chicas adolescentes, pantaloncitos calientes, sostenes perfumados, ropa de baño, y para las damas conservadoras. . . ¡calzones conservadores! —Y squé levantaba en alto un enorme calzón de payaso, sobrecargado de bombachas y de parches de colores chirriantes—. Ese era un toque de humor que a todos gustaba.

—¡Ya me decía mi abuelo, que para venderles algo a las mujeres, primero hay que hacerles reír, hasta que la risa les impida distinguir el valor de las cosas!

* * *

Los que lo conocieron en sus días de gloria cuentan que el show del Fashi Vendecalzones empezaba cuando hacía parar su maniquí en una pequeña base de madera sobre el piso en un lugar despejado de la plaza de armas, al son de la música de una vitrola, ampliada por un parlante.

Llamaba mucho la atención el parecido de la Dorita y el maniquí (llamado “la Morenita”), pues la Dorita llevaba un vestido igual al del maniquí, y se suponía que también su calzón era del mismo color.

De que esto ayudaba a vender calzones y otra parafernalia, ¡no lo dudes! Pero las ventas no se harían al aire libre, en la plaza, sino en una tienda especialmente decorada, a la cual acudían luego todos en procesión, inquietos por curiosear sus ofertas especiales. Y la tienda estaba abierta hasta las altas horas de la noche, iluminada por una poderosa lámpara Petromax, que iluminaba las tinieblas de la aldea.

La atención era amable y expedita. Había consejería personal gratuita en la cual se lucía la sabiduría de Dorita. Ella sabía adaptar a las circunstancias ingeniosas ideas tomadas de su pila de revistas de *Labores del Hogar*, *Vanidades*, *Cosmopolitan*, e incluso de *Selecciones del Readers' Digest*.

A todo esto, el Fashi añadió cuentos pornográficos mimeografiados, entresacados de su libro, *El Decamerón*, que él presentaba en público como escrito por “San Giovanni Bocaccio” (pronúnciese: San Giovanni Bocacho). Estos cuentos no venían solos, sino formando un todo con un catálogo de ofertas impreso a mimeógrafo.

* * *

Cierta vez, en Sucre, el show y la música en la plaza duraron casi nada, porque pronto dismantelaron el stand, y dos estancieros cargaron el maniquí sobre andas y en procesión lo llevaron hasta la tienda alquilada de don Uladislau, acompañada por un gran número de fieles abrebocas.

En los días de feria las ventas ocurrían mayormente de noche, pues hasta tarde su tienda estaba iluminada por dos poderosas lámparas petromax. Era el único lugar que contaba con luz “bien quipichada”; el resto del pueblo estaba a oscuras.

Allí acudían las mujeres, que eran atendidas por doña Dorita; y algunos hombres curiosos eran atendidos por el Fashi, ya sea en la tienda misma o a la vuelta de la esquina.

Hasta las mujeres se llenaban de valor para llevarse lindas cajitas de condones, antes de morir de vergüenza preguntando en vano por “unito” en alguna botica de Celendín.

Debajo de su poncho, el Fashi llevaba el más surtido stock.

* * *

¡Qué difícil fue al principio la modalidad! Pero la gente les llegó a apreciar por su deseo sincero de ayudar a vivir.

Nadie pudo imitarlos. Lo único que pudo frenarlos fue el irreparable deterioro del maniquí.

En las horas del día ofrecían consejería matrimonial GRATIS. Ambos referían su filosofía de la vida y su dinámico concepto del servicio con sus palabras que han confrontado a su generación: “El que sirve, sirve; y el que no sirve, no sirve.”

—Y eso, ¿qué significa?

—Que el que presta un servicio valioso es quien realmente vale.

* * *

Nunca abusaron con los precios; por eso su demanda fue siempre en aumento. Dicen que su riqueza creció de la noche a la mañana, como por arte de magia. Se cuenta que su plata superaba a la de los narcos, porque no gastaban en guardaespaldas, ni andaban escondiéndose para librar su vida. Dada la celeridad de su éxito financiero, su fortuna podría haber sido aun mayor que la de Don Augusto Gil.

Nunca sintieron repulsa por su apodo de “Vendecalzones”; no lo tomaban a mal.

Pocos años trabajaron juntos, de esta manera. En los últimos años los que viajaban eran sus dependientes, a quienes prácticamente habían criado.

En cada fiesta patronal había expectativa por su caravana de mulas, y la gente salía a ver su entrada al pueblo con bombos y platillos. Hasta los niños anhelaban que para la fiesta vendría Don Fashi, y los ricachos los buscaban en su casa en la calle del Comercio

para satisfacer fantasías fuera de lo común. Así parece haberse originado el proverbio que dice: “Si Dios quiere y vuelve Don Fashi.”

A doña Dorita y al Fashi se les podría considerar con toda justicia como filántropos, y gracias a ellos dos disminuyeron notablemente los nacimientos no deseados, y se incrementó el amor de las parejas con el solo ejemplo de su creativa fidelidad conyugal.

Uno que otro cura de mentalidad retrógrada los atacaba en sus homilías, pero la gente los quería y los esperaba, y los defendían y alentaban.

* * *

El negocio de lencería se amplió para incluir otros productos no perecibles y fáciles de transportar, de gran demanda a causa de estimular la fantasía y el amor: Sostenes, perfumes (como Orgía Turca), joyas de fantasía, regalos para enamorados, roca interior para caballeros, condones en gruesas, tónicos afrodisíacos, libros del Kama Sutra ilustrados a todo color, cámaras fotográficas, rollos de película, toallitas sanitarias, folletos sobre el control de la natalidad, chupones, biberones, pañales, sonajas, peluches perfumados para dormir con ellos y soñar con los angelitos, y juguetería en general.

A todos los que visitaban su exhibición les proveían de catálogos de ofertas impresos en mimeógrafo (listas y precios), que si no servían para vender, al menos servían como ameno material de lectura en aquellos rincones a donde nunca llegaba el periódico y cualquier material de lectura era devorado enseguida. Todavía hay gente que conserva los “catálogos de Don Fashi”, como antigüedades y objetos de colección.

Si no hubiera sido por Don Fashi nadie hubiera conocido en esos tiempos en Celendín esa maravilla de los pañales descartables que echaron por los suelos el concepto de que “el amor viene en un mismo paquete con la caca”.

Para un vestido de novia al alcance de todas las posibilidades no se podía pensar sino en recurrir a “La Casa de los Maniqués” en la calle del Comercio, en el centro de la ciudad.

¡A cuántas mujeres no habrá hecho dichosas Don Fashi Vendecalzones!

* * *

Cuando regresaban a casa después de una larga gira, su stock se había reducido considerablemente, y muchas veces lo único que llevaban de vuelta era “la Morenita”, como llamaban al maniquí, porque la música de fondo del show siempre era:

*¡Quiéreme, bésame, morenita,
que me estoy muriendo
por esa boquita
tan jugosa y fresca,
tan coloradita!*

11 EL CALZONOLOGO DE CELENDIN

En nuestra historia “Don Fashi Vendecalzones” nos referimos a una ingeniosa y próspera empresa diseñada por una pareja de jóvenes celendinos: Doña Dorita Sánchez y Don Fashi Vendecalzones.

Un stock de mercadería transportable, en esos tiempos mediante caravanas con recuas de mulas, no era novedad. Lo que era novedad era el rubro, que tenía el potencial de llenar los días tediosos de la población una vez pasada la bulla de las fiestas patronales. ¡Quién podría imaginarse que todo empezó con unos cuantos calzones!

Hasta donde hemos podido averiguar, jamás hubo quien pudiera haberles hecho la competencia, porque las mujeres le esperaban sólo a él, de año en año y de fiesta en fiesta. Ellas ahorran su platita para dárselo sólo a él. Es que se lo tenía bien merecido por su trato digno y su humor sano, y porque lo que más les gusta a las mujeres es que las hagan reír.

* * *

El Fashi Vendecalzones se presentaba a sí mismo como experto “calzonólogo”, graduado de “calzonología” en la Underwear University of Chicago.

A la gente que se agolpaba alrededor de él y de su maniquí en el centro de la plaza les aseguraba que su intención no era venderles algo, sino promover la cultura general a nombre de la Underwear University. Y para los que pudiesen dudar de su acreditada especialidad, eso decía su *business card*, que repartía gratis a todos cuantos le rodeaban, sin distinción.

Se presentaba, modestia aparte, como el único “catredrático” de calzonología en el Perú. Y aunque por aquellas frías serranías nadie le compraría un traje de baño, el Fashi tenía una colección de estas prendas seductoras sólo para divertir al público con su “Historia Ilustrada del Calzón”.

Con un poster desplegado sobre una pizarra pequeña y una vara de lloque como señalador, él exponía con lujo de detalles la evolución de la ropa de baño en el mundo occidental, desde la que cubría los talones hasta la más osada de dos piezas. —En esos días todavía no se había inventado ni la tanga, ni el invisible hilo dental—.

El se esmeraba en convencer a las estancieras de que tales prendas no sólo se podían lucir en la costa, en las exclusivas playas como la de Agua Dulce, sino también en Oxamarca y Choctapampa, siempre y cuando salga a contemplarlas el Sol.

* * *

Acto seguido repartía gratis unas pocas hojas mimeografiadas que contenían la síntesis de su tan divertida conferencia de calzonología, o cuentos cuya lectura era la delicia de su público.

Investigando estos hechos he encontrado que en su mayoría los copiaba de un libro intitulado *El Decamerón*, por Giovanni Boccacchio, escrito originalmente en italiano en el Siglo 14. El Fashi los imprimía en mimeógrafo en hojas sueltas, algunas veces parafraseando sus palabras en su vernacular shilico.

He encontrado gente que todavía conserva esos papeluchos mapiosos, llenos de dobleces a causa de su reiterada lectura. Y todo se explica porque en aquellas estancias eran el único material de lectura, aparte de las Biblias de los adventistas.

* * *

Uno de esos cuentos se hizo muy popular en Oxamarca, Sucre, Huacapampa y Jorge Chávez. Lleva como título, “El infierno de Alibech” y trata de una chica árabe muy bella que pertenecía a una familia musulmana que vivía en la ciudad de Capsa, en tiempos de la Edad Media, cuando se hicieron famosos algunos monjes ermitaños por su piedad y su santidad.

Así de hermosa, la muchacha era muy inquieta por los asuntos de la religión, cosa que también se puede explicar por pertenecer a aquellos tiempos que llevan la impronta de una marcada religiosidad popular.

De tanto escuchar acerca de la piedad y de la santidad bienaventurada de los cristianos, se le metió en la cabeza alcanzar, ella también, ese alto sitio.

Indagando cómo conocer los secretos y el camino que conduce a la santidad, alguien le dijo que sólo podría encontrar la respuesta entre los santos ermitaños que se refugiaban en las soledades del desierto para llevar una vida de mística contemplación. Si alguien sabía cómo alcanzar la santidad, sin duda sería uno de ellos.

Tras obtener esta respuesta, ella se fue adentrando en el desierto, al ser referida a uno y a otro ermitaño de quien se creía que había alcanzado la verdadera santidad.

* * *

Un ermitaño que estaba refundido en lo más recóndito del desierto se llamaba Rústico, que no sabemos por qué causas no alcanzó ni siquiera la beatificación, a pesar de sus proezas espirituales tan bien documentadas en la literatura de su tiempo.

Se cuenta que Rústico, queriendo poner a prueba su firmeza en la fe, no remitió a Alibech a algún otro ermitaño, sino que la retuvo en su cueva. Pero en la noche no tardaron en asediarle las tentaciones, hasta que finalmente se declaró vencido y comenzó a poner los ojos en la juventud de Alibech, en la frescura de su cutis, en la vivacidad de sus ojos y en sus demás encantos.

Comenzó a probarla con ciertas preguntitas de rigor, y llegó a saber que era tan ingenua que no tenía la menor idea del mal. Así se dispuso a inducirla a acomodarse a su gusto, so pretexto del servicio de Dios.

Con abundancia de palabras empezó a enseñarle cuán grande enemigo de Dios y de la santidad es el Shapingo, y que la obra más meritoria que podían hacer los verdaderos

cristianos era meterlo y volverlo a meter en el mismísimo infierno, que es el lugar al que está condenado porque se lo tiene bien merecido.

* * *

Alibech le escuchó con suma atención y le preguntó cómo es que se lo metía al Shapingo al infierno. Y el hermano Rústico le respondió:

—Vas a saberlo en seguida si haces lo que me ves hacer a mí.

Dicho esto empezó a quitarse las pocas ropas que llevaba puestas, quedando del todo sipralla —una especie de *strip-tease* monástico—.

Alibech lo imitó en seguida, haciendo lo suyo propio, y asustada le preguntó:

—Padre, ¿qué es eso que sale de ti con tanta fuerza?

El ermitaño respondió:

—Esto, hija mía, es el Shapingo del que te he hablado y que me está causando un tormento infernal.

La muchacha le dijo:

—¡Loado sea Dios, porque yo no tengo ese Shapingo!

—Verdad es —respondió Rústico—, pero en cambio tienes otra cosa que no tengo yo.

—¿Cuál es? —preguntó Alibech—.

—¡El infierno! —dijo Rústico—, y creo que Dios te ha traído aquí para la salvación de mi alma y de tu alma, pues si este demonio sigue atormentándome, y tú consientes en meterlo en tu infierno, me darás un gran consuelo y cumplirás con tu vocación que te ha traído a este lugar.

Ella respondió ingenuamente:

—Si es así, padre mío. . . ¡metedlo cuando gustéis!

El Shapingo le llegó a gustar tanto a la Alibech, que cuando transcurría algún tiempo sin meterlo en su infierno, ella le decía al hermano Rústico:

—Padre mío, ¿acaso vuestro celo decrece? Pensad que no he venido aquí para estar ociosa en las cosas de la fe y de la santidad. Si tu Shapingo está tan contrito y humillado, y ya no te da fastidio, ¡a mí, en cambio, mi infierno ya no me deja en paz!

* * *

Las escenas y diálogos de ingenuidad y morbo no tenían fin en cuentitos como éste que incluía Don Fashi en su “Catálogo de Ofertas”, que más que el almanaque Bristol era uno de los manjares apetecidos de sus visitas en las fiestas patronales a un determinado caserío o ciudad.

La gente pensaba que de él procedía tanto derroche de ingenio, pero Doña Dorita ha sido muy amable al mostrarme su grueso y trajinado volumen de *El Decamerón*, a cuyo autor él canonizaba a cuenta propia llamándolo “San Giovanni Boccaccio” (pronúnciese “Boccacho”).

No ha sido una tarea fácil documentar las copias existentes del catálogo “Don Fashi Vendecalzones” y sus cuentos adjuntos, para estudiar sus cláusulas shilicas que les dieron un éxito asegurado.

Los cuentos gustaban por el extremo de la ingenuidad y no tanto por las aventuras amorosas de los curas y frailes. Veamos las cosas desde una perspectiva antropológica y sociológica, sin morbo ni ofensa: En esos tiempos de oscurantismo de la Edad Media, los hombres acreditados de la Santa Madre Iglesia eran más listos e instruidos que el común de la gente.

* * *

Otro de esos cuentos de San Giovanni Boccaccio se intitula “El purgatorio de Ferondo”, que hace buena pareja con el “El infierno de Alibech”.

El tal Ferondo, después de beber ciertos polvos azules disueltos en su vaso de vino que le diera un fraile, quedó profundamente dormido, como si estuviera muerto. Así las cosas, fue enterrado con todos los honores del caso, en los mismos predios de la iglesia.

Inmediatamente, el fraile, que era amante de su mujer, lo saca de su tumba y lo mantiene encerrado dentro de un calabozo oscuro, haciéndole creer que es el purgatorio. Finalmente, “lo resucita” para que se encargase de mantener al hijo que su mujer había concebido del fraile mientras el tal Ferondo cumplía su penitencia en el purgatorio.

* * *

Otro cuento que gustaba mucho tenía como título, “El confesor complaciente sin saberlo”.

Trata de una mujer enamorada que, a un fraile piadoso que a la vez era confesor y consejero del hombre a quien amaba, lo convierte en mediador involuntario de sus ardientes deseos recurriendo al secreto de la confesión.

Llorando amargamente ante el fraile, la mujer acusaba a su hombre de mancillar su honor, confesándole que por evitarle ahora tiene que refugiarse en la casa de su prima.

Acto seguido, el buen fraile manda llamar al galán y le dice: “Por tu culpa, ahora ella se refugia en la casa de su prima.”

De esta manera el galán se informaba en dónde ella le esperaría para pasar la noche juntos.

Y cosas como ésta se repetían sin tregua en el confesionario, sin que el buen fraile se diera cuenta.

* * *

Otro cuento trataba de las aventuras de un tal Masetto de Lamporecchio.

Este hombre, fingiéndose mudo, llegó a hacerse contratar como jardinero en un convento de monjas. Y en este santo lugar llegó a tener tantas aventuras de sexo e intriga, que para sobrevivir, el pobre termina organizando a las monjas en una Lista de Prioridades, a la cabeza de la cual tuvo que poner a la madre Abadesa, rectora del convento.

El desgaste ocasionó que Masetto llegara a recuperar el habla hasta el extremo de hablar en lenguas, y que finalmente saliera del convento con muchos regalos y buena fortuna.

* * *

Te aseguro que te deleitarás con otros cuentos de curas como el que se intitula “La pluma del Arcángel San Gabriel”, que dizqué conservaba cierto monje en su colección de reliquias que exhibía para sacar jugosas ofrendas de los fieles sonsos que pagaban para ver. San Giovanni Boccaccio dice que en realidad sus reliquias eran una colección de sonseras, como plumas, carbones, troncos, pomitos, y cosas por el estilo.

Otro cuento tiene por título “Cornudo y dichoso”, y muestra que el apelativo “cornudo” es tan antiguo como el mismo *Decamerón*.

La lectura de estos cuentos ha sido para mí de mucha bendición, y te puedo recomendar los siguientes, que también difundió Don Fashi:

Uno buenazo es “El ruiseñor de Catalina”.

Otro se intitula “Noche de equivocaciones”.

Otro tiene por título “La yegua encantada”.

* * *

Gran parte del éxito de Don Fashi se debió a la ingeniosa combinación de comercio y *show business*.

Nunca les faltó un sketch humorístico bien representado, en los cuales tuvieron un espacio bien ganado sus dos hijos adolescentes, los Mishos (Ver nuestra historia, “La complementación de los Mishos”).

Otra tajada del éxito tiene que ver con la constancia, con la exactitud, con la oportunidad, con el servicio que prestaban a la población en general, conforme a su filosofía de la vida que se resume en su dicho: “El que sirve, sirve; y el que no sirve, no sirve.” No es, pues, de sorprenderse que surgiera un dicho en la provincia: “Si Dios quiere y al año vuelve Don Fashi.”

Al Fashi y a Doña Dorita, se les podría considerar, con toda justicia, filántropos y benefactores. Gracias a ellos disminuyeron considerablemente los nacimientos no deseados, y se incrementó el amor entre las parejas con el solo ejemplo de su creativa fidelidad conyugal.

12 LA COMPLEMENTACION DE LOS MISHOS

Quien haya tenido la ocasión de leer nuestras historias acerca de Don Fashi Vendecalzones y de los “cuentitos” que difundía mediante sus “catálogos de novedades” en sus visitas a diversas poblaciones de la provincia de Celendín con ocasión de las fiestas patronales, sacará mayor provecho de su lectura de la presente historia que es en realidad continuación de las anteriores.

“Los Mishos” son los dos hijos de Don Fashi y Doña Dorita Sánchez. Su apelativo familiar los identifica en su parecido con su padre, que también era llamado “Misho” por sus ojos de gato. Ambos afloran esporádicamente en las historias anteriores, porque sus padres no los llevaban en sus giras en las festividades patronales, como los chicos tanto querían. Ellos tenían que quedarse en casa con la abuela, porque tenían que asistir al colegio. Sus padres querían otro futuro para ambos; de ninguna manera querían que fueran continuadores de las actividades que ellos desarrollaban para sacar adelante su empresa familiar.

Pero atendiendo a los lloriqueos de los Mishos, ellos fueron incluidos en algunas giras a lugares cercanos, siempre y cuando se comprometieran a trabajar como todos los miembros de la caravana en lo que ellos mismos escogieran.

* * *

Los Mishos no aparecen en los primeros momentos de la empresa, cuando la caravana llevaba consigo a cuestras el maniquí de la Morenita. Ellos aparecen en una segunda fase, cuando el show de la Morenita fue remplazado, por iniciativa, justamente de ellos, por *sketches* cómicos en la vía pública. Tras la presentación de los *sketches*, los Mishos y su séquito de abrebocas se dirigían a la tienda alquilada y previamente implementada, que era el lugar a donde acudía la gente para apreciar las novedades de ocasión.

En esa segunda fase, en los días de feria las ventas ocurrían también de noche. Hasta muy tarde la tienda estaba iluminada con dos poderosas lámparas petromax. Era el único lugar en el pueblo que contaba con una luz “bien quipichada”. El resto del pueblo estaba a oscuras.

A la tienda acudían las muchachas con sus amigas. Algunos hombres que se hacían los curiosos también eran bien atendidos por Don Fashi en la tienda misma, a la vuelta de la esquina o en la plaza, dondequiera le fuera más cómodo al cliente.

Hasta las mujeres se llenaban de valor para solicitar condones al por mayor, antes de morirse de vergüenza y de ganas por conseguir “unito” en alguna botica de Celendín. Debajo de su poncho, Don Fashi llevaba el más surtido stock.

En las horas del día se ofrecía una especie de “consejería matrimonial”, e incluso “confesión sacerdotal”. Ambos, Doña Dorita y Don Fashi, resumían su filosofía de la vida

y su concepto del servicio con estas palabras: “El que sirve, sirve; y el que no sirve, no sirve.”

—¿Y eso qué significa?

—Que el que presta un servicio valioso es la persona que vale.

* * *

Por muchos años Doña Dorita y Don Fashi trabajaron juntos en las giras. En los últimos años, los que viajaban eran sus dependientes, gente fiel y digna a quienes ellos habían formado en los negocios, como Don Porfirio Aliaga, que aprendió de ellos la ciencia y arte del comercio vital.

Pero ellos dos seguían monitoreando el movimiento de su empresa desde su casa en la calle del Comercio, en Celendín, conocida por la gente como “la Casa de los Maniqués”, que no era una tienda, y menos tenía letrero. Más bien, era una factoría pequeña y un depósito que surtía todo lo que se requería en las giras.

Le llamaban “la Casa de los Maniqués” por los maniqués que había allí y que servían para la confección de vestidos de novia, al gusto de los estancieros y de la burguesía local.

En la última fase de la empresa, la pareja se estableció con sus Mishos en Trujillo, donde tuvieron un surtido bazar en el Jirón Pizarro, a sólo dos cuadras de la Plaza de Armas. Dicho bazar se anticipó en el tiempo a los modernos *mini-markets* porque tenía desplegados a la vista del público y al alcance de sus manos, todos los productos que se ofrecían en un catálogo, de modo que el cliente no tenía que indagar por ellos.

Ese “catálogo” nos hace recordar sus “Catálogos de Novedades” que refiere la historia sobre “Los cuentitos de Don Fashi”.

* * *

Pero volvamos a los Mishos, que en su infancia afloran esporádicamente en la historia, cuando la madre todavía participaba en las giras.

Los Mishos habían heredado el buen humor y la apariencia de maniquí anoréxico de Don Fashi, especialmente el mayor. Por eso en el colegio los llamaban “los Clones”, porque parecían hechos de células-madre por la vía de la clonación. Pero individualmente eran “el Beto” (o “el Betoven”) y “el Nando”.

—¿Y por qué le llamaban Betoven al Alberto? ¿Habría sido por su afición a la música?

—No. Le llamaban así porque era el primogénito de Don Fashi Vendecalzones.

—No veo la conexión. . .

—La conexión es “Beto” de Alberto y “Ven” de Vendecalzones, pué.

Como dije, a ellos no los querían llevar sus padres en las giras, a causa de la escuela y el colegio. Cuando partía la caravana de la Casa de los Maniqués, ellos se quedaban garrando, no de pena, sino de rabia.

De más grandecitos los llevaron a lugares cercanos, como Llangat, a su fiesta del Taita Sheba, el 20 de enero; y a Sucre, a su fiesta del Taita Ishico, el 15 de mayo, que cayó en fin de semana. Y varias veces a Poyunte, a ver a la Canduchita.

Pero cuando el Betoven estaba en quinto año de secundaria y el Nando en cuarto, el año en que el hombre llegó por primera vez a la Luna, los llevaron a Oxamarca, a su fiesta del Taita Agucho, el 28 de agosto. A tanta insistencia, Don Fashi los tuvo que hacer faltar del colegio. Prácticamente se trataba de una segunda vacación de medio año, que ningún mocoso se merece en la vida, por bueno que sea.

* * *

Fue en Oxamarca que el Betoven se lució con su sketch intitulado “Salón de Belleza EL TUFO”.

Se cuenta que al mocoso se le ocurrió abrir su propio negocio en Celendín: Una peluquería al alcance de su bolsillo del Lagañoso.

Su local era la vía pública.

El letrero estaba hecho con tiza sobre la vereda encementada.

La tusada era “de lujo”, aunque el precio era ridículo.

El asiento era un balde puesto boca abajo.

El espejo “para mirarse la majoma” era un pedazo de espejo sacado del zanjón, que el cliente sostenía con sus manos extendiendo sus brazos lo más que podía.

Al final, el peluquero tomaba y removía en su boca un gran trago de aguardiente de Mamaj y lo soplabá sobre la nuca y las patillas del cliente para desinfectarlo en el más pulcro estilo del Brujo Huachano.

Esta noble iniciativa para ganarse la vida, fue convertida en un aplaudido sketch en esa gira a Oxamarca. ¡A cual más forcejeaban los poncherejos para merecer una tusada gratis! Porque en Oxamarca el servicio fue gratuito, conforme a la filosofía de la vida de Don Fashi, que se resume en las palabras: “No se gana pero se goza.”

Por su lado, el Nando estaría a cargo de la Caja, es decir, de la caja chica, o mejor dicho, de las cajas, porque a él le hacían cargar las cajas de mercadería de arriba abajo y de abajo arriba.

* * *

En Trujillo, Don Fashi y Doña Dorita se acordaban con nostalgia de aquellos tiempos, y les embargaba cierto pesar por haber descuidado a su Beto, que nació en los momentos más ajetreados. Pensaban que su ausencia en la casa era la causa para que el muchacho no fuera buen alumno en el colegio, y desde pequeño perdía tiempo en las jaranas. Era tan bueno con la guitarra y el acordeón que lo invitaban a todos los cumpleaños, y para comprometer su asistencia le daban dinero adelantado, cosa que les envenenaba la sangre a sus padres.

Su padre le reconvino muchas veces por flojear en los estudios, pero el Beto respondía con el pretexto de “me duele la cabeza cuando me pongo a estudiar”.

El Nando tenía magnífico ejemplo en el Beto. Pero así de vagos, los Mishos ingresaron a la universidad en el primer intento, el Nando en Trujillo y el Beto en la Universidad Nacional de Ingeniería (UNI), en Lima, lo cual colmó de alegría a sus padres que anhelaban que sus hijos fueran doctor o ingeniero, y no mercachifles como ellos.

* * *

En aquella inolvidable gira en Oxamarca, con ocasión de la fiesta de San Agustín, Rosita vio a los Mishos en la Plaza de Armas, en pleno show. Ella y una amiga se reían furtivamente, tapándose la boca, de los chistes de Don Fashi, de la “tusada de lujo” del Beto, y de las apuestas respecto del color del calzón que la Morenita tenía puesto para la ocasión.

Al principio, Rosita los confundía a los Mishos y creyó que eran mellizos. Después se dio cuenta que el Beto era un payaso como su papá, y el Nando más seriecito, como su mamá. Mientras el Beto estaba ocupado en la tusada de lujo en el “Salón de Belleza EL TUFO”, el Nando tuvo tiempo de sobra para echarle lente a Rosita, y ella a él.

En la noche, en el baile social que tuvo lugar en la Municipalidad, Rosita bailó con los dos Mishos. Lástima que no hubiera otra chica tan linda como ella; los dos hermanos se enamoraron terriblemente de la misma mujer.

* * *

Después de la fiesta de San Agustín, sólo el Beto se dio una escapadita para visitarla en Saucapampa. Rosita era de Oxamarca pero vivía con sus tíos en Saucapampa, un paradisíaco lugar abrigado en la bajada al río Cantange. Su casa estaba en un rincón tupido de granadillas que colgaban sobre el camino de herradura como las bolas de los arbolitos de Navidad.

En los tres años siguientes el Beto visitó a Rosita repetidas veces, y el Nando se fue acostumbrando a la idea de que Rosita y su hermano ya eran pareja.

Así las cosas, el Beto y Rosita planearon rambarse. La ocasión coincidiría con la borrachera dominical del tío de Rosita. Como solía, él se despertaría recién el lunes por la tarde, y al no encontrarla en casa, pensaría que había subido a su prima en Sucre, para escapar del aburrimiento.

Rosita partiría de Saucapampa en la madrugada del lunes, y en Celendín subiría al ómnibus para Cajamarca. El Beto, recién llegado de Lima, la estaría esperando en la Agencia Atahualpa.

* * *

Todo salió como fue planeado, y el 10 de diciembre empezó su luna de miel en los Baños del Inca, en una poza de lujo de la sección de turistas.

Se tomaron muchas fotos junto a las piscinas de agua hirviente, y la Rosita se veía como una bella sirena saliendo de entre las espumas del mar. También se tomaron fotos en la Piscina Municipal temperada y en la Poza del Inca, imaginando al soberano Inca disfrutar de tales placeres con las ñustas más hermosas de su imperio.

En aquellos tiempos el lugar no se llamaba “los Baños del Inca”, sino Pulltumarca. Lástima que el lugar no haya sido reconstruido como lo describieron los antiguos cronistas, según los cuales, en el centro de un lujuriente huerto y matas de flores perfumadas, se encontraba lo principal, la Poza del Inca. Y decía el Beto: “Cómo me gustaría rediseñar el lugar sobre la base de tales testimonios antiguos.”

Hacia el mediodía se sentaron para refrescarse en una banca de piedra de la plazuela, fuera de los Baños, y acto seguido tomaron el microbús a Cajamarca, donde él había reservado una suite en el Hotel Plaza, su nido de amor.

* * *

Al día siguiente, después del almuerzo, ella estaría partiendo de regreso a Celendín, dispuesta a confrontar a sus tíos, después de lo cual todo volvería a la normalidad.

Le esperaba la tarea de chancar bastante morocho con el chungo sobre el batán, dar de comer a las gallinas y a los cochinos y lavar la ropa acumulada de su tío, que hacía varios años había perdido a su mujer.

Por su lado, el Beto anhelaba que de su aventura de amor dentro de aquellas mágicas aguas termales y medicinales procedentes del corazón de la tierra, resultara el alivio de su prematuro reumatismo.

De todo lo ocurrido no se enteró nadie, ni su confidente, el Nando, que por entonces estaba sumido en sus preparativos para sus exámenes finales en la Facultad. El Beto también tenía exámenes finales, pero le había dejado de importar.

Su largo viaje de regreso a Lima sobre el suave tapiz de la Carretera Panamericana que se abre camino entre las dunas del desierto costero estaba plagado de pensamientos y sueños. Cuando el bus pasó por Trujillo, a corta distancia de su casa, recorrió en sus pensamientos cada rincón de su mansión que nunca más volvería a ver.

* * *

Cinco meses después, el viernes 4 de junio, doña Angélica, la hermana mayor de Doña Dorita, le hizo un telegrama a Trujillo pidiéndole viajar a Lima con Don Fashi, a causa de la recaída del Betito, quien por fin había aceptado ser internado en el hospital, a causa de sus intensos dolores en sus rodillas. El telegrama terminaba con las palabras PRONOSTICO RESERVADO.

Sus buenos padres viajaron de inmediato a Lima y encontraron a Alberto ya hospitalizado en la Clínica Maison de Santé. Ya se le habían hecho todos los exámenes, especialmente el de sangre, y los médicos sólo querían informar de los resultados a sus padres, a nadie más. Por eso la tía Angélica los mandó llamar con preocupación.

A su llegada, sus papás tuvieron una larga conversación con los médicos, quienes les sugirieron su transferencia inmediata al Hospital Rebagliatti, que estaba mejor equipado para atender casos así.

Hechas todas las tramitaciones necesarias, Alberto fue trasladado allá e ingresó a la sección de Emergencia. Los análisis indicaron leucemia linfática aguda meloide filadelfia positiva. Después lo trasladaron a Hematología y empezó a tener sesiones de quimioterapia y tratamiento con cápsulas diarias de Glivec, pero sin resultados positivos. Los médicos dudaban si proseguir con el tratamiento, o no.

Al cabo de dos meses, a causa de otras complicaciones, el mal empeoró, y Alberto partió a la presencia del Señor.

* * *

Cuando sus padres recogieron sus pertenencias, una enfermera les pidió que examinaran, a petición de Alberto, un sobre de manila que dejó con ella, encima del cual estaba escrito: “A mis padres Alberto y Dora Rabanal.”

En la esquina superior izquierda estaba el nombre del remitente: “Alberto Rabanal Sánchez”. Y en el extremo izquierdo tenía dibujada una raya segmentada junto a la cual estaba escrito: “Abrase con cuidado. Corte por esta línea.”

Sus padres tomaron unas tijeras y abrieron el sobre con el debido cuidado, siguiendo la línea segmentada. Dentro, encontraron otro sobre de manila más pequeño y sellado, y una hoja de papel bond con un escrito muy lacónico: “Queridos papás, lamento todo el sufrimiento que les ocasiono, pero la felicidad de ustedes dos me hace a mí también muy feliz. Por favor entreguen confidencialmente el sobre adjunto al Nando. Cariños, Alberto.”

* * *

El sobre sellado le entregaron a Nando en Trujillo. Sus padres prefirieron no hacerlo en Lima en las ajetreadas circunstancias de los funerales, sino en un momento de recogimiento y tranquilidad.

Sobre dicho sobre estaba escrito el nombre: “Fernando Rabanal”, y la indicación: “Abrase con cuidado, corte por esta línea segmentada.” —El dibujo de una pequeña manito señalaba la línea con su dedo índice—.

Fernando abrió su sobre en ausencia de sus padres y dentro encontró otro sobre adjunto y un papel bond sobre el cual estaba escrito: “Por favor, querido hermano, viaja de inmediato a Celendín, y pásate a Saucepampa, para entregarle el sobre adjunto a nuestra adorada Rosita. Pídele que ella comparta su contenido contigo en el mismo momento, tras leer la carta que contiene. Tu hermano que te ama, Alberto.”

* * *

Sin perder tiempo, Fernando hizo según las instrucciones de su hermano querido. Viajó de Trujillo a Celendín y luego se dirigió a pie a Saucepampa. Allí se confrontó con una gran sorpresa: Rosita estaba encinta y su barriguita se dejaba ver.

Rosita también se dio una gran sorpresa: ¿Por qué venía a verla Nando, y no Alberto?

Antes de caer bajo el peso de las lágrimas, Nando le entregó el sobre, diciéndole:

—Beto me ha encargado entregarte este sobre, y también me ha pedido decirte que compartas conmigo el contenido de la carta que contiene, ahora mismo.

Ella se quedó pálida e inmovilizada. Sin preguntar nada recibió de su mano el sobre, y entró sola a su cuarto. Abrió una ventana pequeña que daba al camino de herradura techado de granadillas, y colocándose dentro de un haz de luz, abrió el sobre y encontró una carta sellada y un sobre de papel bond para ella, que decía: “Querida Rosita: Por favor, entrega en manos propias a Nando el sobre adjunto, y pídele que lo abra en tu delante, estando los dos solos. Con mucho amor, tu Alberto.”

* * *

Ella salió del cuarto, y para evitar que alguien se acercara a la casa, aunque estaba providencialmente sola, le pidió a Nando que fueran a sentarse juntos atrás, sobre el gran batán debajo de las granadillas que, colgando todas a la misma altura formaban un dosel sobre ellos dos.

Si hubiera habido alguien que los mirara desde cierta distancia, habría pensado que Nando era Alberto, su prometido, y que el hijo de ella era de él.

Allí sentados junto al batán, con sus corazones palpitando con fuerza, ella le entregó su sobre al Nando.

Esto es lo que Alberto le decía finalmente a su hermano: “Yo sé que Rosita siempre te ha gustado, así como a mí, y que tú sientes por ella un amor muy puro, así como el mío. Y que ella también siente lo mismo por ti, así como por mí. Ahora, amado hermano, tienes libre el camino para amarla plenamente, tú. Sabes que pronto dará a luz un hijo mío, que no quiero que se pierda lejos de nuestro hogar que con tanto amor edificaron nuestros padres. Te ruego que este hijo mío sea tuyo, y que Rosita viva contigo en nuestro hogar. Por favor, dile a Rosita que esto ocurrirá sólo si ella lo acepta. O mejor, entrégale esta carta para que ella misma la lea en tu delante. Y si Rosita te autoriza, lleva la carta a Trujillo y compártela con los papás. Les amo a todos, Alberto.”

* * *

Fernando leyó la carta en silencio y compartió su contenido con Rosita. En el preciso momento en que la carta pasó de manos, el mundo de ambos parecía derramarse sobre el suelo, pero hicieron el esfuerzo para mantenerse en pie.

Entonces, Rosita le preguntó, llorando:

—¿Qué le ha pasado al Beto?

Y le respondió:

—Ha muerto en Lima; su mal era incurable.

Y atragantándose añadió:

—Y para llegar a decirnos a nosotros dos lo que ahora hemos leído, ha utilizado una secuencia de sobre conteniendo sobres. El exterior fue a mis padres, el siguiente fue para mí, y luego el tuyo, y finalmente sus palabras que hemos llegado a compartir simultáneamente los dos. Yo no podía evadir la voluntad de mi hermano que me ha traído hasta este momento y ante ti.

Rosita abrazó a Nando y lloró mucho.

Le dijo:

—Connmigo, todo está conforme. Solamente espera que se lo diga a mi tío que me ha venido presionando para que le diga quién es el dichoso papá de mi bebé.

Y Nando añadió:

—Límpiate las lágrimas. Yo le diré a tu tío que he venido para sincerarme y llevar a cabo nuestra boda como Dios manda, antes de que nazca nuestro bebé.

* * *

El 6 de agosto se reunieron en la Casa de los Maniqués dos concejales, en representación de don Eleuterio Aliaga, Alcalde de Celendín, más un amanuense que llevaba las actas para celebrar el matrimonio de Fernando y Rosita. Como testigos fungieron el Jilbe Motoso y la Mary Guagalina (no recuerdo sus apellidos con exactitud).

No hubo fiesta, porque la alegría estaba mezclada con duelo. Sólo unas copas de champagne para el brindis de rigor. Previamente Don Fashique había hecho llegar al poder de los concejales tres cajas de cerveza para que ellos festejaran a su modo.

Para Doña Dorita, la Rosita llegó a ser la hija que siempre anheló tener, y el niño nació en Trujillo, en casa de sus abuelos, el 28 de agosto, día de San Agustín. Pero aunque todos los familiares pensaban que se llamaría como el Santo, en su partida de nacimiento está escrito así: “Alberto Fernando, hijo legítimo de don Fernando Rabanal Sánchez y de doña Rosa Velásquez Paz”.

13 UNA NOCHE CON SHONTAL

Después de haber pasado un mes en París me dirigí a la Gare du Nord, la Estación del Norte, donde tomaría el tren para Luxemburgo, en cuyo aeropuerto tomaría mi vuelo a New York en Estados Unidos, que era una escala en mi viaje a casa, de Israel al Perú.

Arrastrando mis pesadas maletas llenas de libros que había adquirido en París y muy poca ropa llegué a la estación del tren cuando ya anochecía.

Me abrí paso entre el gentío y el bullicio, y llegué casi exhausto a la ventanilla donde venden los boletos del tren. Había la posibilidad de encontrarme con la mala noticia de que el tren ya partió, echando a perder mi viaje aéreo de Luxemburgo a América.

La tensión, el cansancio y el hambre habían respetado hasta entonces mi frágil contextura. Contribuía a ello la facilidad con que me comunicaba en francés, de lo cual yo mismo estaba admirado. Previamente, yo había pasado en París un mes para practicar el francés que aprendí en la Universidad Hebrea de Jerusalem, como parte de los requisitos para mi graduación con el primer título académico.

* * *

La noticia que me diera un hombre junto a la boletería me llenó de alivio. Me dijo que el tren estaba ya listo para partir en media hora. Yo estaría entre los últimos en abordar el tren, que ya estaba repleto. A pesar de que mis piernas se desvanecían de cansancio, tendría que viajar de pie.

Remolqué una maleta hasta la entrada del vagón en que viajaría, siempre vigilando la maleta que quedaba abandonada atrás. Y cuando subí la segunda maleta el tren ya partía.

Mientras oscurecía, el tren dejó París, y entre la penumbra divisaba las casas, los árboles, las granjas, movilizándose cada vez más veloces hacia atrás, hacia la Ciudad Luz.

En la estación de Reims se desocupó un asiento junto al lugar donde yo estaba apostado mirando por la ventana. Yo me deslicé sobre el espacio vacante, y presa del cansancio me hundí en el asiento ante la sonrisa bonachona de los demás viajeros de la cabina.

* * *

Desde mi improvisado asiento veía pasar a muchos pasajeros que se dirigían hacia el vagón del fondo donde estaban la cafetería y el restaurant. De allí volvían trayendo humeantes y jugosas hamburguesas y gaseosas. A la verdad, todo aquello no era para mí una tentación, pues he sido entrenado en la más estricta disciplina shilica que se expresa en la frase sapiencial: “¡Gran cosa! ¡Qué pué! ¡Todo se soluciona con hacerte la coche!”

Cuando el tráfico de comensales disminuyó, me puse de pie y me dirigí a la ventana para alimentarme con las últimas bocanadas de aire francés. Entonces una joven francesa que oscilaba entre los 18 y 20 años, quiso sentarse en mi asiento pensando que yo me disponía a bajar del tren en la próxima estación.

Yo le indiqué que el asiento estaba ocupado, y ella se apartó de allí. Y yo volví a sentarme.

* * *

Más adelante, cuando nos acercábamos a la frontera norte de Francia, su frontera con Luxemburgo, de nuevo se me ocurrió engullir las últimas bocanadas de aire francés, como para que me alcanzara el aire para el resto del viaje.

Me paseé a lo largo del vagón y me acerqué a la unión del vagón en que yo iba con el vagón de atrás. Allí iban apretujados de pie varios hippies bastante desalineados, unos machos que parecían gansters, y un maricón que les servía de hazmerreír.

En un rincón, tratando de evitar a esta hosca compañía, estaba semi-oculta la joven que había intentado sentarse en mi asiento. Al comprender su incomodidad, por ser mujer, le dije que mi asiento estaba a su disposición. Ella me agradeció y fue a ocuparlo de inmediato.

Cuando llegamos a Sedam, a pocos kilómetros de la frontera norte de Francia, se despejó el vagón y pude encontrar un asiento vacío, justo al lado de ella.

Nosotros dos pudimos comunicarnos con facilidad, porque ella entendía algo de español.

* * *

Con una mirada expresiva me agradeció de nuevo por haberle cedido mi asiento. Y me contó que hacía poco había sido operada del oído y que el ruido entre vagones le estaba torturando. Y yo di gracias a Dios en mi corazón por haber tenido un gesto oportuno. De lo contrario, me hubiera remordido la conciencia.

El paso de la frontera se realizó sin mayor complicación ni pérdida de tiempo. A la mayoría de pasajeros el oficial de aduana, se limitó a preguntarles allí mismo, en sus asientos:

—*Est-ce que vous avez quelque chose à déclarer?*

A mí me pidió también mi pasaporte, quizás debido a que llevaba a la mano una bolsa de plástico con texto en hebreo y árabe. Pero no tardó en devolvérmelo diciendo:

—*Merci beaucoup!*

* * *

A las once de la noche llegamos a la estación de Luxemburgo, una simpática ciudad de duques, de puentes y arquerías, y de una población de aire distinto al de los franceses y los alemanes.

Esta era la segunda vez que visitaba Luxemburgo, y empecé a recordar aquello que más me impresionó la primera vez: Estaba deambulando por las calles, guardando distancia para no sufrir al pasar por los restaurants, tapándome la nariz y conteniendo mi respiración para no engullir el aroma humeante de las hamburguesas.

Había entrado a un cine de función seguida, para ver la misma película dos o tres veces sin pago repetido. Era mi manera de pasar parte de la noche al abrigo de la

calefacción y de la gente, porque el resto de la noche y el frío amanecer lo pasaría en la calle.

Volvían a mi mente las escenas de la película que vi tantas veces seguidas: “La femme du curé” (La mujer del cura), con Sofía Loren, doblada al francés. Aquella había sido mi mejor lección de francés.

Pero lo que más me impresionó en mi primera visita a Luxemburgo fue ver dispuestas en los estantes de las tiendas y cafeterías la refrescante gaseosa Sinalco. Me alegró ver las menudas botellitas de diseño aerodinámico y de contenido anaranjado, porque era la bebida que por mucho tiempo caracterizó a Celendín, mi ciudad natal en el Perú. Es que Don Francisco de Sales, un prestigioso empresario shilico tenía los derechos exclusivos de Sinalco en el Perú, y su embotelladora “La Andina” estaba en Celendín mismo. Allí me refugiaba yo cada vez que me escapaba de la escuela, y me comedía a mover la rueda de la máquina embotelladora.

El nombre Sinalco llegó a convertirse en un segundo gentilicio de los celendinos. En la región del norte del Perú nos decían “shilicos” y “sinalcos”.

* * *

Descendimos del tren, y mi amiga francesa me ayudó a llevar mi bolsa de mano mientras yo remolcaba mis pesadas maletas para guardarlas en un locker en la estación.

Después de dejar a buen recaudo mis maletas me ofrecí para acompañarla a su hotel, porque de allí en la mañana siguiente ella continuaría su viaje en bus al lugar donde vivía su hermana. Yo fui a lado de ella llevando su maletín.

Ella me preguntó:

—¿Tienes algún lugar a donde ir a pasar la noche?

Le respondí:

—Sí. Yo voy a pasar la noche en la estación del tren. Cuando te haya dejado en tu hotel regresaré allá.

* * *

Luxemburgo estaba repleta de turistas y viajeros, y no encontramos un cuarto vacío en ningún hotel. Fuimos a uno y otro, y no había lugar para ella. Entonces le dije:

—Tendrás que pasar la noche conmigo en la estación del tren.

Ella encontraba difícil aceptar la idea de pasar la noche en la estación junto con un desconocido. Por eso intentamos pasar la noche deambulando por las calles próximas a la estación del tren.

Fuimos a un bar y nos servimos café. Conversamos allí hasta que nos echaron fuera y cerraron las puertas, porque era muy tarde. Así que tuvimos que volver a la estación, sin que ella añadiera más peros ni comentarios.

Temprano al día siguiente ella debía abordar allí cerca el bus que la conduciría a la aldea donde vivía su hermana.

* * *

Entramos a una sala reservada a los viajeros que pasarían la noche en la estación, en la cual también se colaban algunos vagos de la ciudad. Allí estaban algunos jóvenes hippies procedentes de varios países de Europa. Se entrecruzaban varios idiomas. Yo sentía alegría de poder entenderlos; eso me daba mucha seguridad. De todas maneras, yo no pegaría los ojos, vigilando mi seguridad física y los pocos dólares que me servirían para continuar mi camino rumbo a casa.

A pesar de los chistes y de las carcajadas en la sala, varios estaban en su media noche, pesadamente sumidos en el sueño y el cansancio. No había chiste ni carcajada en la cual yo no participara de manera espontánea, porque los entendía bien. Eso me ayudó a sobrellevar la noche.

* * *

Una viejita, evidentemente de la ciudad porque era hartó conocida, comenzó a cabecear y se quedó profundamente dormida con la cabeza caída hacia atrás y la boca entreabierta. De pronto comenzó a roncar estrepitosamente.

Entonces, un vago que estaba a su lado sacó un habano del bolsillo interior de su casaca y se lo introdujo como corcho en la boca. La viejita se despertó asustada, y al darse cuenta de que tenía un habano en la boca explotó en regocijo y pidió que alguien se lo encendiera con su encendedor. Eso fue lo mejor de aquella noche pues nos reímos mucho juntos con ella.

Ella pasó unos instantes disfrutando de su habano cuando de repente se abrió la puerta de la sala y entró un policía. La viejita simuló estar profundamente dormida sobre el pecho del vago que le encendió el habano.

El policía la vio y no quiso interrumpir su sueño. Más bien, despertó a otro viejito que también fingía estar roncando, y le pidió sus documentos. Como no tenía documentos, le ordenó seguirle, en medio del sepulcral silencio de los presentes. Pobre viejito; quizás se trataría de algo malo. . .

Después de un cuarto de hora entró en la sala el viejito, a quien el policía había dejado en libertad. Los presentes prorrumpieron en aplausos y carcajadas, por lo que el viejito se sentía en la misma gloria: ¡Se sentía alguien importante, el centro de la atención del público!

* * *

Así transcurría la noche, y yo me mantenía despierto y sentado, ansioso de cerrar los ojos recién cuando me recostara cómodamente en mi butaca del avión que me llevaría a América. Pero mi amiga cabeceaba, bostezaba y se mordía los labios de nerviosismo.

Le dije que se recostara en la banca y acomodara su cabeza sobre mis piernas. Después de batallar contra el sueño aceptó mi oferta. Yo trataba de no mover para nada mis piernas a fin de que ella no se despertara.

Ella durmió un rato, luego se despertó, me miró, sonrió y se volvió a quedar dormida. Así nos alcanzó la luz de la aurora.

Una hora después se abrió la cafetería de la estación, y ella me dijo:

—Quiero invitarte a tomar desayuno.

Entramos en la cafetería, y después de un abrigado y humeante desayuno de café con leche y omeleta de huevos, me dispuse a pagar por los dos.

Me interrumpió:

—Yo te he invitado a ti. Déjame pagar a mí.

Yo pensé: “Menos mal. . .”

A las siete nos acercamos al bus que la llevaría a la aldea donde vivía su hermana. Me dio un beso en la frente y subió.

Lamento no haberle pedido su dirección en París, para estar en contacto con ella desde Lima. Pero nunca he olvidado su nombre: Shontal. Sólo su nombre.

* * *

Debí haberle dado anotado mi dirección en Lima porque al cabo de unos meses recibí por el correo un paquete remitido desde París.

Fue una grande sorpresa. Me sacudí la cabeza y me acordé de Shontal.

El paquete contenía una breve nota introducida tras la cubierta que decía:

ANTOINE DE SAINT-EXUPÉRY

El Principito **Le Petit Prince**

Con ilustraciones del autor

EDICION BILINGÜE

ALIANZA-EMECE

Dicha cubierta estaba ilustrada con un dibujo del mismo autor: Un pequeño niño, que era, *El Principito*, parado solitario sobre su planeta de origen, tan pequeño que parecía un globo inflado, y que tenía alrededor el Sol, los planetas y las estrellas.

Este libro estaba editado en francés y español y tenía hermosas ilustraciones en blanco y negro en un lado, y en el otro el mismo dibujo al cual los editores había añadido color.

Si quieres saber cómo me impactó este hermoso regalo, lee mi historia, “El Principito”, en mi obra, *Literatura Francesa*, en el Volumen 27 de la Serie HISTORIAS ESCOGIDAS de nuestra página web <www.bibliotecainteligente.com>



14

**EL ANGEL
DE LA BOLA DE ORO**

Permite que empiece con la historia angelical de cuatro angelitos que estudiaron en el mismo salón de la Gran Unidad Escolar “Juan Basilio Cortegana”, y terminaron juntos la secundaria y tuvieron la fiesta de promoción y despedida más conmovedora de Celendín.

Nadie podría imaginar cómo se amaban el Arturo Pereyra y su enamorada “oficial Mary Díaz; y el Angel Marín y su enamorada María Angela Marín.

Ellos se conocieron siendo niños: Las chicas habían crecido juntas y eran como hermanas. A cada rato se las veía de brazo, yendo apuradas a la tienda, a comprar pan. Y ellos jugaban suda-suda a la pelota en la misma cuadra, e iban juntos a nadar en las pozas en la pampa.

En el último año, los cuatro estaban en la banda de la Gran Unidad Escolar. Y para expresar con mayor énfasis su mutuo amor, en la fiesta de promoción la Mary fue su madrina del Angel, y la Angela del Arturo; un trueque ingenioso que fue celebrado aun después de la ocasión.

* * *

El Arturo era nieto de Don Eusebio Pereyra; seguro te acuerdas del viejito que provenía de una familia de portugueses que llegaron a Celendín cuando todavía era lago desde la Avenida José Galvez hasta el embalse de la Pampa Grande y el Tragadero. La trayectoria de su familia le dio gran seguridad personal, pero nunca fue un credito ni se le dio de tener sangre azul. Después de todo, como decía mi mama Tey, “en Celendín no hay perro que valga”.

—Pero él no era ningún angelito, que digamos. . . Tú te acordarás que le decían: “¡Que sueñes con las Angelitas!” —con relación a la Mary y a la Angela—. Porque decían que el grajiento se estaba entusiasmando por las dos.

El era un buen deportista. Le gustaba zambullirse en la Poza de Don Salas o en la Poza del Cura. Alcanzado el fondo de la poza, desaparecía entre las burbujas mientras se zafaba ágilmente la truca para hacer aflorar su culo en una espectacular visión que duraba un santiamén.

Luego volvía a aparecer de pie, bien peinado con el arrastre del agua, y con la truca bien puesta. Este acto artístico se conoce en Celendín como “estilo candelero”.

Cuando íbamos a la Poza de Santa Rosa, cuando a la distancia se escuchaba el eco del choldój, choldój, choldój de los que se daban un chapuzón o nadaban con pataleo, los ojos le brillaban de alegría. Pero nada espectacular debía ocurrir antes de su llegada, cuando se arrojaba sipralla desde una roca, diciendo: “¡Me doy esta liza en nombre de doña Clarisa!” —la única Clarisa que había era su esposa del Teacher—.

No había deporte que no practicara, pero prefería la natación, que había practicado en Cajamarca en las aguas templadas de la Piscina Municipal de los Baños del Inca.

* * *

Las circunstancias de la vida hicieron que en el último año de secundaria quedara unido en un vínculo *quasi* matrimonial con la zarca Mary. Aunque no pasaba de ser un amor platónico, la relación de ellos conmovía a cualquiera. Cuando los recuerdo pienso que si existe la perfección en el enamoramiento, la sumisión mutua y la fascinación, esa dimensión fue alcanzada por ellos dos.

Sonaba con construir su nidito de amor y dar la bienvenida a los bebés. Pero para poder casarse con la Mary debía convertirse antes en ingeniero civil. Por eso viajó a Lima para postular a la UNI.

No logró ingresar a la primera, y se quedó en Lima para prepararse en la Academia “César Vallejo”, para probar suerte en la próxima vez.

* * *

La Mary tenía unos ojazos celestes inteligentes, y una mirada penetrante; por eso le decían “la Zarka” (“celeste”, en árabe). Sus caderas macisas eran toda una galaxia poblada de esplendor, y como el Dr. Fernando Aliaga le había hecho un puente de oro fino, en la Gran Unidad la llamaban “la Chica de Oro”.

—¿Ella era la “Bola de Oro”?

—¡Paciencia, burro! Sobre el “Angel de la Bola de Oro” te hablaré al final.

Sus padres eran de la Iglesia Adventista, y la niña fue sometida a la disciplina del Sábado. En la víspera del Sábado, en el anochecer del viernes cuando en el cielo se hacen visibles las estrellas, la Mary penetraba a la esfera de lo sagrado y nada terrenal la podría distraer. Entonces el Arturo sabía que ella estaba más allá de sus alcances.

Pero mientras en las casas de otras familias adventistas había frío y oscuridad porque se les prohibía encender un fósforo para encender una vela, la casa de Mary estaba iluminada y abrigada por un gran fogón. Habían entendido que el mandamiento era para aquellos tiempos en que se tenía que rozar con fuerza piedras de sílex para sacar chispas, y había que transportar las ascuas encendidas de una aldea a otra, y de uno a otro país.

* * *

—¿Cómo pueden prohibir encender una vela o aplastar el interruptor de la luz eléctrica! ¿Cómo puede uno privarse de una papaseca caliente o de un humeante y trasminante mechau!

—Sí, pues, fíjate. Y porque la casa de su familia estaba iluminada en el Sábado, sque los corrieron de la iglesia.

—¿Como si el Sábado fuera un día de tinieblas y no de luz!

—Pero nunca claudicaron de su fe, y su vida disciplinada era un testimonio elocuente. Dicen que fue la Mary la que puso orden en la vida del Arturo. Tenía un carácter firme pero flexible a la vez. Lo amaba y se propuso convertirlo a su religión, o por lo menos domesticarlo. Y lo logró; ella lo “convirtió”. . . ¡en un peluche regalón!

* * *

Por su lado, al Angel luavían traído de chiquito de Huasmín para el tercero de primaria. Como tenía el pelo erizado como el puerco espín, le llamaban “Cabello de Angel”, como el personaje de Condorito. Era comedido y servicial, siempre dispuesto a ayudar y a honrar al amigo. El muchacho tenía ángel.

Como sus padres tenían sus tierras en Huasmín y continuamente paraban allá, al chico y a su hermanita los encargaron en la casa de una familia adventista que influyó mucho en sus vidas.

Cierta vez, un acuseta nariz de peseta fue al Pastor Oropeza con el cuento de que al Angel lo habían visto jugando villar en el Salón del Jabe.

El pastor no reaccionó quizás a causa de la rutina con que se producían esas acusaciones: “Luemos visto abriendo su boca en la puerta del cine”, o “yéndose a la corrida de toros”, o “mirando la retreta”, o “ashuturado junto al perol de ñates”. Pero un sábado que tuvo la oportunidad de estar a solas con el Angel, le preguntó:

—¿Con que tú juegas billar, eh?

* * *

El Angel se quedó de una sola pieza, enmudecido ante su mirada severa y cariñosa a la vez. Pensó que le sometería a dura disciplina y le prohibiría el acceso a las personas que amaba. Pero le dijo:

—¿Conoces la jugada de “la bola de oro”?

—No sé qué será eso de “la bola de oro”.

Le dijo:

—¿Puedes hacer “el ángel” sobre la mesa de billar?

—¿Y qué es eso?

—Tomar o hacer “el ángel” es subirse sobre la mesa de billar para tocar con la punta del taco las bolas que no se alcanzan desde fuera de la mesa. Uno de estos días yo te voy a hacer una demostración en su Salón del Jabe. . .

—¿Qué? ¿No me va a disciplinar?

—¿Por qué? Sólo quiero que tengas presente que “en el Salón de Billar, ¡tu tienes que brillar!”

Desde ese momento una estrecha amistad surgió entre ambos, y no te imaginas cuánto sufrió el Angel cuando al pastor lo apartaron de su cargo a causa de las malas lenguas y de un “acólito” llamado Carlos Silva.

* * *

La María Angela, su enamorada del Angel, también provenía de Huasmín. Sus padres eran primos de los padres del Angel y también simpatizaban con la religión adventista, porque por esas rangras el que menos se había convertido a esta religión.

En el Colegio de Nuestra Señora del Carmen la Angela y la Mary parecían hermanas gemelas; a menudo se las veía de brazo.

La china era buena para las matemáticas y daba prioridad a los estudios que a las cosas del amor. Soñaba con ser ingeniera agrónoma para meter tractor en sus terrenos de Huasmín. Ella ingresó a la UTEC de Cajamarca, y casi perdió contacto con los otros angelitos.

Era proverbial la cercanía de la Angela y el Angel; no sólo en los nombres y en su apellido, sino en su manera angelical. En la Gran Unidad Escolar les llamaban “los Angeles de Huasmín”.

Los chicos de su salón se hacían pasar por los hijos de ambos y se llamaban a sí mismos “Angelito Marín Marín”, y a ellos los llamaban “Papángel” y “MAM” (mama Angela Marín) . Sin embargo, la parejita nunca tuvo un romance apasionado, como para chuparse los dedos o como para decir “ashucrí”.

* * *

El Arturo viajó a Lima para postular a la UNI, y el Angel ingresó junto con la Mary a la Escuela Normal Superior Mixta de Celendín.

La despedida del Arturo y la Mary fue muy conmovedora. Entonces el Arturo hizo un pacto solemne con el “Papángel” y la MAM diciéndole:

—Ustedes son mis más fieles amigos y hasta hermanos en la fe. Por eso, mientras aseguro mi ingreso a la UNI, cuídenmela a la Mary. ¡Oh Angel, sé tú mi ángel de la guarda!

Las lágrimas de despedida se mezclaron con profusión de mocos y el pacto fue sellado con besos. El Angel le respondió con palabras entrecortadas y saturadas de emoción:

—Yo te prometo, hermano, cuidarla de día y de noche, en sol y en sombra, puarriba y puabajo, todo el tiempo que estemos en la Normal y en la normalidad.

Y la Mary dijo solemnemente:

—Yo te prometo dejarme cuidar.

* * *

El Angel fue investido con autoridad para cuidar *in absentia* de su enamorada del Arturo, alejando de ella a cirios y serenateros.

—¿Y cómo la tendría que guardar inmaculada para su amor oficial?

—Estando siempre cerca, de modo que entre ambos no pueda caber una guatopa, ¡menos un mataperro, un majadero o un truhán!

A causa de aquel pacto de sangre, perdón, de mocos, perdón, de mocosos, la Mary se dejaba cuidar por el Angel, tarea que se facilitaba porque a ella no le atraían los bailes y las fiestas de guardar.

Cuando la Angela venía de Cajamarca, ella también ayudaba a cuidar, apagando los incendios y acallando las malas lenguas.

* * *

—¿Pensabas que el ángel guardián terminó quedándose con la Bola de Oro? ¡Te pelaste, coche Güin! Si así fuera, los enamorados no seguirían creyendo ciegamente en la sagrada institución del Angel de la Guarda. No hay cosa más noble y sublime que ser el ángel guardián de una peshuquita comprometida en pacto de amor y fidelidad con tu mejor amigo.

—Entonces, ¿el Arturo regresó?

—Como me escuchas: Regresó para su fiesta de Nuestra Señora del Carmen y supo que su amigo y hermano había cumplido fielmente su misión. Pero después de la corrida de toros, volvió a su academia en Lima y pronto ingresó a la universidad.

—¿Finalmente se rambaron?

—La logró llevar a Lima, pero no rambada. Todavía no habían decidido casarse porque la Zarca había dejado la Normal para estudiar en Lima en la Escuela de Enfermeras. Se había conseguido una buena recomendación para estudiar allí mientras trabajaba como enfermera auxiliar en la Clínica Adventista de Miraflores.

* * *

La recargada agenda del Arturo y el riguroso internado de la Mary en la Clínica Adventista fue resquebrajando aquella apasionada relación de la adolescencia. La verdad es que se veían poco, y en más de una ocasión no le dejaron al Arturo alcanzarla por teléfono.

Poco a poco se fueron distanciando, y un buen día al Arturo lo vimos en la unsha de la Asociación Celendina de Huachipa bien acurrucadito con una rubia procedente de Dinamarca, que digo, de Oxamarca.

Su viaje a Lima hizo que los angelitos se asustaran de la dimensión existencial de la vida, de los vericuetos de la formación profesional, de las responsabilidades biológicas, sociales, y económicas, y de toda laya.

Quizás despertaron a la realidad del conflicto que constituye la médula de la existencia humana y se dieron cuenta que aún no estaban capacitados para dar este paso trascendental.

Los cuatro angelitos quedaron distanciados por los avatares de la vida, sólo para verse cada julio arrastrados por el huaico de zombies que dan vueltas y vueltas en la Plaza de Armas de Celendín en la noche de castillos, o en las verbenas y los bailes sociales, o en la corrida de toros, o haciendo turismo por la campiña, escarbando los recuerdos silentes de un adorado ayer.

* * *

La Zarca regresó a Celendín para pasar la Navidad en casa, justo cuando el Angel, tras terminar sus estudios en la Normal estaba para viajar a Lima para intentar ingresar a la Facultad de Medicina de San Fernando. Entonces, los padres de la Zarca le rogaron que retrasara su viaje unos días para que se pudieran acompañar.

El día de la partida, sus padres y amigos se agolparon junto a las ventanas del ómnibus de la Empresa Atahualpa para verlos partir. Estos ajetreos de los hijos que parten para la vida son más nuestros, porque ellos son los nervios terminales de nuestros cuerpos astrales y la proyección de nuestros espíritus al más allá. Fue entonces que ocurrió aquel accidente a consecuencia del cual la Mary y el Angel tuvieron que volver a Celendín de emergencia, de Cajamarca nomás.

* * *

Las cosas ocurrieron de la siguiente manera: Aquel frío amanecer, ni bien había partido el bus cuesta arriba por la calle del Comercio, los cuerpecitos friolentos de los angelitos madrugadores se pegaron uno a otro para abrigarse mutuamente. Y al contacto, ambos sintieron una vibración que no habían sentido previamente.

Un hondo suspiro exhalaban los dos cuando el bus pasaba por la Feliciano, y la Mary recostó su cabecita soñolienta sobre el hombro de su ángel guardián, y se puso a dormir.

Viajaron en silencio hasta que el bus se detuvo junto a ese precipicio en la jalca para que los pasajeros bajaran a tomar desayuno: Café con leche y sándwiches de queso fresco, o caldo de gallina con presa.

Ellos prefirieron disfrutar del beso tibio del Sol y se dieron un paseito por la carretera, mascando su chicle. Ella iba cruzados los brazos para abrigarse mejor, y él con las manos en los bolsillos de su casaca.

El bus les dio alcance, y subieron entre aplausos que nada más expresaban que todos estaban completos y que podían continuar sin novedad.

* * *

Fue en un descanso breve en La Encañada cuando ella primero; no, él primero, le dijo que siempre la había amado, aun antes de ser su ángel guardián.

Ella le confesó:

—Cuando fuiste mi ángel guardián yo me di cuenta que tú eras la persona en quien yo podía confiar. . . y amar.

Cuando el bus entró a la Avenida Atahualpa en Cajamarca, decidieron rambarse. ¡Qué mejor ocasión que aquella en que podían disfrutar de los encantos paradisíacos de los Baños del Inca para una luna de miel caliente y vaporosa que no se podía postergar!

—¿Y qué de la bola de oro?

—¡Paciencia, burro!

* * *

Como se decía en esos días cuando se puso de moda “la Lambada”: “El Brasil tendrá su lambada, pero Celendín tiene su rambada.”

En esos mismos días no se le pedía a la chica que te concediera bailar una lambada, sino de frente que te diera una lambida.

Ellos decidieron volver a Celendín de inmediato, para consultar con ese pastor “rompe-esquemas” que había sido restaurado recientemente a su puesto pastoral.

Al verlos, el Pastor Oropeza expresó:

—¿Se han rambado? ¡Ay Amito! ¡Alabado sea el Señor! Pasen, pasen, a lo barridito, porque tenemos urgencia de organizar vuestra boda de acuerdo con la Ley!

* * *

El Pastor Oropeza sabía que lo que Dios une, ¡no lo separe el hombre!

Pero como los tortolitos se quedaron pasmados, les dijo:

—Gracias por el honor que me conceden por ser el primero en felicitarles. ¿Ya saben sus papás que se han vuelto de medio perejil?

—Creo que lo malician; pero no les hemos dicho nada.

—Entonces yo les diré. Ese es el primer paso. Pero hay otros pasos más, como el de explicar las cosas a la Junta Eclesial, de modo que la boda sea una fiesta para el pueblo de Dios.

El pastor se reunió de emergencia con la Junta y les dijo:

—¡Qué mejor que se lleve a cabo la fiesta en la iglesia; esto es un buen testimonio!

Y argumentó diciendo:

—Hay gozo en el cielo por un par de pecadores que no se arrepienten, que por noventa y ocho justos que necesitan de arrepentimiento.

La mayoría de los de la Junta entendían su estilo, excepto el seminarista Carlos Silva Gil que se sintió personalmente ofendido con sus palabras.

* * *

El pastor continuó:

—Aconsejo a los padres de los novios que se fíen el mejor vestido de novia para la Mary, y que le pongan un anillo de oro en su mano y zapatos blancos en sus pies.

El seminarista Carlos Silva dijo irónicamente:

—Sólo falta que hagan fiesta en la casa de Dios. . .

El pastor exclamó:

—¡Por supuesto! Contraten a los Copochos, y que la juventud shilica se jaranee en la casa de Dios. ¡Qué mejor lugar para el baile de bodas de esta parejita que entra en pacto santo con el Señor!

Cuando el pastor dijo esto, el seminarista Carlos Silva salió puertas afuera botando humo, y las cerró tras de sí haciéndolas retumbar. Por el golpe de la puerta contra sus jambas saltaron sendas curpas del embarrado y del enlucido.

El pastor se concretó a guiñar a los que se quedaron, y les dijo:

—Ahora podemos proseguir sin interferencias. Lo del baile en el templo lo dije para que el Carlos Silva se mandara mudar.

* * *

Después de su fiesta de bodas, el Angel y su Chica de Oro partieron de nuevo en medio de los comentarios:

—¡Ese sí que gozó!

—¿Por qué?

—Porque el Angel se lle**-**bó la de oro!

A propósito del Pastor Oropeza, a él le decían en Celendín “el Angel de la Bola de Oro”, porque era regordete y anunciaba un nuevo despertar en la ciudad santa.

En su esquina del Chocho algunos comentan:

—¿De dónde habrá salido ése? El no es de Celendín. . .

—A él lo mandaron de Ñaña los dirigentes de la Organización.

—Oropeza. . . Oropeza. . . ¿Dónde diablos he oído ese apellido?

—He leído en alguna parte que el Virrey Toledo era el “Conde de Oropeza”.

Don Jaime Aliaga dice:

—El es el Angel de la Bola de Oro. Por culpa del seminarista Carlos Silva lo destituyeron de su cargo de pastor; ese acomodado que maltrataba a la gente, sobre todo a los jóvenes. . . Lo acusaron de jugar billar. . . Pero déjame mencionar por nombre a todos los miembros adventistas que intervienen en el juego de billar: Cerebro, ojos, brazos, codos, muñecas, dedos, piernas, talones, pies. . . ¡y pishgo s que también! Antes que pecado, el billar es el rey de los juegos de salón y requiere de una super inteligencia emocional. El no hizo nada malo para que lo destituyeran de su cargo pastoral.

—¿Cómo que nada de malo? ¡El fue el que nos enseñó que el Sábado no era un día de tinieblas, sino de luz, o como él decía: “*Shabat Or*”!

Don Jaime le hace una mueca al imbécil ése, y se retira diciendo:

—¡El pastor Oropeza vale en oro lo que pesa!

15 SELENE'S

Selene era esbelta, de caderas macizas, muy parecida a la actriz colombiana Angie Cepeda, y rara vez se la veía vestida de otro color que no fuera blanco, o con su guardapolvo de doctor.

Ella cursaba el segundo año de sus estudios de medicina cuando murió su papá, y sus estudios se tuvieron que suspender de manera definitiva, porque se vio en la necesidad de ayudar a su madre y a sus dos hermanos menores, que ahora viven en el extranjero. Pero lo que nunca se interrumpió en su vida, quizás como una reacción inconsciente, fue la costumbre de llevar guardapolvo blanco, como cuando empezaron sus prácticas en la facultad.

Una vez apartada para siempre del santuario de los galenos, primero consiguió trabajo como laboratorista en el Hospital del Empleado. Después se aventuró por otros empleos pasajeros hasta dar en la farmacia de un supermarket donde había de llevar guardapolvo blanco.

En realidad, no le era difícil conseguir empleo, porque bastaba verla tan bella y esbelta, tan segura de sí misma y tan ansiosa de solucionar los problemas de los demás, para que la contratasen de inmediato.

* * *

Con el dinero que había ahorrado, le planteó a su madre, doña Leonor, la idea de abrir un negocio propio en la calle Lampa, donde están todos los bancos más importantes de la ciudad. Se trataría de un restaurant especializado en desayunos.

Dicho trabajo les ocuparía desde la madrugada hasta el medio día, y allí mismo prepararían su almuerzo, que podrían llevar a casa. En la tarde ella estudiaría contabilidad, y en la noche prepararían todo lo necesario para el día siguiente.

El plan dio resultados, sobre todo porque en su establecimiento nadie cuestionaría su guardapolvo blanco. Al contrario, su presentación se convirtió en su sello característico y producía en los clientes asociaciones relacionadas con la higiene y el profesionalismo.

Los tiempos difíciles por los que pasa toda empresa en sus comienzos para ellas pasaron rápidamente. Pronto, los pocos clientes del comienzo pasaron la voz a otros, y preferían el desayuno en el bullicioso local de Selene's que en casa. Gerentes, empleados de banco y hombres y mujeres de negocios se encontraban como en familia en Selene's cada mañana al empezar el día, o a partir de las diez. La sonrisa amable de Selene les dispondría para pasar una jornada feliz.

* * *

A lo largo de los años Selene's se hizo de prestigio como lugar VIP. Raro era el cliente que no se aparecía de saco y corbata, trasminando a desodorante o a *after shave* Old Spice, Brut, Rexona, English Leather, Aqua Velva, Barón Dandy, etc. Pero el aroma del delicioso café colado se imponía a todo otro aroma.

Para empezar el día y romper el hielo, ella acostumbraba obsequiar a todos sus clientes con una tacita pequeña de café express, antes del desfile del café con leche, de los tamales shilicos, de los sandwiches de queso y mortadela, y de la variedad de jugos de frutas.

El televisor estaba siempre conectado con Telemundo, y daba gusto escuchar las noticias globales de boca de Marian de la Fuente.

Pero lo más novedoso de esta empresa es que Selene no era la gerente, ni la administradora, ni la cajera, sino la moza que servía a las mesas, lo cual hacía con gracia e inteligencia emocional.

* * *

Cierto día, cuando unos obreros estaban poniendo el nuevo letrero de SELENE'S se sumó a la clientela don Marcial, un hombre de edad mediana, algo rechoncho, colorado y bonachón.

El se quedó allí parado, abriendo su boca, a eso de las once de la mañana, cuando vio a una señora pasar por su delante con una canasta grande repleta de tamales.

Ya hacía algunos meses que Selene's estaba allí. El había visto el antiguo letrero, pero a la hora que salía de su cuartucho para comprar el periódico, o para almorzar en un restaurant cercano, las puertas de Selene's estaban cerradas.

Aunque a todas luces lo que llevaba doña Leonor eran tamales, de todas maneras, don Marcial preguntó:

—¿Señora, qué trae allí?

La mujer respondió:

—Tamales shilicos, señor.

—Con que “shilicos”, ¿no? ¡A ver, dame unito!

—Están contaditos, señor.

—¿Acaso no son para la venta?

—Sí, pero son para Selene's.

En eso, la bella Selene abrió la puerta, y al ver que preguntaba por los tamales, se adelantó con la respuesta:

—A esta hora servimos café con tamales. ¿Quisiera probarlos? Pase, yo le serviré.

* * *

El no pudo desatender tan cariñosa invitación, y después de tomar asiento en la mesa junto a la entrada, se apareció un batallón de clientes de saco y corbata. El era la única persona vestida de manera informal. Si no hubiera entrado primero, no se habría atrevido jamás a entrar a un lugar VIP. Y como Selene le atendió a él en primer lugar, se sorprendió gratamente.

—A esta hora también servimos jugos de fruta, pero la mayoría prefiere café con tamales shilicos.

Así fue que don Marcial entró a Selene's, muy contento de tener al alcance de su mano un lugar tan especial, para ser atendido por una mujer de apariencia angelical.

* * *

Un día llegó más temprano que de costumbre y se puso a ayudar, mientras conversaban. Don Marcial le dice:

—¿Sabías que tu nombre es griego y tiene un significado que te cae a pelo a ti?

—Sí. Mi padre me dijo que así se dice “Luna”.

—Es cierto, y con tu guardapolvo blanco te pareces a la Luna llena y brillante, patrocinando las más conmovedoras escenas de amor.

Todo era cierto, pero ese resplandor y aureola de luminosidad ocultaba en su vida cráteres y heridas profundas que como la Luna no lograba disimular.

La cercanía de un niño hermoso como ella y con dos apellidos iguales era un indicio de que su órbita fue una vez remecida por un asteroide que se hundió en su vida dejando un cráter en su cara invisible.

Cuánto amó Selene para que eso ocurriera, es de imaginar. Pero después de aquella embestida del amor ella no volvió jamás a exponerse en la vida.

* * *

Con el transcurso de los años, de la Selene adolescente, de la Selene universitaria, sólo quedaba el resplandor de su mirada, su guardapolvo blanco y su atención esmerada. Pero su historia pasada nadie conocería jamás.

Miento. La llegó a conocer don Marcial, cuyo cuartito taconeado de libros y de viejos periódicos se encuentra en la misma cuadra de Selene's, en un recoveco oscuro e iluminado por la luz de una claraboya, en un inmueble colonial hecho de quinchá, al cual se sube por una interminable escalera sin descansos, muy desgastada por el continuo trajín.

Don Marcial se había jubilado recientemente. Toda su vida estuvo dedicado a la docencia en una escuela primaria. Aunque con una vida social ajetreada y un espíritu amigable y noble, diversas circunstancias le impidieron formar un hogar.

Le habían notificado que fuera buscando otro lugar porque el inmueble iba a ser demolido para levantar allí un edificio. Pero eso no ocurría, y él seguía allí, porque tenía baño propio y una claraboya a cuya luz devoraba el periódico de principio a fin.

El sentía gran necesidad de conversar con alguien de confianza. Por eso, al cabo de tres semanas, volvió a Selene's.

* * *

Don Marcial llegó por segunda vez antes que desde dentro se abriera la puerta y se agolpara a la calle el aroma del café express. De nuevo, Selene le dio la bienvenida:

—¡Oh! ¿Usted de nuevo? ¡Qué alegría verle! ¿Le gustaron nuestros tamalitos shilicos?

Don Marcial no pudo articular palabra. Respondía con el lenguaje de la sonrisa. La única palabra que profirió fue:

—¡Ajá! ¡Ajá!

Cuando tomó asiento, esta vez junto al mostrador, el batallón de empleados bancarios se dispuso a tomar asiento junto a las mesas.

* * *

Don Marcial repitió el café con tamales shilicos, y al salir le agradeció a doña Leonor, mientras Selene estaba ocupada atendiendo a los empleados del banco.

Desde aquel día volvería a aparecer más seguido, segundos antes de que se abrieran las puertas del establecimiento a las diez, de modo que la primera persona que veía en su jornada era Selene. Esta irradiación de luz lunar, al contrario del efecto que produce en los lunáticos, era para él medicina a sus huesos.

Cierto día, él también apareció de saco y corbata, lo cual llamó la atención de Selene y de doña Leonor.

—¡Qué milagro! —le dijeron—.

Mientras tomaban asiento los demás, doña Leonor le pregunta:

—¿Y en cuál banco trabaja usted?

—Yo no trabajo en ningún banco. Yo vivo en esta misma cuadra.

—¡Ah! Entonces somos vecinos. . .

Desde entonces era el primero en entrar, era el último en salir, y se comedía a ayudar recogiendo el servicio. Aunque al principio no se lo permitieron, como se trataba del “vecinito”, su ayuda era bienvenida. Y aunque al comienzo le causaba incomodidad, tuvo que acostumbrarse a recibir a diario su café y su tamal de cortesía.

* * *

Don Marcial no hacía ninguna pregunta de carácter personal. Es que su propio mundo era un tanto reservado, frío, distante.

Cierto día, después que cerraron la tienda a medio día, él se quedó dentro en su mesita de siempre, leyendo el periódico del día, mientras adentro, doña Leonor y Selene ordenaban las cosas para cerrar.

Entonces doña Leonor le dice:

—Le agradezco por su presencia, vecinito. Ya sentíamos la necesidad de que hubiera un hombre cerca, para hacernos respetar.

En eso sale Selene y se sienta a su lado, y le acompaña mientras él toma su jugo de frutas.

—¿Cuál es su apellido, don Marcial?

—Merino, como la Primera Ministro.

—¿Y dónde está su oficina?

—No tengo oficina, vivo a media cuadra, y soy la expresión real de mi nombre, Marcial. Yo me encuentro como Marte, solo y tan distante, que el ser humano quizás no alcance a llegar allá.

* * *

Entonces les deja ver la primera plana de “El Comercio”, donde se anuncia la iniciativa del Presidente Bush, de inyectarle a la NASA el trillonario apoyo financiero que necesita para reanudar sus viajes a la Luna, y lograr después que los astronautas norteamericanos lleguen a Marte antes del 2030.

Y con un suspiro concluye:

—Pero quizás no lleguen jamás.

Cuando se levantan de la mesa y se disponen a salir, las mujeres ven en él un hombre bueno. Su único parecido con Marte es su rostro colorado. Y él suspira de sentirse tan distante, como Marte, que ningún ser humano lo pueda alcanzar.

* * *

Después de aquella ocasión, don Marcial decidió cambiar de horario, y entrar a Selene’s antes de la hora del desayuno, para ayudar.

Selene seguía siendo la única moza del establecimiento. Ninguna chica hermosa, ni ningún mozo creído la remplazarían jamás. ¡Menos un hombre regordete que se atascaría entre las sillas y las mesas, con tan grande show!

Pero cuando Selene’s abría, todas las mesas estaban listas, con su mantel blanco y brillante y su rosita natural, además de los saleros, azucareros, ceniceros, palillos mondadientes y servilletas de papel. Todo eso hacía don Marcial.

Después del desayuno, él recogía el servicio de la manera más pulcra y lo entregaba a la empleada de la cocina. Incluso tomaba la escoba y barría el piso después de colocar las sillas sobre las mesas, para volver a disponerlas después de manera artística para la “Hora Feliz”.

* * *

Al verle de traje y corbata, muchos llegaron a pensar que era el dueño del negocio.

Así transcurría el tiempo hasta que a doña Leonor se le ocurrió invitarle a su casa para el cumpleaños de Selene.

A la hora indicada, él se presentó a la puerta con un ramo de flores.

Selene bajó las escaleras para abrirle, y al recibir las flores le besó, ya no en la mejilla, como solía, sino en la frente.

El mundo de don Marcial se convulsionó. Le pareció que un aerolito atravesaba su tenue atmósfera, y dejaba sobre su desértica superficie colorada un suave cráter de rojo carmesí.

La casa le parecía familiar, salvo algunos detalles, como haber visto por primera vez a Selene sin su guardapolvo blanco. Su colorido vestido de una sola pieza resaltaba su belleza, y sus pequeñas arrugas habían desaparecido.

Allí mismo conoció a la señora encargada de preparar los tamales. Ella vivía con ellas pero tenía su domicilio al lado. La única persona a quien no conocía aun era Yoél, un hermoso muchacho de 16 años, la perla de gran precio de Selene y de su madre Leonor.

* * *

Doña Leonor entretuvo a don Marcial en la sala mientras Selene y la Sra. Chacón, disponían en la mesa los últimos toques festivos.

Doña Leonor parecía que quería confiarle a él el cuidado de su hija. Del mismo modo, sin necesidad de palabras, se enteró que Selene no se había casado nunca, y que del padre del muchacho no se habían vuelto a enterar.

También llegó a saber que su papá murió justo cuando Selene empezaba sus primeras prácticas en la Facultad de Medicina, y que ella salía de la casa con su flamante guardapolvo de doctor, corriendo para tomar el micro o el taxi.

Doña Leonor le cuenta:

—Aun en la casa lo pasaba de guardapolvo, y si había necesidad de ir al chino a comprar aceite o pan, salía de guardapolvo. Los vecinos sabían que era “la doctora”.

En la sala se veían sus libros de medicina, y un plato que recibiera el día de su cumpleaños con el símbolo hipocrático en el centro: Una serpiente enroscada en un palo y haciendo gotear su veneno en un tazón en la parte superior, el mismo que ipso facto se convierte en el antídoto de la vida.

Este antiguo símbolo que aparece en las ruinas de la antigua clínica de Esculapio en Pérgamo expresa la acertada premonición de los antiguos galenos, de que los cuerpos tienen sus anticuerpos, y que en lo que ocasiona la enfermedad debía buscarse la medicina.

Aquella noche también se enteró de que no había otro hombre en su vida, aparte de Yoél.

* * *

La velada transcurrió de manera muy amena, porque todos eran shilicos.

La cena estuvo deliciosa, los chistes de buen gusto, como el que contó don Marcial de aquel cajacho que temprano en la mañana había cosechado los choclos de la parcela de su vecino en la pampa.

El dueño, que maliciaba lo que venía ocurriendo con sus choclos le salió al encuentro y le encuentra cargando puja puja su costal. Y le dice:

—¿De dónde bueno, vecinito?

—De puabajo.

—¿Y qué pué es eso que llevaste, tan pesado?

—Son gallinas. . .

—¿Y qué pues vaste a ser con tanta gallina?

—Humintas, vecinito.

Don Marcial se reía de sus chistes antes de acabar de contarlos.

* * *

Don Marcial era muy ameno. Por eso Selene aceptó su invitación para ir un fin de semana a cenar en el chifa.

El quería, de ser posible, hilvanar los pensamientos que doña Leonor había introducido subrepticamente en su corazón y había dejado desconectados. Y para ella, salir con él era como salir con un familiar.

Ella llegó a la cita a la hora fijada. De nuevo el colorido vestido de una sola pieza que hacía resaltar sus bien contorneadas piernas. De nuevo el besito en la frente. Esta vez ella misma limpiaría el *rouge* con las yemas de sus dedos.

Fueron al Cine del Pacífico donde daban en matinée la película de “Pantaleón y las visitadoras”, con la Angie Cepeda, y después fueron a un chifa en el Barrio Chino.

* * *

La velada transcurrió amena, y al segundo día don Marcial estuvo en Selene’s antes del desayuno y dispuso todo de antemano.

Doña Leonor no acudió al trabajo por primera vez, y como Selene no le dijo nada, él tampoco preguntó.

Cuando las empleadas de la cocina salieron, ellos dos se dispusieron a cerrar el establecimiento. Ella había dejado dentro su guardapolvo blanco, y su falda a cuadros de tela escocesa salió a relucir. Las miradas de los que pasaban no se podían disimular, porque ella en verdad se parece a la Angie Cepeda.

En la esquina ella le dice:

—Para un taxi.

Ella sube, y cuando él se despedía, le dice:

—¡Sube, mentecato! ¿Acaso no le has ofrecido a mamá que hoy día almorzaremos en casa? Ella se ha quedado preparando lo que te gusta: Puspumote.

Desde que le dijo “mentecato”, él orgullosamente pensaba de sí mismo: “Yo soy Selene’s”. Y quizás ella le ha besado en la boca.

16

JENNIFER FERRARI

Al finalizar aquel largo romance que no condujo al matrimonio sino a la rutina y a la ruina, decidí incluirme en un grupo que partiría en breve a un tour en Tierra Santa. Quizás el aire de la Biblia hiciera el milagro de apagar el fuego que persistía en chamuscar mi corazón, o por lo menos hacerme olvidar los momentos más tiernos vividos en los últimos años.

Doña Josefina tenía razón cuando dijo: “Un noviazgo demasiado largo, o las bodas que son pospuestas una y otra vez, o el novio que ve a la novia con ajuar antes de la ceremonia nupcial, casi siempre terminan en la nada.”

Partiríamos en un gigantesco avión de KLM rumbo a Tel Aviv con escalas en Aruba y Amsterdam.

Fue en el Aeropuerto Internacional “Jorge Chávez” donde conocí a la bella mujer cuyo nombre ya conocía, porque estaba en la lista de los inscritos para nuestro tour. Era Jennifer Ferrari. ¿Acaso sería de origen italiano? ¿Acaso sería joven y bella?

La pude haber conocido antes, pero juzgué innecesarias, al menos para mí, las dos reuniones que tuvieron los inscritos para recibir las últimas instrucciones antes del viaje, de parte de los organizadores del tour. Quizás, lo confieso, fue debido a que no me gustaba la palabra “peregrinos” que no asistí a las reuniones. Mi viaje a la Tierra Santa no sería de peregrinación, sino de escape de todo, y de mí mismo.

* * *

Sus familiares fueron para darle la despedida a Jennifer. En cuanto a mí, yo fui solo, pues me parecía que un tour de doce días no merecía una despedida formal. Incluso mi equipaje era informal y lo llevé conmigo, pues no lo chequeé para la bodega del avión.

En la fila de pasajeros que se disponían a chequear sus documentos en el stand de KLM miré de reojo a Jennifer.

Era realmente joven y bonita. Tendría unos 35 años de edad; la misma edad que yo tenía. La piel suave de su rostro juvenil sólo era traicionada por dos rayitas en el cabo de sus ojos, bien disimuladas con el make-up. Eran unas prematuras patitas de gallo.

Al parecer, ella también quería tomar ese tour como un relax, un outing; nada más que eso. Su apariencia así lo acusaba.

“Ahora”, me dije, “falta descubrir quién va con ella.”

* * *

Jennifer vestía jeans claros. Su pelo estaba recogido atrás con una cinta, y sus ojos alegres expresaban felicidad.

En los momentos finales me pude dar cuenta de que iba sola. No iba su esposo, que sin duda lo tendría. O a lo mejor, su dicha indicaba que se iba a Israel para encontrarse allá con él.

En el largo vuelo tuvimos nada más que intercambio de miradas, como dos desconocidos inscritos para la misma aventura. Y al descender sobre el suelo sagrado en el Aeropuerto Internacional “David Ben Gurión”, me cupo el honor de ir tras ella, y sostener su bolsa cuando ella se postró y besó el suelo.

* * *

¿Por qué habría venido a Israel con un grupo de peregrinos cristianos?

Me parecía extraño. ¿Sería una agente de viajes? ¿O acaso una periodista o una escritora? ¿Vendría para escribir acerca de nuestra visita a la Tierra Santa?

Muchas preguntas pasaban por mi mente, pero todas ellas sin hallar asidero en mi alma.

Mi silencio, mi aparente ausencia se desvaneció cuando el guía israelí, que hablaba un excelente español, nos dio nombres hebreos a cada uno en el grupo. Nos dijo:

—Es algo práctico. Así podré reconocerles con facilidad a todos en un grupo tan grande, pues desde este momento todos ustedes quedan bajo mi entera responsabilidad.

A mí no me cambió mi nombre, porque David es nombre hebreo y está en la Biblia. Y a Jennifer tampoco le cambió de nombre, pues dijo con una mirada picarezca:

—Yo jamás me voy a olvidar de una chica tan bella, con un nombre tan bello. Pero le diremos “Jenny”. ¿O quieren que la llamemos “Mi Bella Genio”?

* * *

En Tel Aviv llegamos al hotel donde pasaríamos la primera noche. Allí recién Jennifer llegaría a identificarse conmigo, en ese primer momento de nuestra aventura en Tierra Santa. Es que ambos éramos “guachos”, es decir, no había una mujer para ocupar un dormitorio con dos camas junto con Jennifer; ni había un hombre para ocupar un dormitorio conmigo. De modo que nuestro guía de turismo nos puso a los dos en un solo dormitorio.

¡Yanca te digo!

Nosotros dos no podíamos ocupar el mismo dormitorio. Nuestro estado de “guachos” provocó comentarios y risitas maliciosas en el grupo.

Mientras surgía una solución milagrosa en esa tierra de milagros, yo seguía callado y ausente. Entonces vino la solución: La esposa del director del grupo se iría a dormir con Jennifer, y su esposo se vendría conmigo. El único inconveniente, que en realidad para mí no era ningún inconveniente era que la esposa del director pasaría algún tiempo con su esposo en nuestro dormitorio para tratar los asuntos administrativos; pero sólo la primera noche.

No era ninguna molestia; pero sí habría sido contraproducente hacerlo a la inversa: Que el director del grupo entrara al dormitorio de las chicas. ¡Uyuyuy!

* * *

Al siguiente día, Jennifer y yo nos vimos de lejos en el restaurant del hotel, y ella me sonrió.

Ella estaba en una mesa de puro chicas. Yo estaba, como siempre, distante, ausente y solo. Pero en ese día iba a empezar una relación estrecha entre yo y esta mujer casada. Todos los ocho días del tour se convertirían para nosotros dos en una maravillosa luna de miel.

Nuestros rostros, fulgurantes de dicha, sólo se apagaban con la luz de nuestros dormitorios. Ella compartía el cuarto con Amanda, la esposa del director; y yo con el director. Pero ambos anhelábamos que la noche de la separación se desvaneciera pronto y amaneciera un nuevo día de felicidad con una sonrisa y un tierno “Shalom” —así es como debíamos saludarnos en Israel—.

* * *

Sí, Jennifer era una mujer casada. Me dijo que era peruana, nacida en la ciudad de Celendín. Su esposo es italiano; pero el fuego del amor que abrasó su alma había sido apagado lentamente por el abandono a que fue sometida toda su vida. Por eso decidió volverse al Perú, y se enteró de este tour a Israel, dirigido por un paisano suyo. Entonces se le ocurrió que este tour sanaría su alma.

¿Otras mujeres más hermosas que ella? ¿Otros planes? ¿Cómo un hombre en su sano juicio podría ignorar a una mujer tan bella y dulce?

Ni sus amigas más cercanas se enteraron de sus secretos como yo. En la noche del primer día del tour, en Tiberias, mientras caminábamos por un sendero contiguo al muelle, remojábamos las puntas de nuestros pies en las frescas aguas del Mar de Galilea.

En las retorcidas calles de Nazaret, o en Caná de Galilea, y más aun en Jerusalem, tuvimos mucho tiempo para conversar de cosas nada santas. No fue necesario que yo la presionara para que ella me revelase sus secretos.

Nunca podré olvidar esas caderas blancas y la suave piel de sus piernas juveniles cuando se balanceaba, como modelando rumbo al pozo de lodo negro en el Mar Muerto. ¡Fue en aquel bendito pozo donde nos enlodamos para toda la vida!

* * *

Cuando regresamos a Lima, yo había perdido por completo mi timidez y el temor de enfrascarme con una mujer casada. El departamento que ella tenía en el segundo piso del edificio donde estaba la Agencia de Viajes LAST TOURS que organizara nuestro viaje, llegó a ser nuestro nido de amor. Ni ella, ni yo teníamos miedo de que un día su esposo llegase de Italia y metiera su llave en la chapa. Pero ambos estábamos seguros de que él volvería.

A pesar de nuestra dicha y deleite, una sombra de tristeza delataba a Jennifer en los primeros momentos de nuestra vida en Lima. Ella ocultaba que su hijo adolescente había sido llevado por su padre, al principio de común acuerdo, pero su ausencia prolongada ya no tenía ninguna explicación.

* * *

Cierto día su esposo apareció en la Agencia de Viajes en la planta baja del edificio. Allí tuvo un breve intercambio de palabras con Jennifer, y salió de inmediato en dirección a su automóvil. Yo lo vi desde la ventana del departamento, y por las fotos que tenía Jennifer, lo reconocí. Se parecía al gordito italiano que anima el programa televisivo “Colpo Grosso”, quien para rodeado de las chicas más lindas de la Unión Europea.

Sólo tendría 45 o 50 años de edad. Estaba elegantemente vestido, y con él iba una hueste de acompañantes, delante y detrás. Su andar era ágil, seguro, y blandía en su mano derecha una varita como de un mago prestidigitador, que de rato en rato hacía descansar apretándola bajo su brazo derecho. En absoluto tenía un aspecto malandrín.

* * *

Jennifer le siguió llorando a cierta distancia, porque los guardaespaldas de su marido le impedían acercarse a él.

Ella le gritaba diciendo:

—¿Dónde tienes a mi hijo?

El respondió con un violento movimiento de su varita mágica que se convirtió en un foete cuyo extremo lanzó un delgado chorro de humo y estalló como un fuego artificial. A nadie le llamaría eso la atención en nuestro tiempo de Star Wars.

Jennifer desistió de seguirle porque una mujer le asió de la mano para decirle en voz baja:

—Tu hijo está bien. Está recluso en Las Terrazas. Su padre te lo enviará en el momento oportuno.

* * *

Las Terrazas es una especie de oasis, un lugar con andenes, algo bastante extraño en la costa peruana que se proyecta al mar. De ese lugar desapareció el chico y no se supo nada de él. Su padre se opuso a que se investigara por medio de la policía. Primero le dijeron a ella que se encontraba en la Argentina. Y ahora se entera que se encontraba allí nomás, en Las Terrazas.

La visita intempestiva del hombre nada tenía que ver con mi presencia en la vida de su mujer. Lo nuestro parecía no importarle en absoluto. Pero me llenó de pánico la idea de que un día aquel foetazo mortal le alcanzara a ella y terminara eliminándome a mí también.

Muchas veces el “colpo grosso”, el gran golpe, es del todo irreal, como es irreal el papelito oficial que une nuestras vidas legalmente. Pero ella no piensa ni siente así. Ella se siente como un barco anclado y abandonado de su tripulación. Su capitán sufre de amnesia o se ha quedado en algún puerto olvidado. O a lo mejor abordó otro barco por equivocación.

Pero bien podría volver en sí. Eso es lo único que me asusta.

17

DON FELICIANO MARIN ACHICHIN

Don Feliciano Marín gustaba entretener a todos y sonsacarles una sonrisa mediante sus anécdotas y cuentos grotescos, casi siempre de tinte sexual.

El no era ningún mentiroso; su pecado era otro. El era exagerado, y sólo por el de divertir y regalar alegría a los demás, sobre todo en los velorios y en las fiestas familiares; y todo a cambio de unos tristes cigarros a los cuales él llamaba “velas”, como solía decir: “Si no hay vela, no se puede continuar la velada” —él se quedaba callado, y nadie le podía hacer hablar, sin encender la vela en su boca—.

* * *

Yo recuerdo cuando era pequeño, que los muchachos colegiales más grandes hacían su cuota para comprar una cajetilla de cigarrillos Inca o Nacional, y se la daban entera a condición de que contara sus historias sin detenerse. Muchas de ellas eran ocurrencias del momento, que su mente prodigiosa elaboraba una tras otra mientras los muchachos iban contando: “Trece, catorce, quince velas. . .”

Veinte velas, a dos velas por historia, le tomaba a veces un ratito, y a veces, cuando estaba en su salsa, podía alargar la velada hasta la media noche.

¡Pecado que en su círculo se acercaran las mujeres! Ellas ponían de lejos atención a las carcajadas de los muchachos y se morían de ganas por acercarse al grupo. La verdad es que podían hacerlo si querían, porque nadie las excluía; pero preferían mantenerse a la distancia porque algunas de las historias de Don Feliciano Marín eran muy subidas de tono y de color.

Por eso, cuando ellas pasaban cerca del grupito de colegiales que se formaba alrededor de don Feli, lo hacían persignándose y diciendo:

—¡Don Feliciano Marín, Achichín!

* * *

Al Feli lo agarraron de conscripto para servir a la Patria, y lo llevaron a un cuartel de Lima.

Cierto comandante, que era shilico, le pasó la voz a un oficial: “En tu regimiento sque hay un paisano; trátalo bien.”

El oficial preguntó por su nombre, y el comandante le dijo: “No estoy al tanto; pero tú lo vas a descubrir al toque, en un santiamén.”

El oficial sacó a formar al regimiento y se quedó mirando quién podría ser de Celendín. Y no atinaba, porque cualquiera podría serlo conforme a la palabra de la Eliane Karp que dice: “En el Perú, todos los niños se parecen a mi Cholo Sagrado.”

Entonces se le ocurrió un medio que le pareció que no podía fallar. Les hizo formar en el patio, gritando:

—¡Aten. . . ción!

Los conscriptos se cuadraron. El miró bien, y no adivinaba quién podría ser de Celendín. Y prosiguió a gritar:

—¡Media vuelta. . . derecha!

Les miró bien por detrás y nada vio de especial. Entonces se le ocurrió gritar:

—¡¡¡A. . . . shutúrense!!!

Todos se quedaron de pie en la posición que estaban, y sólo uno se ashuturó, es decir, se puso de cuclillas en la posición de cagar. Ese conscripto era el Feliciano Marín.

* * *

El Feli se casó siendo muy joven, y envejeció lentamente al lado de Doña Nieves Horna, su veintiúnica mujer a quien amaba con el alma. Ella da testimonio de su fidelidad a toda prueba:

—Mi Feli nunca me fue infiel en toda su perra vida. . .

—¿Y esa vez, con el maricón?

—Eso pues habrá sido antes de que nos casemos. Y ahora, a estas alturas, no le queda más remedio que seguir siéndome fiel. El les podría dictar cátedra de fidelidad a todos ustedes, tashtacos.

Ella no exageraba. El cura de la ciudad, cuando tenía necesidad de dar consejo matrimonial, se lavaba las manos y mandaba a sus feligreses cuesta arriba, diciéndoles: “Don Feliciano Marín les puede aconsejar.” Y a todos los borrachitos se los encaminaba cuesta arriba diciéndoles: “Y de paso, dile que te dé en mi nombre, la extremaunción.”

Y no es que delegara sus funciones sacerdotales a un lego, ni que lo tuviera en tal alta estima, casi en el sitial de un santo mocarro, sino que de esa manera se deshacía de los feligreses que le quitaban su tiempo e interrumpían su siesta so pretexto de entrar a la iglesia a ponerle su vela al santo. Dicen que les decía:

—Anda ponle “velas” a Don Feliciano Marín. —Y se refería a que don Feli les llamaba “velas” a los cigarros—.

Pero en cierto sentido, don Feliciano era un santo, porque de vez en cuando se resultaba alguno que otro milagrito.

* * *

De joven no había sido así de santo. Por eso las mujeres lo veían pasar y se persignaban diciendo: “¡Achichín!”

En cierta ocasión nos contó lo que le ocurrió después de una fiesta a la que le invitaron unos paisanos que vivían en una casona arrendada en Barrios Altos. De eso ya hace toda una vida, porque ocurrió poco después de que salió de licenciado del Ejército.

El nos contó:

Había trago, y la dueña de casa nos obsequió a todos con “velitas” sobre una bandeja que iba con su cajita de fósforos al lado.

Había una señorita invitada que poco a poco fue mostrando interés por mi persona y mis historias. Parecía no ruborizarse como las demás mujeres, quienes me miraban de

rejo. Era la mujer más hermosa de la fiesta, y como nadie me la presentó, ella misma se presentó a mí con ese gran desenvolvimiento de las mujeres limeñas mazamorreras:

—Me llamo Charo. Es decir, así me llaman. . .

Sonriendo pícaramente me extendió su mano con sus dedos refinados y su aro de oro reluciente. Evidentemente, era casada. Pero como les digo, nadie me la presentó, ni yo tenía por qué estar averiguando nada.

Todavía no era tarde en la noche cuando nos dio a entender que tenía que marcharse, y yo quise ser gentil y educado acompañándola a la puerta, ante la mirada de algunos paisanos que parecían tener algo entre manos, porque al mirarme sonreían de solapa.

Cuando ella se fue, yo volví adentro sólo para despedirme y volver temprano a mi posada. Estaba alojado en la casa de la Shapiringato.

* * *

Yo que salgo de la fiesta y me dirijo a la esquina iluminada con un farol colonial, cuando viene en dirección de mí una hermosa mujer vestida de rojo insoportable, como la señorita que tanto se había divertido escuchando mis historias en la fiesta. A corta distancia me doy cuenta que era ella misma, la Charito, que volvía a la fiesta porque parecía haber olvidado algo. Y me abrazó como un familiar o un viejo conocido.

Le pregunté:

—¿Te has olvidado algo?

Me dijo:

—Sí. Me olvidé de preguntarte tu teléfono o tu dirección.

Me sorprendió su familiaridad, y le respondí:

—Yo no soy de por aquí. . . Yo soy de Molinopampa.

Me dijo:

—Pero en algún lugar estarás alojado. De todas maneras, quería decirte que si necesitas alojamiento, en mi casa tienes un cuarto a tu disposición. ¿Quieres verlo? Está cerca de aquí.

Me pidió que la acompañara a su casa; sólo tomaría unos minutos a pie.

Tuve que acompañarla.

Al llegar, me hizo pasar; y efectivamente, tenía un cuarto desocupado y bien arreglado. En su sala seguimos conversando, porque no estaba su marido o algún otro familiar, y poco a poco pasamos a las manos, y después a la intimidad. Y cuando le bajé su calzón, resulta que el maldiciáu era un maricón. ¡Y a mí que me parecía la mujer más hermosa que jamás había conocido!

Le preguntamos:

—¿Y qué pasó, don Feli?

—Pasó que a falta de pan. . . ¡buenas son tortas!

* * *

Don Feliciano Marín podría no haber estado jamás involucrado en las historias que contaba, pero parecía haberlo estado. También las personas que contaba de otras personas eran tan vívidas, que parecía haberlas vivido él mismo. Pero lo más seguro era que en ese momento recién se le estaban ocurriendo los detalles.

Los que le escuchábamos lo sabíamos, pero a nadie se le ocurriría cuestionarle o expresarle dudas de lo que decía, por miedo de que se acabara la fiesta si acaso él decía: “Entonces ya no sigo. ¿Para qué pues así? ¡Mujeres de poca fe!”

Lo necesitábamos para abrigar y alegrar nuestras veladas, y él nos necesitaba para fumar gratis, de acuerdo con su vocación.

Ya viejo, él no tomaba, pero sí fumaba un cigarrillo tras otro y parecía atrapar sus historias improvisadas en el humo que en bocanadas de forma de roscas despedía su boca hacia el cielo, como una plegaria.

* * *

Otras veces, cuando acababa una historia y se quedaba en silencio mirando a las vigas en busca de alguna otra historia o de algún indio pishgo, varios se hacían los comedidos para meterle en la boca otra “vela”, para que pudiese continuar.

Lo hacían colocándola con delicadeza sobre sus labios resecos. El tomaba los cigarros extras y los guardaba en una cajetilla plegada que llevaba en el bolsillo de su camisa. Así es como acumulaba velas para toda la semana.

Otras veces, cuando la historia se hacía larga, él podía detenerse en la mitad, diciendo: “Se acabó el cabo de vela.”

Entonces había que ponerle un cigarro más en sus labios.

* * *

—¿Y así se llamaba? ¿Feliciano?

—Sí, ¿por qué?

—Yo pensé que así le habrán llamado porque vivía al costado de la Plaza de Toros “La Felicianana”.

—Sí, allí vivía. O mejor, allí estaba su casa, porque él vivía en todos los rincones de la ciudad, sobre todo en las fiestas y en los velorios. Pero es cierto, en un costado de la Plaza de la Felicianana estaba su tienda donde su mujer beneficiaba la carne de los bravos de las corridas de toros. Así es como empezó su negocio de vender carne en el camal. En cuanto a él, dicen que había sido albañil, y de los buenos. Sólo de viejo se le dio por meterse de consejero matrimonial y de su alcahuete del cura.

—¿Le pagaría por eso?

—¿Cuándo pues? ¡Manan kanchu!

* * *

¡A cuántas parejas no les habrá salvado de la separación y del divorcio! ¡A cuántos hogares no les habrá traído armonía, estabilidad y dicha sexual!

Nos cuenta que en cierta ocasión le visitó su vecina, llorando, para contarle acerca de su marido:

—El me pega. Todos los días me suena, el maldiciáu.

Efectivamente, las señales del abuso conyugal eran visibles en todo su cuerpo. Por lo que Don Feliciano le dijo:

—Masque, anda, dile que venga; que quiero conversar con él.

El hombre acudió, o mejor dicho, se dejó arrastrar con su mujer a la trastienda de Don Feli; después de todo, Don Feli era una persona amable que no había por qué temer. En sus adentro se decía: “¡Dejuro que hay serrr para algo bueno!”

Don Feliciano le dijo:

—Oye, Jacinto, a ver dime, ¿por qué pue le sueñas a la Cloti a diario. Mira su carne molida. . .

Respondió:

—Es que allí, donde usted la ve, es una burra. Yo trabajo todo el santo día, y cuando llego a la casa cansado, me agota la paciencia.

Don Feliciano, que sabía que ella vendía en la plaza vendiendo yuca, chancaca y otros productos de Llanguat, le dijo:

—¿Y acaso ella también no está cansada y nerviosa de pasar todo el tiempo expuesta a la insolación. Y encima, te tiene que preparar la merienda. Tú has comido hoy, ¿verdad? Si no, me gustaría invitarte. . .

—Sí, pues, Don Feli. . .

* * *

Don Feliciano puso su mano sobre su hombro del Jacinto en señal de amistad y le dijo:

—Sólo quisiera que me saques de una duda, buen hombre. . .

—¿Qué será, pues?

—Dime si cuando pelean aparece en el suelo de tu cuarto algún billete de diez soles, o de cincuenta soles, o de cien soles, según la golpiza?

Con los ojos desorbitados de sorpresa, le dice el Jacinto:

—¿De dónde, pué, Don Feli? ¡Cómo squé va a aparecer nada así nomá!

—¿No aparece nada? ¿Ni siquiera un billete de diez soles aparece?

La Cloti interrumpe sonriendo y dice:

—¿De dónde pues va a aparecer nada?

Don Feliciano les dice:

—¡Vaya! Yo pensé que aparecía algo. . .

* * *

Los dos estaban a punto de creer que realmente aparecía algo por arte de magia, y ellos no se daban cuenta por pelearse. Pero Don Feli, que sabía de todo, quería averiguarlo.

Ya se proponían mirar con más atención al suelo la próxima vez que ella le provocara y él le sonara, cuando Don Feli continuó hablándoles:

—¿Están seguros de que nada aparece? Entonces no vale la pena golpearse y herirse mutuamente. Porque si apareciera algo, digamos, un billete de cien soles, entonces yo les aconsejaría: “¡Dense duro! ¡Mátense, si pueden! Pero como ustedes dicen que nada aparece, no vale la pena herirse, pues. . .

Esa conversación fue santo remedio, porque a la Cloti y al Jacinto les va bien. Hace años que viven en relativa armonía, y juntos envejecen chaposos y buenos mozos.

* * *

He aquí otra de las historias que nos contó Don Feliciano Marín:

Resulta que yo lo conocí personalmente a ese grajiento. Se llamaba. . .

Realmente, nunca he llegado a saber cómo se llamaba, porque aquí en Celendín, sólo lo conocían por su apodo “Bigotín Comodín”.

Su historia es increíble, porque se cuenta que cuando le tocó nacer, al grajiento no se le dio la gana de salir a la intemperie. Prefirió quedarse adentro, en el vientre su madre mes tras mes, y año tras año, para evitar la fatiga.

Finalmente, lo tuvieron que sacar a la mala en Lima, mediante una operación que llaman “cesárea”. Y cuando lo trajeron al Huauco, dos meses después de la operación, empezó a andar en un andadorcito improvisado de varas de lloque amarradas con cintillas de reata. No tardó en andar y hablar, y al año ya tenía bigote ralo. Por eso le decían “Bigotín”.

Cierta vez le propusieron llevarlo a Estados Unidos, para estudiarlo, pero no quiso separarse de su mamita. Siempre que le preguntaban por qué no quería nacer, decía: “Porque allí adentro me sentía bien cómodo.” Por eso squé le pusieron el apodo de “Comodín”.

* * *

Antes de cumplir un año, el Bigotín aprendió a fumar, y alguien le regaló una caja de habanos. El hombrecillo, que no creció mucho y andaba encorvado por habérselas pasado de comodín demasiado tiempo en el vientre de su madre, hacía alarde que desde que estaba allí adentro le gustaba mucho el olor del tabaco y de los habanos que fumaban las visitas.

Cierta noche, dizqué, le pidió a su madre que le pusiera un habano en la boca. Ella no le hacía caso, porque no podía creer que él pudiera fumar allí adentro. Finalmente, después de tanta insistencia le satisfizo. Y cuenta él que lo rechazó diciendo: “¿A mí con cuentitos? ¡Esto no es un habano, carajo!”

* * *

Don Feliciano proseguía con su ingeniosa cadena de historias:

A propósito del Bigotín, te contaré del diálogo de dos mellizos en el vientre de su madre. Uno le dice al otro:

—¿A ti qué te gustaría ser cuando nazcamos y seas grande?

Le respondió:

—¡Yo voy a ser doctor!

—¿Y para qué quieres ser doctor?

—Para curar a la gente. ¿Y qué quisieras ser tú cuando nazcamos y seas grande?

—Yo quiero ser boxeador. . .

—¿Y para qué pues quieres ser boxeador?

—Para sacarle la mierda a ese que nos escupe todas las noches.

* * *

A Don Feliciano se le adjudica aquel aforismo que rebalsa de filosofía y de surrealismo existencial: “Cada cual hace con su culo lo que se le da la gana.” Y demuestra lo dicho en términos académicos.

Nos dice:

Por aquellos años me gustaba pasar los Carnavales en Oxamarca, y me divertía mucho allá. Esa gente de “Oxford” es muy ingeniosa para improvisar la letra de las coplas carnavalescas al son de la guitarra.

Una de esas coplas decía:

*Una mujer se sentó;
una mujer se sentó,
sobre una piedra caliente,
sobre una piedra caliente.*

*¡Qué sustazo que se dio!
¡Qué sustazo que se dio!
Al quedar de permanente;
al quedar de permanente.*

* * *

El también nos contó la historia de la putita avivada de Lima que a todos se los metía al bolsillo, pero que se quedó lela ante la movida de un shilico:

El paisano le preguntó cuánto cobraba, y ella respondió:

—Cien soles.

El paisano le preguntó:

—¿Y si lo meto sólo la mitad?

Ella le dijo:

—*En ese caso, sólo es cincuenta soles.*
¡Obvio! Porque pensaba que no valía la pena discutir por pequeñeces.
El paisano se pasó de la raya, y cuando le entregó un billete de cincuenta soles, ella le dijo, molesta:
 —*¡Son cien soles! Pues lo metiste todo.*
 —*¿No me dijiste que la mitad era cincuenta soles? ¡Yo me refería a la otra mitad!*

* * *

Resulta que con el paso de los años su mujer se alocó y tuvo que pasar un tiempo bajo la atención de un psiquiatra en Cajamarca, a donde la llevaron en su góndola de Don José Reyes.

El tratamiento se alargaba demasiado y la mujer no volvía a casa en Celendín, por lo que Don Feliciano le escribía una carta tras otra.

Por fin la mujer le escribió diciéndole: “El Dr. Artidoro Cáceres Velásquez dice que para estar seguro con respecto a mi mal, tiene urgencia de conversar también contigo personalmente.”

Don Feliciano viajó, y estuvo un tiempo él también bajo tratamiento psiquiátrico, hasta que el Dr. Cáceres pudo darles de alta.

Regresaron los dos a casa, sanos y contentos. La boca se les llenaba de sonrisas cuando Don Feli contaba en medio del humo:

—El Dr. Cáceres finalmente dio su diagnóstico: “No sólo la Nieves está loca. ¡Tú también estás loco de remate!

—¿Usted también, Don Feliciano?

—Fíjate, los dos squé estábamos locos. ¡De que me muera de cólera!

—¿Cómo puede ser cierto?

—Así dice nuestra historia clínica: Yo loco loco; y ella loquita.

18 SU UNICO REGALO

El Gilberto tenía quince años cuando se sentó en una reunión de jóvenes en la que se estaba hablando acerca del valor de la pureza sexual con miras a contraer matrimonio. Estaba reclinado hacia delante, mirando atentamente al orador por debajo de la visera de su gorra de jockey. Su mente se adhería sólo a algunos fragmentos de lo que decía el orador, y cuando el orador habló del “mejor regalo de bodas”, “el único regalo que realmente vale la pena dar”, hizo un esfuerzo para lograr su concentración al cien por ciento.

Súbitamente sintió que algo anidaba en su pecho, e inspirado por las palabras del orador se hizo la promesa de que llegado el momento para él, le daría a su amor ese regalo maravilloso. ¡Y a lo mejor ella se llamaría Lupita!

Se trataba de un regalo único, porque sólo se podía dar una sola vez y a una sola persona. Y su estima residía en que servía de fundamento para una vida llena de dicha. Pero todo dependía de saber atesorar dicho regalo hasta el momento oportuno.

La chica que lo recibiría, Lupita, sería para él la persona más hermosa del mundo. Por eso mismo, él tenía la responsabilidad y el privilegio de conservar su único regalo hasta el momento oportuno.

* * *

El Gilberto era un muchacho gracioso y bien parecido. Ya había tenido ciertos problemas con su madre a causa de que las chicas la tenían harta con sus llamadas telefónicas a casa, muchas de ellas cuando él aun estaba dormido y tardaría en despertarse. La mayor parte de las veces ella se quedaba atada a conversaciones banales porque el bello durmiente no se dignaba a responder él mismo.

Su madre le habló seriamente:

—Desde ahora en adelante, a tus amiguitas me las atiendes tú. ¡Yo ya estoy harta de entretener a mocosas!

Y él respondía:

—Ellas no son mis “amiguitas”; y no sé quién les habrá dado el número del teléfono.

Es que las chicas se alocaban por él, y ante la más tenue insinuación se irían a la cama con él, como dice el apóstol Archie Banker: *¡Ipso facso!* Pero él, a pesar de que sus amigos del barrio ya habían tenido algún tipo de experiencia sexual, le confesó a su madre:

—Yo quiero conservar mi regalo, mi único regalo, para la chica más hermosa del mundo. Por eso, no me puedo exponer a las llamadas telefónicas de esas mentecatas.

Mientras conversaba con su madre acerca de sus amigas de la iglesia, dio expresión a la promesa que se había hecho a sí mismo: Que no tendría sex con ninguna de ellas hasta que se casara con aquella chica especial a quien él le daría “su único regalo”.

* * *

Después de un tiempo hubo otra reunión de jóvenes, y dio la casualidad de que el orador era el mismo de la primera vez, un joven especializado en jóvenes. Creo que se apellidaba Gabel; es de Argentina.

Esta vez, el Gilberto puso atención desde el comienzo. A pesar de todo su esfuerzo, él estaba presente y al mismo tiempo ausente, distante, en el altar de un templo lujoso, hermosamente adornado para la especial ocasión de su boda.

Se imaginaba la escena de principio a fin. Se miraba a sí mismo vestido de un smocking blanco, que simbolizaba su pureza que había atesorado para su novia.

Se imaginaba verla caminar lentamente por el pasillo central. . . ¡Lupita!

Se imaginaba cómo la besaría después de la ceremonia y cómo la llevaría levantada en sus fuertes brazos hacia la noche más romántica de todas las noches desde la noche de la procreación.

La reunión de jóvenes ya había terminado hacía varios minutos, pero él seguía aferrado a su sueño.

A esas alturas ya estaría en plena luna de miel, siempre vestido de blanco, y ella hermosa y radiante.

—¿De negro?

—¡De blanco! ¡Bah!

* * *

Durante su último año de la secundaria conoció a esa chica especial. Primero su nombre fue María. Luego fue Cristina. Luego fue Penélope, y las tentaciones eran increíbles.

Cuando llegaba cada domingo, se sentaba en la banca de su iglesita evangélica y pensaba que estaba una semana más cerca de materializar su sueño, el cual se hacía más nítido en su imaginación hasta que decía: “¡No! ¡No puede ser!”

El Gilberto se graduó de la secundaria con su sueño intacto. Comenzó sus estudios universitarios, y allí conoció a Lupita, la chica más hermosa del mundo.

Verdaderamente, ella era la única para él. Después de un tiempo que salieron juntos, se comprometieron en la primavera. Todo estaba resultando como siempre lo había soñado, hasta el momento cuando empezaron a planificar los detalles para la boda.

* * *

El día en que le dijeron a la mamá de Lupita que Gilberto iría al altar de blanco, por haberse conservado virgen, a ella le dio un patatús. Y cuando escuchó que también los padrinos irían vestidos de blanco, se le quemaron todos los fusibles.

—¡Los hombres no val al altar vestidos de blanco, sino de negro! —repetía la vieja, hecha una leona—.

Y añadía:

—Solo la novia va vestida de blanco. El smocking blanco del novio, le robaría majestad al vestido blanco de la novia.

Y concluía gritando al estilo del Marqués de Vargas Llosa en su campaña presidencial:

—“¡Eso no se lo vamos a permitir!”

* * *

La Lupita y el Gilberto hicieron todo cuanto pudieron para convencerla de la necesidad de romper los esquemas. La madre de ella dijo:

—Soy yo quien va a financiar la boda, y no voy a gastar mi plata en un ridículo smocking blanco. ¡No es nada apropiado! ¡Haremos el ridículo y nada más!

El Gilberto le dijo:

—Yo mismo voy a mandar a confeccionar mi smocking blanco. Usted no tiene que preocuparse por este detalle de la boda.

* * *

El tire y jale continuó por varios meses, y el Gilberto no dio su brazo a torcer.

Después de todas las pruebas, él logró ver cristalizados sus sueños a los cuales se había aferrado con tanto empeño.

Por fin la futura suegra se convenció de la pureza y de la nobleza de Gilberto, y en lugar de sentir reacciones negativas llegó a apreciarlo cada vez más, porque la firmeza de su carácter que era la garantía de la felicidad de su hija.

Finalmente acordaron que él vestiría de blanco, pero los padrinos vestirían de negro. Gilberto no logró negociar de que por lo menos los padrinos fueran vestidos a rayas blancas y rayas negras, o al revés: De bolas blancas o de bolas negras. De este modo no habría vencedores, ni vencidos, ni desvinciados, como se suele decir: “¡Ni para mí, ni para el diablo!”

* * *

El papá del Gilberto me envió hace poco una fotografía de la boda de su hijo con Ximenita, que así se había sabido llamar la chica. En la carta adjunta me cuenta la historia que he compartido con vosotros.

La foto es espectacular: Los padrinos estaban alineados en una fila vestidos con smocking negro. Ninguno estaba vestido de blanco, ni a rayas, ni a bolas, porque el Gilberto no se salió con las suyas sobre este particular.

Pero él si estaba vestido de blanco de pies a cabeza. Resaltaba su radiante smocking blanco, sus zapatos de charol blanco. Su corbata era de color leche, y los marcos de sus anteojos habían sido artísticamente elaborados con marfil blanco.

—A su lado estaba Ximenita, toda radiante y vestida. . .

—¡De negro!

—No Calongo. Ella también iba de blanco como él. . . Y a los lados de los novios estaban los padres de ambos, vestidos. . .

—¡De blanco!

—Ellos iban vestidos de radiante alegría. Y el Gilberto. . . El iba portando su único regalo. . .

19 CARMEN Y COQUITO

La tarde de toros se hacía larga y tediosa, particularmente sofocante en aquel chaque repleto de estancieros, cuya altura a las justas permitía andar erguida al promedio de gente.

A pesar de todas las incomodidades, la muchacha no abandonaba su lugar privilegiado junto a la rejilla que le permitía ver con claridad la corrida de toros por entre las nalgas de los toreros apostados al costado de la barrera salvavidas. Y era privilegiado porque estaba doblemente protegido contra las embestidas del toro que repetidas veces levantaba con sus filudas astas las tablas que protegían a la gente del chaque.

Ella había encontrado lugar justo a un costado de esa barrera salvavidas, donde podía contemplar con encanto las pantorrillas rosadas del matador Paco Céspedes, que ella se moría de ganas de morderlas rico rico. Lamentablemente se encontraban a pocos centímetros más allá de su alcance.

* * *

El sopor sofocante se aminoraba por la cercanía y el refrescante resuello del Francisco, el único estanciero que por extrañas circunstancias rehuía la chicha y el cañazo que circulaban en el chaque. La muchacha, de caderas bien contorneadas y culo parado gustaba contemplar la cara serena del Francisco, en vez de la corrida.

Se habían conocido en la camioneta pick-up que los llevaba a Celendín por la cuesta de Llanguat para su fiesta de Nuestra Señora del Carmen, y el destino parecía empujarlos para estar todo el tiempo cachete con cachete.

En Celendín se habían alojado en la misma posada en Chacapampa, en el extremo norte de la campiña. La misma estaba repleta de chalaneros y llanguatinos que habían venido a los toros.

Cuando terminase la tarde taurina volverían temprano a la posada. Y de regreso a Chalán ella no se desviaría de Pisón a su casa de campo que estaba junto al ojo de agua, sino seguiría un poco más allá con el Francisco. Finalmente, los dos aparecieron ante doña Clotilde, la madre de él.

* * *

El muchacho jamás pensaría que ella le tomaría en serio cuando hablaron de rambarse. Pero como doña Clotilde necesitaba ayuda para soplar el fogón y dar de comer a la coche, su compañía le caía a pelo.

No hubo matrimonio. Al año siguiente cuando volvieran a su fiesta de Nuestra Señora del Carmen, pondrían en orden sus papeles en la Municipalidad de Celendín. Pero no volvieron ese año porque recientemente la muchacha había dado a luz a una preciosa criatura que llamaron Carmen o Camucha.

A don Amadeo, que se dedicaba a visitar a la gente entre siembra y cosecha, le agarraron de bajada para que “la cargase”. Y él respondió que no sólo la cargaría, sino

también les ayudaría a criar a la pequeña, porque les decía, encariñado: “Herencia de Jehová son los hijos.”

Aunque no entendían sus palabras, sus visitas les eran muy gratas. El les exhortaba que fueran a poner en orden sus papeles en la Municipalidad.

Al año siguiente tampoco subieron a la fiesta patronal porque nació su hermanita de la Camucha, que lamentablemente se murió de hinchazón antes de cumplir dos años. Y a ella le siguió el Lucho, y una niñita más.

Cuando la Camucha tenía once años y el Lucho ocho viajaron a la corrida de toros, dejando a la bebita al cuidado de la abuela. En aquella ocasión Francisco esperaba que por fin tendría la oportunidad de tener en orden sus papeles como a menudo le insistía don Amadeo.

* * *

En la primera tarde de toros la mujer volvió al mismo chaque y el Francisco desapareció de la escena. Y para alejar de sí a la Camucha y al Lucho, que añadían a su sofocación, les dijo que fueran a los toldos a buscar a su papá, que estaría apostando a la ruleta esperando aparecerse con su potocho lleno de cheques, porque squee era “un hombre de mucha fe”.

Los niños sabían que eso no era cierto, porque habían oído antes de venir que su papá se iría derecho a conversar con el pastor Marín de la Iglesia del Séptimo Día en busca de consejo para casarse y arreglar su situación matrimonial.

Por allí andarían hambrientos por las cercanías de los toldos de las vivanderas ansiosos de que se apareciera su padre y les comprara un helado o un tamal.

* * *

En la segunda tarde el Francisco se desapareció de nuevo. Mientras tanto, en el chaque, la mujer y el Segundo Francisco se alistaban para no perder el momento en que los toreros entrasen al ruedo con sus nalgas apretadas y su capa al hombro.

El galán miraba de reojo el rostro aprehensivo de la ardiente estanciera que esperaba nerviosa de un momento a otro la llegada del Francisco.

Los toreros saludaron al público, y sonó la corneta anunciando la salida del primer toro de la tarde.

Al final de la jornada, mientras la multitud se enralecía y se tornaba oscuro, la empezó a enamorar junto a la escalera del palco:

—¡Tú vales todo un Perú!

Ella no respondía. Y él seguía diciéndole:

—¿Acaso no lo sabes? ¿Nadie te ajoja a cada rato diciéndote que eres tan buenamoza?

* * *

Ella parecía mirar a través de él. Esquivaba su presencia haciéndose a un lado y a otro, intentando ver llegar a sus hijos y a su marido, para encaminarse a la posada en Chacapampa.

Sintiéndose desolada, ella decidió bajar a Chacapampa; quizás su marido y sus hijos se habían adelantado para conseguir algo de comida.

El Segundo Francisco se ofreció a acompañarla. Y aunque ella no le respondió ni sí ni no, él empezó a bajar a su lado, acelerando el paso como ella hacía en su intento de deshacerse de él.

En la posada no se hallaban ni su marido ni sus hijos.

* * *

De nuevo, a La Felicianana, seguida por el galán, que intentaba contarle de las maravillas de la selva, donde había la posibilidad de navegar en los ríos o de volar en avionetas, y donde no era necesario taparse con un pullo porque se podía dormir sipralla, aunque con mosquitero.

Le decía, intentando verla reír:

—¡Para que se mueran de ganas los zancudos al contemplar tus nalgas chaposas que jamás tendrán la dicha de poder alcanzar, como yo pobre!

La mujer empezó a reír y a contemplar de reojo la cara del Segundo Francisco. Finalmente, él le hizo la pregunta que tantas veces había ensayado en su alma:

—¿Por qué estás sola? ¿Ese hombre que esperas es tu esposo?

Y continuaba:

—En la selva, todo es prosperidad, verdor y abundancia. . .

En la Felicianana se enteró de que el Francisco y los chicos la habían estado buscando, y que habían bajado a Chacapampa. Y abajo, le decían que se había subido a La Felicianana.

El Segundo Francisco corría tras ella.

* * *

En la tercera tarde se encontraron en el chaque, y de nuevo la mujer se halló desolada mientras el marido hablaba con el pastor.

El Segundo Francisco empezó a tentarle para que se fuese con él a Pucallpa, y le mostró un fajo de cheques para el pasaje de los dos. Al día siguiente podrían encontrarse en el chaque, y podrían tomar un micro a Cajamarca, allí mismo a la salida de la ciudad. Ella conocería la costa y la Capital. Le dijo que la Carretera Panamericana era “asfaltada”.

—¿Qué es eso? —preguntó ella, y su pregunta reveló el comienzo de su interés—.

—Es una sustancia negra de las carreteras que hace que el recorrido de los carros sea suave y placentero.

—¿Desde tan lejos has venido sólo para ver los toros? ¡Estás loco!

—Nunca llares “loco” a quien ha vuelto de tan lejos sólo para encontrar una mujer de su tierra.

* * *

Al final de la tarde ella aceleró el paso a Chacapampa, seguida de cerca por el Segundo Francisco.

Toda la noche ella pensó en la propuesta de ir a la selva, mientras su marido y sus hijos dormían a su lado.

En la cuarta tarde de todos se repitió lo del chaque.

En la quinta tarde el Segundo Francisco se presentó acicalado y conversador y le dijo a la mujer:

—Al final de la corrida, sube a la camioneta roja que está parada junto al grifo de La Feliciano; yo estaré dentro, esperándote. Si te desanimas, estás libre de volver al chaque, pero yo ya debo continuar mi viaje de regreso al mar de verdor.

Ella fue al lugar de la camioneta después de pedirle a la Camucha y al Lucho que esperasen a su papá en el chaque.

En ese momento llegó el Francisco, y la siguió con sus hijos, y la vio subir a la camioneta, que emprendió viaje, no precisamente a Cajamarca, a la costa, a la Capital y a la selva, sino rumbo a Llangat.

En un mototaxi, el marido y los hijos la alcanzaron en Chacapampa, y en la misma camioneta volvieron todos a Llangat para proseguir viaje a casa.

En todos estos ajetreos, quien más sufría era la Camucha, que esperaba que sus padres pudiesen arreglar sus papeles para consolidar su hogar y para enviarla a la escuela.

* * *

El Segundo Francisco no viajó a la costa y a la selva, sino que siguió hasta Pisón donde alquiló un cuarto para vender sus chucherías, insignificantes pero necesarias, como agujas, fósforos, crochés, palillos y toda gama de cosas pequeñas y fáciles de transportar en los bolsillos y en un destartado maletín. Desde allí vigilaría los días y las horas de su amada hasta que ella partió con él.

El Francisco y sus niños pequeños quedaron desolados, y doña Clotilde le dijo:

—Yo tenía el presentimiento de que ella se habría de ir de la misma manera que vino. . .

Esto ocurriría justo cuando le han prometido a la Camucha que la enviarían a la escuela ahora que su hermanito había crecido!

* * *

Año tras año la Camucha estaba pendiente de que por fin pudiera poner los pies en la escuela para aprender a leer y a escribir. Pero en lugar de esto, lo que llegó ese año fue la responsabilidad de cuidar de su hermanita de ocho meses de edad.

La abuelita se había encariñado con los niños, los cuales no le eran una carga, a pesar de su avanzada edad. Pero la bebita de ocho meses le preocupaba mucho. Las cosas nunca volverían a ser iguales con la ausencia de la madre para los niños que hasta ahora no habían aprendido a leer ni a escribir.

La Camucha cumplió sus doce años sin que nadie se acordara de la fecha, anhelando siempre que por fin la llevaran a la escuela como le habían prometido: “Que crezca tu

hermanito para que así se los pueda llevar juntos a los dos y se logre matar un pájaro de dos tiros.”

* * *

Poco después de la partida de la madre también partió la abuelita, y con el paso de los años la Camucha se olvidó de la escuela. Y de repente, cuando ya tenía 16 años se añadió a la pobre muchacha una carga más: Apareció su madre, que ante los conocidos del lugar tuvo la osadía de presentarse como “la señora Chacón”.

Ya no usaba sombrero de copa, y su acento era distinto; cualquiera pensaría que era una charapa de verdad. Parecía una mujer muy despierta, pero a ratos no podía disimular la soledad.

¿Qué había ocurrido?

El Segundo Francisco se había ido con una charapa tierna y voluptuosa. Un día la mujer no pudo soportar más la soledad y se vino de regreso a Chalán.

La mujer estuvo cerca de los chicos un mes, alojada en la casa de una amiga suya, cerca de Pisón, y cuando volvió a la selva, esperando volver con su segundo marido, dejó a los niños enfermos de tristeza.

* * *

Para atenuar la desolación, el padre llevó a la Camucha a Celendín, donde ella pudiera trabajar de empleada doméstica. Pero por unos conocidos en la Iglesia del Séptimo Día encontró una familia cariñosa que la llevó a la Capital. Allí se encuentra ella cuidando a una parejita de viejitos que profesan ardientemente su fe adventista y la tienen como una hija.

En la ancianita por fin ha encontrado a la mamá que nunca tuvo, una ancianita que toda su vida fue maestra en una escuela fiscal y que con mucho empeño asumió la tarea de enseñarle a leer y a escribir.

Hace poco la Camucha cumplió sus 18 años, y ha obtenido su Documento Nacional de Identidad (DNI).

¡Si la vieras, tan tierna y hermosa, leyendo de corrido su libro de lectura COQUITO, el compañero de la escuela que siempre soñó tener!

Ahora puede leer también el periódico. Sus ojos se llenan de lágrimas de alegría cuando por primera vez vio su nombre en el titular del periódico: C-A-R-M-E-N. Y prosigue leyendo, ante la inmensa alegría de su maestra y madre: D-E L-A L-E-G-U-A. . .

El titular que refiere a las actividades de reconstrucción de la Iglesia de Carmen de la Legua, que había sido afectada por el último temblor que azotó la Capital. Pero para ella esa experiencia de lectura significó ver su nombre. . . ¡en el periódico!

EL VALLE DE LA FANTASIA

¿Ha tenido usted el placer de ver en la televisión la serie, *La Isla de la Fantasía*, que tenía como sus anfitriones al mexicano Ricardo Montalván y al francés Tatoo?

Si la respuesta es sí, entonces podrá usted apreciar mejor el potencial turístico del valle encantado de Llanguat, que muchos conocen como “el Valle de la Fantasía”, a causa de sus manantiales de aguas termales y el colorido de su vegetación tropical.

En mi última visita a Celendín quise ir a solazarme en su spa a disfrutar de sus baños termales. Y pensé que la compañía de ese sabio admirable, el Doctor Nelo, haría de esta excursión no sólo algo placentero, sino una incomparable cátedra de historia y ciencias naturales. Pero del pensar y esperar a la realidad hay mucho trecho, y el sabio bien puede no estar disponible.

Grande fue mi alegría cuando me encuentro con el anciano en la Plaza de Armas. Y al verle sano y fuerte, le digo:

—¿Vamos mañana a Llanguat?

—No puedo, hermano. Esta vez, si que no estoy disponible.

—¿Qué puede haber ocurrido?

—Mi mujer se ha peleado conmigo y se ha largado a Cajamarca sin avisarme.

—¿Y eso qué? Si ella se fue a Cajamarca, tú ven conmigo a Llanguat, y te desquitas de lo lindo.

¡Y el Doctor Nelo atracó!

* * *

En tales circunstancias, no me costó gran cosa convencerlo. Concebí la gran idea de la *vendetta* al estilo de Romeo y Julieta: Ella se escapó; escápate tú también, para que cuando vuelva y no te encuentre en el patio, sepa lo que es el llanto en yupa, y después ambos den la bienvenida a la más acaramelada reconciliación.

Partimos temprano al día siguiente, acompañados por un grupo de turistas shilicos que después de toda una vida visitan el terruño que les vio nacer. Ellos no se imaginaban ni sospechaban que su visita al Valle de la Fantasía y al temerario río La Llanga, se convertiría en claustro académico y en cátedra de inquietantes antigüedades shilicas.

—¡Y todo gracias a mí, que convencí al Doctor Nelo a acompañarnos, con todos los gastos pagados y asumiendo el riesgo de vérmelas después con su mujer!

—¡Ay Amito!

* * *

Su cátedra en Llanguat empieza cuando ingresamos al *lobby* del *spa* de los baños termales, una cabaña con techo de hojas de palmera junto a una piscina de aguas refrescantes, construidas en medio del potrero que antaño colindaba con el solar de mi abuelo, el Capitán Don Zaturino Chávez Baella.

Alguien pregunta:

—¿Qué es un “spa”, ah?

Y el Doctor Nelo explica:

—Misael Alcántara Guevara tiene los baños termales de Llanguat en concesión, y los ha condicionado como spa. La palabra “spa” proviene del nombre de un paradisíaco lugar en Bélgica, un centro vacacional alrededor de unos manantiales de aguas termales. Y se usa este nombre por antonomasia, para referirse a cualquier entorno similar.

Los turistas nos rodean y nos enfocan con sus videocámaras con la expectativa de divertirse GRATIS.

Entonces el Sabio señala unas palmeras de bombonaje que han crecido lujuriosamente junto a la piscina, y explica:

—Las palmeras de bombonaje no son originarias de aquí. Han sido traídas de Rioja, del departamento de San Martín, y se las está aclimatando en Llanguat. En el pasado intentó aclimatarlas el Capitán Don Zaturino Chávez, Padre de la Ecología y abuelo de mi dilecto amigo y chochera aquí presente, el Dr. Moisés Chávez, pero lamentablemente sus esfuerzos no tuvieron secuelas debido a su temprana partida.

Y pasa a contarnos de sus propios esfuerzos para aclimatar las palmeras de bombonaje en Celendín, ya no para producir paja toquilla, sino como planta decorativa.

* * *

Recorremos las instalaciones de los baños en este lado del caudaloso río La Llanga, y allende el río nos señala la imponente mole negra de piedra que se eleva hasta el cielo, y comenta:

—Ese peñón que sirve de fondo al spa se llama Huamán-machay. Miren su parecido con el Huaynapicchu que custodia las ruinas de Machupicchu en el Cusco. Su nombre en quechua significa “hueco del halcón”; y los forados que parecen los ojos de un halcón habrían sido hechos por nuestros antepasados, los Chilchos, en busca de minas de plata.

Los turistas se quedan embobados ante semejante visión natural, y él, señalando las instalaciones con las pozas de aguas termales, les invita:

—¡Entren, báñense, hijitos, en estas aguas termales medicinales!

Y explica:

—Así como el sabio Antonio Raimondi hizo el análisis químico de las aguas termales de los Baños del Inca en Cajamarca, Leonidas Solano Cifuentes, ingeniero minero, realizó el análisis de las aguas termales de Llanguat, que contienen sulfuro de hierro. Por eso son del color de la chicha de jora, y son medicinales y afrodisíacos. La temperatura es de 42 grados de este lado del río La Llanga, y de 63 a 75 grados al otro lado del río. La cantidad de litros por segundo que arrojan los manantiales es algo más de 4 litros; es pequeña, pero hoy por hoy abastece el consumo de los visitantes.

* * *

Después de disfrutar de su baño medicinal y afrodisíaco, algunos van a refrescarse en la piscina de agua fresca, pero la mayoría del grupo es atraída por la disertación del Doctor Nelo en el lobby del spa techado con hojas de palmera bombonaje. Entonces nos disponemos a almorzar nuestro Plato Llanguatino: Yucas sancochadas y atún, sazonados con ají soltero.

Sus videocámaras no nos dejan comer en paz, y el sabio, sonriente, hace esta ingeniosa observación:

—Realmente, es un arte masticar con una sola muela. . .

Afuera nos están moliendo caña. Y cuando nos traen el balde lleno de guarapo y lo vierten en jarras de vidrio, invitamos a todos a beber, cortesía de vuestro servidor.

* * *

Después de almorzar, e intentando escapar de la gente que se agolpa a nuestro alrededor, le digo:

—¡Vamos, doctor, a mirar su capilla de Don Sheba!

Y nuestro chofer que nos sigue a todo lado, disfrutando de la cátedra, nos informa:

—No hay capilla ahora, doctor. La han demolido para construir una nueva de material noble. Don Sheba está refundido en algún rincón, en alguna de las casas de la aldea.

Entonces comento:

—¡Vaya, qué grata sorpresa! ¡Los llanguatinos se van a construir su capilla! ¡Por fin!

Y el chofer nos dice:

—No lo están construyendo ellos, sino el Concejo de Celendín.

* * *

Alguien conoce la historia de Don Alfonso Peláez Bazán acerca de la actitud poco amable de los llanguatinos que condujo a que su santo, San Sebastián de Llanguat (Don Sheba), fuera a parar en la cárcel pública de Celendín. Y comenta:

—¡El Concejo de Celendín no debe construirles su capilla a los llanguatinos! Hay que vengarse de Don Sheba y de su gente por no contribuir con carrizos para el techado de la Iglesia de la Purísima en Celendín.

El Sabio se ríe con ganas, y a solicitud de todos empieza a resumir la famosa historia “Cuando recién se hace santo”, escrita por Don Alfonso Peláez Bazán.

* * *

El Doctor Nelo empieza dirigiéndose a este humilde servidor:

—Casualmente, tu abuelo, Don Zaturmino Chávez Baella, es uno de los personajes de dicha historia. . .

Y cuando los turistas acomodan sus quijadas sobre la mesa del lobby del spa para escucharle con atención, él da cátedra:

—Esta es una historia que originalmente la contaba Don Juan Antonio Silva en los alegres y divertidos velorios shilicos. Y dice así:

Por acuerdo del Concejo y del alcalde Don Eleuterio H. Merino, se convocó a los santos de todos los caseríos de Celendín para contribuir con el techado de la Iglesia de la Purísima, antes que las lluvias que se avecinaban pudieran estropear sus retablos. Unos darían tejas, otros tijeras, otros manojos de cueñas, otros varas y cargadores, etc. Los llanguatinos se comprometieron a proveer carrizos, que tanto crecen a orillas del río La Llanga. Y todos squé cumplieron, pero los llanguatinos, ¡tutías!

Llegó Corpus Christi y la gente de todos los caseríos entraron a Celendín precedidos de sus santos, de sus toros y sus danzas. Y el alcalde vio la manera de castigar a los llanguatinos cuando pasaban justo por la puerta de su casa del Capitán Zaturmino Chávez —por tu puerta, dice dirigiéndose a este servidor—. .

El alcalde les esperaba en la plaza, en su esquina de doña Zoila Briones, cuando un danzante llanguatino se adelantó y le colocó un pañuelo colorado al hombro, para comprometerlo a dar trago. Pero el alcalde le dijo con voz estentórea: “¡Alto, y que pare la danza!” —y lo tomó preso a Don Sheba—.

Al ver que el anda de Don Sheba cambiaba de rumbo, a la cárcel, muchos contuvieron su risa. Y el alcaide recibió órdenes de encerrarlo una noche juntos con el Manqueras, violador de doncellas; el Tongo, victimador de viejas; el Guacrayo, terror del pueblo, y otros ladrones y montoneros.

Esa noche sque Don Sheba tuvo que sufrir una salmodia de caleros y blasfemias, y amaneció en medio de infinidad de puchos sobre un piso teñido de verde, a causa de los escupitazos de los presos coqueros. Sus ojazos zarcos quedaron nublados por el humo, y al Guacrayo sque se le ocurrió blasfemar diciendo: “¡Santo va a ser recién desde ahora!” —observación de la cual deriva el título de la historia corta—.

* * *

Dejando de lado la maledicencia respecto de los llanguatinos, nos proyectamos con expectativa al futuro. Y al contemplar tal derroche de belleza natural, exclama una turista:

—¡Hay que convertir a Llanguat en un gran centro turístico!

Y otra le secunda:

—¡El Valle de la Fantasía debe ser reconocido como patrimonio de la humanidad!

Todos aplauden, y mientras bebemos guarapo las iniciativas se multiplican.

Una señorita dice:

—A mí me parece que es urgente el buen acabado de los cuartos de las pozas, y que se construya una hostel para quienes quieran quedarse en Llanguat disfrutando unas merecidas vacaciones, ¡o una espectacular luna de miel!

Y el Doctor Nelo responde:

—¡Ojalá que Don Misael Alcántara y su asociado, Don José Elías Oyarse Abanto, tomen en cuenta nuestras expectativas!

* * *

En un momento providencial, cuando por fin los turistas dejan de asediarnos, el Doctor Nelo me pregunta:

—¿Qué crees que harían los israelíes con un lugar como Llanguat?

Y le respondo medio en broma, medio en serio:

—En esas revistas que se reparten gratis en los aviones Boeing 2070 publicarían una foto del spa con sus cumbeñas y sus huacapampinas luciendo sus curvas y sus tangas bajo los tentadores titulares de “Luna de Miel en Llanguat”. Y para darle una atmósfera mística lo declararían “lugar santo”. ¡Y yastá!

Y uno que estaba escuchando escondido se delata y exclama sorprendido:

—¿Lugar santo? ¡¡¡¿A Llanguat?!!!

* * *

El Doctor Nelo deplora el estado de abandono en que se encuentra la tina de concreto que construyera Don Augusto Gil para disfrutar del ensueño de las aguas termales, y me pregunta:

—¿Cómo podríamos nosotros dar a Llanguat el realce que se merece?

Cuando me dispongo a hablar, de nuevo el círculo de turistas invencioneros se cierra alrededor nuestro y nos estimula a imaginar un futuro mágico. El Doctor Nelo se siente inspirado y dice:

—Hay que dar realce a Llanguat con el apelativo de “Fantasy Valley”, y a este spa hay que llamarle con justicia como “Baños Termales de Don Augusto Gil”, porque él tuvo la iniciativa de aprovechar el valor medicinal y afrodisíaco de sus aguas.

Y añade:

—Yo restauraría la tina de concreto en que él se bañaba y que ahora está tirada por allá en este potrero, y redistribuiría las instalaciones para que la tina quede en el centro del spa, en medio de un jardín de orquídeas y palmeras de bombonaje.

Y añade:

—Un museo folklórico escenificaría la molienda, y un trapiche vertería guarapo para los visitantes, a discreción.

Y añade:

—Se exhibiría el alambique mágico del Capitán Zaturmino Chávez y los toros de poncho de la Danza Llanguatina en medio de cuernos de cañazo, aves disecadas como las apalinas o chinalindas, los guanchacos y los quienquienes. Asimismo, se exhibiría los maniqués del Viejo y de la Vieja de las danzas en poses realmente comprometedoras.

Y concluye:

—A la salida de la exhibición se vendería tapitas de chancaca blanca, cañazo trasminante, miel de caña, frutas del valle, collares de guairuros y postales. Y para darle más colorido me conseguiría un par de chinas, de esas piernudas buenamozas del Cumbe, para brindar con los turistas con un gigante vaso de guarapo, luciendo vistosas tangas e hilos dentales, mientras en el fondo retumban los tambores: ¡Cuchicuchi cuchicuchi cutún tun tun!

* * *

En la cuesta de Llanguat, ya de regreso, el sabio señala a la distancia el cerro Tolón y dice:

—Ese es el cerro encantado de Tolón; es el Tolón grande, porque también hay el Tolón chico, al otro lado de la fila.

Y se pone a hablar de las apariciones fantasmagóricas de Don Augusto Gil, sipralla, las cuevas encantadas del cerro, los duendes e íncubos y las luminarias de noche, que cuando uno se acerca a mirarlas, desaparecen como por encanto. Y comenta:

—Esas luminarias que se encienden y desaparecen no son otra cosa que “fuegos fatuos” que indican la presencia de restos óseos de gente de la cultura Marañón.

Y aclara:

—Los fuegos fatuos son resultado de la combustión del sulfato tricálcico que contienen los restos óseos, y ocurren generalmente en las lunas verdes, es decir, en la fase del cuarto creciente.

* * *

Sin haber sentido la cuesta de Llanguat llegamos a Celendín y cruzamos en diagonal la Plaza de Armas, calabaza calabaza cada uno a su casa.

Y admirando el motivo escultórico de la fuente de agua, comento:

—¡Mira qué lindos angelitos!

Y el sabio responde:

—¡Esos no son ningunos angelitos! Esos son los hermanos Copocho. El Miguel Angel Díaz, que hizo la escultura, ha querido representar a sus cuatro hermanos, los artistas representativos de Celendín, como niños sipralla jugando con el agua de la fuente. El abanderado con el potochico shilico sques el Benancio, el mayor. Luego vienen el Julio y el Miguel Angel. Y el que se está cayendo al abismo sques el César Copocho.

Y al recordar esta familia de artistas geniales, comento:

—Sólo faltaría que Miguel Angel Díaz haga como Paul Gauguin, el afamado pintor francés, cuando se retiró a vivir en la isla encantada de Tahití: Pintar el acalorado y vistoso esplendor de Llanguat como fondo de seductoras majas desnudas.

* * *

¡Por qué diablos tenía yo que echar a perder nuestro maravilloso paseo a Llanguat mencionando a las “majas desnudas”. Porque a esta hora. . . ¡Es más que probable que al Doctor Nelo ya le estén dando su maja desnuda por haberse escapado a Llanguat sin el consentimiento de su mujer!

Yo, mejor, compro nomás mi boleto y mañana mismo me regreso a Lima.

21

LA BELLA Y LA BESTIA

En esa fresca mañana de julio del 2002 tuvo lugar la exposición final de mi Tesis Doctoral defendida previamente en la Santa Sede de la CBUP.

Tenía por título, *Misoginia en la Civilización Cristiana*, aunque su texto estaba escrito en inglés, *Mysoginy in Christian Civilization*, porque en esa primera fase de la historia de la California Biblical University of Peru, las tesis de grado eran remitidas al *alma mater* de la CBUP, la California Graduate School of Theology, en Westminster, Los Angeles, California, Estados Unidos.

Mi Tesis de Grado contenía un Apéndice en el cual incluí mi historia corta, “¡Doble Unción!”, también relacionada con el aprecio y el respeto debido a la mujer evangélica. Dicha historia, muy amena, se ha hecho famosa dentro y fuera de la comunidad evangélica y a nivel mundial, después de haber servido como caso de estudio en el Aula Magna de la CBUP y de haber sido publicada en reiteradas ocasiones en *MISIONOLOGICAS*, el Boletín Semestral de la CBUP.

Por esa historia llegué a ser más conocido, pero hay otros ángulos de mi enfoque ministerial que serán dados a conocer recién a partir de la lectura de mi Tesis Doctoral, o para abreviar el camino, o como se dice, *chaquiñán chaquiñán* (cortando camino por senderos de a pie), serán dados a conocer a partir de la presente historia corta intitulada “La Bella y la Bestia”.

* * *

Ahora bien, por todos mis colegas en el ministerio cristiano es sabido que una buena parte de mi ser está comprometida y consagrada a la defensa de la dignidad de la mujer y la lucha por anular esa lacra que afecta de manera especial a la comunidad evangélica: La discriminación de la mujer en la iglesia y en el culto cristiano.

Algunos de mis compañeros de estudio y mis colegas en el ministerio en la ACyM cuestionaron el título de mi tesis, *misoginia* (griego: *misos*, “odio”; *yini*, “mujer”), es decir, “odio a la mujer”.

Decían que no existe en nuestro medio el “odio” a la mujer, como ocurre iterativamente en el contexto de diversos pueblos musulmanes. Ellos pensaban que más bien se podía hablar de “discriminación” e incluso de “discriminación teologizada” o con supuestas bases bíblicas, como expone la historia corta “La Ginecóloga”, que forma parte del vasto repertorio literario de la CBUP. Pero estuvieron conformes con mi enfoque que abarca todos los siglos de la civilización cristiana, y no sólo el presente que goza de muchas conquistas en lo que a los Derechos Humanos se refiere, incluidos los Derechos de la Mujer.

* * *

Se trataba de la última exposición el día viernes. Mis compañeros de Promoción ya habían expuesto sus tesis en los días anteriores, cada uno con sus invitados de honor, como está permitido en la Santa Sede de la CBUP, donde la última exposición se reviste del carácter de festival, piqueo incluido. A propósito, yo llevé papitas con ají.

A mí me acompañaban sólo unos pocos dirigentes de la Iglesia Alianza Cristiana y Misionera del Perú residentes en Lima. La ACyM es la iglesia a la cual pertenezco y en la cual por la gracia de Dios ejerzo el ministerio pastoral.

Por razones obvias, no pudieron estar presentes a mi lado mis familiares y colaboradores de la iglesia que pastoreo en la distante ciudad de Chiclayo, en la costa norte del Perú, a quienes dedico mi presente historia como reconocimiento de su gran paciencia y de su apoyo a la realización de mis estudios doctorales en la CBUP.

* * *

Era una mañana muy alegre y se sentía la atmósfera del final del Seminario Módulo. En la noche tendrían lugar la Ceremonia y el Agape de Graduación en el Chifa de la CBUP. ¡De sólo recordar se me hace agua la boca!

Pero el tema de mi tesis no incluía, lamento decirlo, noticias alegres, como son las buenas nuevas del evangelio. No incluía buenas nuevas para la mujer, y por consiguiente tampoco para el hombre, y para el hombre evangélico en particular.

Después de mi saludo protocolar a todos los presentes, en especial a mi Asesor Académico, el Dr. Moisés Chávez, y luego de la apología de la temática de mi tesis con la copia empastada en mi mano, me dirigí a él diciendo:

—Apreciado Dr. Chávez, como usted proviene de la ciudad de Celendín, le interesará saber que la primera fase de mi labor ministerial tuvo lugar, justamente, en su ciudad natal. Me cabe la dicha de haber compartido los primeros momentos del establecimiento de la Iglesia Alianza Cristiana y Misionera en Celendín, y también he tenido un ministerio pastoral en el campo, razón por la cual he tenido que realizar muchos viajes a pie y a lomo de bestia.

* * *

Mi Asesor Académico se alegró mucho al saber de estas cosas, y más aún cuando de repente me salió el dejo “shilico” que se me había pegado en ese tiempo inmemorable de mi vida.

Entonces, dirigiéndome a mis compañeros de promoción, en su mayoría pastores evangélicos, algunos de los cuales habían cuestionado el título de mi tesis, *Misoginia en la Civilización Cristiana*, como demasiado fuerte e irreal, dije:

—Quisiera empezar con una anécdota del tiempo de mi ministerio pastoral en Celendín, una anécdota que sin duda nos ocasionará tristeza, en especial a mi Asesor Académico que es de Celendín. . .”

Hice una pausa y le dije:

—Si me permite, doc. . .

El asintió con un movimiento de cabeza. Y armándome de valor, proseguí.

* * *

En Celendín la gente es muy amable. Pero a veces los shilicos te hacen subir la bilirrubina, como me ocurrió con cierto estanciero a quien acompañé en un tramo de una travesía por un accidentado camino de herradura que conduce a Oxamarca.

Cuando estábamos a la altura de la Conga de Urquía alcancé a un hombre que me saludó amablemente:

—Buenos días, señorr. ¿Es usted forastero por acá?

Yo sólo atiné a decirle:

—¡Bue. . . —pues me faltó el aliento para completar mi saludo, “Buenos días”—.

Es que mis ojos se desviaron hacia una bella mujer que iba con él. ¡Era increíble!

* * *

No me refiero tanto a la belleza de la mujer, que por esas tierras de la sierra norte del Perú no es de extrañarte. Me refiero a que el hombre iba bien al terno y de zapatos nuevos, y el único esfuerzo que hacía era sostener la sogá de su caballo que le seguía con paso sosegado, sin llevar ninguna carga.

Para decir verdad esta mujer shilica me robó el corazón, como se dice, a primera ojeada. Era menuda, de tez blanca y ojos azules, que es la característica de la gente de Celendín que descienden de una de las tribus perdidas de Israel. Pero iba descalza y llevaba en su mano izquierda una galonera de aceite, y en la derecha, un atado de leña. Y como si fuera poco, en su espalda llevaba cargado a su bebé, sujetado con un ñudo de su pañolón que le presionaba el cuello por delante.

Lancé un suspiro al verla. La pobre mujer jadeaba sudorosa y se ahogaba, y casi no podía caminar a causa del cansancio y lo empinado de la travesía.

Ella era su mujer, y el bebé era su hijo.

* * *

Me acerqué a aquel hombre y entablé una conversación en voz baja, como para que no escuchara la mujer que nos seguía a cierta distancia.

Le digo:

—¿A dónde bueno, señorr?

—Nos vamos a nuestra casita, a verrr a nuestros animalitos. . .

Le pregunto:

—¿Y ónde pué queda su casita?

—¡Aquisito nomá, cerca de Oxamarca! Detrás de aquel cerrito. Solamente nos faltan cuatro horitas para llegarr.

Exclamé:

—¡Cuatro horas! ¡Y a pie! Amigo, me permite hacerle dos preguntitas, si no es ninguna molestia?

—Diga nomá usted.

* * *

Le pregunté, un tanto tembloroso:
 —¿Por qué no carga en el caballo la galonera de aceite y la leña?
 El shilico respondió, un tanto sorprendido:
 —¿En el Apolinario?
 Le digo, poniendo suavemente mi mano en su espalda, dándole ánimo:
 —También la señora puede ir montada en el caballo. . .
 —¿La Ricardina?
 Intenté argumentar con él:
 —¿No le parece que el caballo puede cargar también a la señora y a su hijito?
 Y el hombre respondió con autoridad apostólica:
 —Miriusté. El Apolinario ha trabajado mucho en la ida. Ahora en la venida, es justo que descansa el animalito. Si se nos muriera el Apolinario, ¿cómo podremos bajar nuestra papita y nuestro maicito a Celendín?
 Y siguió dándome cátedra:
 —Además, nosotros pué semos evangélicos, y la Palabra dice en Proverbios 12:10:
 “El justo cuida de la vida de su bestia, mas el corazón de los impíos es cruel.”

* * *

Al enterarme de que este hombre era hermano evangélico, una densa nube de pesar y dolor envolvió mi rostro entristecido.

Grande es el reto de instruir bíblicamente a nuestra gente, que en lugar de aproximarse con humildad a las Sagradas Escrituras, lo hace con una grotesca arrogancia, a veces inculcada desde el púlpito, pues pocos son los predicadores que tienen la capacidad de enseñar la Biblia con altura y dignidad profesional.

En la práctica, aquel hombre evangélico, incapaz de recibir un consejo de conejo, porque en su mentalidad el Apolinario valía más que la Ricardina, su mujer, en la práctica, digo, negaba el poder del evangelio para producir un cambio vital en la naturaleza humana.

* * *

Aquella escena trae a mi mente otra escena repulsiva, conmovedora y patética, captada en la fotografía de la cubierta de la obra de Mario Montaña Aragón, *Antropología cultural boliviana* (Ediciones Rodríguez y Muriel, Bolivia 1972), que mi Asesor Académico tuvo la gentileza de compartir conmigo para mi Tesis de Grado.

En dicha cubierta aparecen unos campesinos arando el campo con su tradicional arado de madera: Un hombre conduce la reja del arado con una sola mano, con aire gerencial, y dos mujeres. . . ¡realizan la labor de tracción en lugar de bueyes!

Tuve a bien entregar a los presentes el libro de Mario Montaña para que circulara de mano en mano y pudieran apreciar la foto de la cubierta.

El resultado era de esperar: Estupor.

* * *

La exposición de mi Tesis Doctoral prosiguió sin interrupciones, pues todos los presentes se quedaron sin palabra. Sólo al final alguien levantó la mano y opinó:

—Si el Apolinario no debía llevar la carga, ¿Por qué tenía que llevar la carga la Bella? ¿Por qué no lo llevaba la Bestia, tanto la galonera de aceite, como el atado de leña y el bebé sostenido a su cuello con un nudo de su poncho?

Ya se dará cuenta mi honorable lector de dónde deriva el título de nuestra historia: “La Bella y la Bestia”, que además es el título de una difundida historia de fantasía y ficción infantil. Sólo hay una diferencia con mi presente historia: Esa bestia era una bestia.

Y alguien exclamó con evidente admiración:

—¡Qué bestia!

* * *

Mis compañeros de promoción habían sido “decodificados”.

Ahora veían con sus propios ojos los ángulos de nuestra trajinada existencia que no sólo contienen el veneno de la “misoginia”, el “odio a la mujer” (el Señor Jesús diría en el Sermón del Monte, el “asesinato” perpetrado contra la mujer – Mateo 5:21-26), sino también una compartida e incubada insensibilidad que nos impide darnos cuenta de esta problemática.

Pero tengo la expectativa de que el contenido de mi Tesis Doctoral va a ayudarnos a re-estructurar desde esta plataforma evangélica nuestra agenda de predicación y de educación cristiana en nuestras iglesias, siguiendo las pautas de lo que el Apóstol Pablo llamaría simplemente “evangelización”, o evangelización a fondo, o profundización del evangelio, porque en la enseñanza bíblica la evangelización no es meramente una campaña de evangelización que dura una semana, sino una campaña de educación que dura toda una vida.

Entonces intervino el Dr. Moisés Chávez, mi Asesor Académico, y dijo:

—Dr. Segura, tenga usted por seguro que este seguro servidor se encargará de que esta historia corta circule, no sólo en las todas iglesias evangélicas de Celendín, ciudad y campo, sino en todo el pueblo de Celendín, que quedará muy agradecido a usted por lo que ha hecho para abrirnos los ojos.

* * *

Al final de mi exposición, tras el efusivo aplauso de todos los presentes, que en mi turno agradecí muy emocionado, mi Asesor Académico dijo poniendo fin al evento:

Necesitamos sensibilizarnos respecto de nuestra cultura de misoginia en la Iglesia Evangélica.

También debemos sensibilizarnos respecto de la cultura de los pueblos con los cuales llegamos a tener contacto en misión.

También necesitamos darnos cuenta que en el contacto con nuestros misioneros extranjeros no estamos exentos de ser atrapados en la telaraña de la aculturación que nos convierte en anticuerpos en medio de nuestro propio pueblo. En este sentido incluso podemos exceder a los demás que no son evangélicos, como el padre de la super estrella

Raquel Welch, que es boliviano, pero que optó por aculturarse e ignorar su propia cultura e incluso su idioma español, dizqué por una supuesta discriminación en el ámbito anglosajón en medio del cual escogió vivir. Esto confiesa la Diva a COSAS (Edición Boliviana, 12 de Septiembre del 2002).

En resumen, debemos lucir la cultura del evangelio, que nos hace seres humanos plenos, tanto el hombre como la mujer.



**LA BIBLIA DECODIFICADA DEL DR. MOISES CHAVEZ
Y EL GRAN PBI – PROGRAMA BIBLIOTECA INTELIGENTE**



BIBLIOTECA INTELIGENTE

| Biblioteca Inteligente | Biblia Decodificada | Biblia RNA | Series Académicas | Antologías de Historias Cortas | Estudios Universitarios | Contacto

BARRA AZUL DE ENLACES

www.bibliotecainteligente.com

PAGINA WEB DE MOISES CHAVEZ Y DE LA CBUP

¡UNA BIBLIOTECA GRATIS PARA TI!



Abrela escribiendo su nombre o usando el Código QR de Acceso Inmediato, y en el enlace "Inicio" diviértete con "El Changuito de la Biblioteca Inteligente" y conoce a tu Host y a su Esposa en el video-clip "Caminando por la Vida".

Luego ingresa al enlace "Biblioteca Inteligente" y disfruta el Album de Fotos Siprallas.

Luego ingresa al enlace "Antologías de Historias Cortas" y ¡a todo lo demás!

¡Diviértete y comparte con tus amigos y con tus enemigos!



¡Caminando por la Vida!



EL GRAN PBI
LA BIBLIOTECA INTELIGENTE EN
EL GRAN PBI

- Instale su programa EL GRAN PBI en su computadora o en su teléfono móvil.
- Vea el Album de Fotos Siprallas en el volumen BIBLIOTECA INTELIGENTE.
- Acceda a los libros de la *Biblia Decodificada* y a sus Volúmenes Auxiliares.
- Acceda a los volúmenes sobre Ciencias Bíblicas en las Series de Antologías.
- Disfrute de 1.500 Historias Cortas llenas de humor en las Series de Antologías.
- Disfrute en especial el Volumen 15 de la Serie SHILICOLOGIA.
- Disfrute de los volúmenes traducidos en la Serie TRADUCCIONES.
- Acceda a las publicaciones del Centro de Estudios Bíblicos "Casiodoro de Reina" (CEBCAR) y de la California Biblical University of Peru (CBUP) en el volumen, ESTUDIOS UNIVERSITARIOS.
- Disfrute de EL GRAN PBI en su formato siempre ACTUALIZADO.

El programa informático ex-internet EL GRAN PBI (Programa Biblioteca Inteligente)
 NO REQUIERE DEL INTERNET como la página web. Consulte a cebcarcbup@gmail.com



**VISTA PARCIAL DE LA BIBLIOTECA INTELIGENTE
Y DEL MUSEO DE LA BIBLIA DEL CEBCAR**

**Al pie, empastados en color azul, están los originales de la Biblia RVA
y de la *Biblia Decodificada***





EL GRAN PBI

Y

MISIONOLOGICAS:

Dra. Silvia Olano, cebcarcup@gmail.com - Teléfonos: (511) 424-1916; Cel. (51) 948-186651

